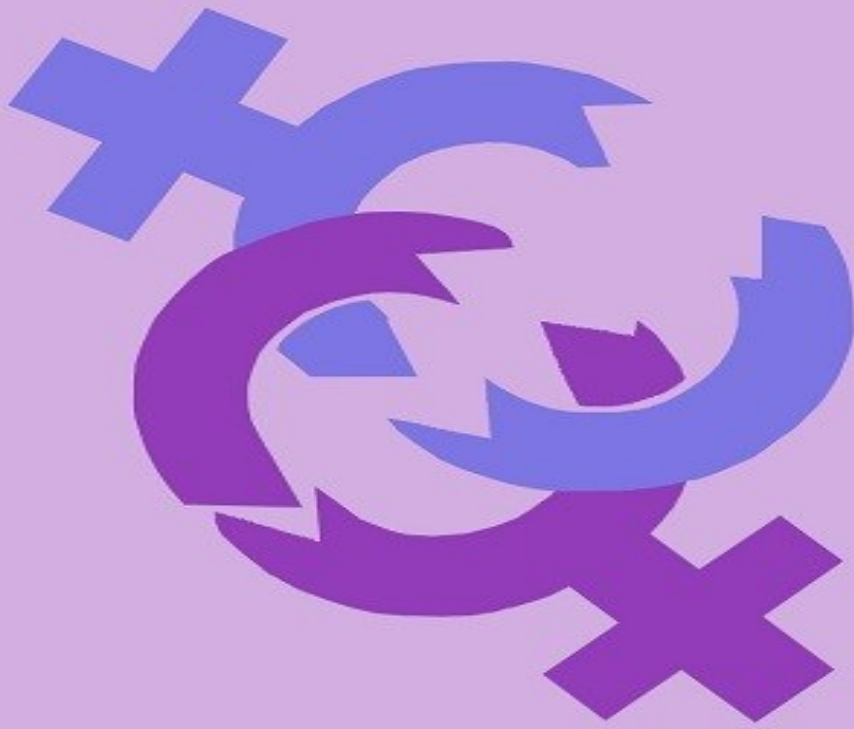


INMUNE AL AMOR



R. FREIRE

INMUNE AL AMOR

R. FREIRE

Que hoy he soñado en otra vida,
en otro mundo... pero a tu lado.

Los Secretos

[Depredadora](#)

[En la fiesta de Montse](#)

[Ese lunar](#)

[Tratamiento médico](#)

[Pilar](#)

[Cena de parejas](#)

[Volver a ser yo](#)

[Por fin, la camilla](#)

[Un paseo por Madrid](#)

[Consejos](#)

[La compensación](#)

[Óscar](#)

[Ñoñerías las justas](#)

[Tres meses después](#)

Depredadora

Sábado, ocho en punto de la mañana. Es una constante en mi vida desde que tengo memoria: independientemente de a qué hora y en qué condiciones me haya acostado la noche anterior, mi reloj interior me hace despertarme fresca como una lechuga y dispuesta a aprovechar el día. Y hablando de memoria, un rápido vistazo a la espalda desnuda de la chica que sigue dormida a mi lado me hace dudar de su nombre, ¿Raquel, Ruth?

Poco importa. Mientras me levanto, y para que nadie pueda sentirse estafado más adelante, se me ocurre que quizá sea el momento de anticipar que esta no puede ser de ninguna manera otra ñoña historia romántica, por la sencilla razón de que yo nunca me enamoro. En efecto, me gusta pensar en mí misma como en una depredadora sexual, creo que en esto puedo considerarme un poco masculina. Me gusta llegar, seducir, triunfar... y si te he visto no me acuerdo. Nunca he tenido una relación (y puedo asegurar que he tenido muchas) que durara más de un mes, siempre soy yo la que pone fin a cualquier aventura y jamás, *jamás*, me he arrepentido de abandonar a ninguna de mis conquistas. Con la infinidad de mujeres hermosas e interesantes que hay en el mundo, ¿qué sentido tendría conformarse solo con una?

Normalmente, tomo un desayuno rápido, me pongo las mallas y me pongo a hacer ejercicio en el pequeño gimnasio que he montado en casa, pero hoy mi rutina se ve alterada por la presencia de esta chica que sigue sin dar señales de vida.

Me acerqué a ella anoche, al final de una velada que parecía un desastre pero que finalmente se arregló parcialmente. Digo parcialmente porque Raquel-Ruth no me pareció nada del otro mundo: culibaja (odio las culibajas), más bien sosa en el vestir y tal vez (en la oscuridad del local no podía precisarlo), algo pasada de peso. Aun así, me decidí a probar (ya he dicho que en esto soy un poco masculina, y dormir sola otro viernes era algo que me costaba aceptar), y resultó que al menos la desconocida tenía una sonrisa bonita y tantas ganas como yo de pasarlo bien.

Por eso está ahora dormida en mi cama y parcialmente cubierta por las sábanas. Apoyada en el quicio de la puerta del dormitorio, observo su desnudez oculta solo a medias. Espero que no penséis demasiado mal de mí, pero mucho me temo que la joven quiera volver a verme (siempre pasa, es el efecto que provocho incluso sin proponérmelo) y tengo que decidir si estoy interesada o no en un segundo (y desde luego último) encuentro.

Mi primera impresión de anoche queda confirmada: es culibaja. La pierna que queda expuesta es rechoncha y pequeña, y el trasero, incluso tumbada boca abajo, está como desparramado. Puff, no va a haber segundo encuentro, tengo que pensar en un modo elegante de deshacerme de ella. Es el inconveniente de traer a casa a las conquistas, en un hotel todo sería más sencillo, pero el problema es que las mujeres en esto somos mucho más estúpidas que los hombres y tengo más que comprobado que generalmente sugerir una habitación de hotel aumenta las posibilidades de fracaso.

De momento voy a vestirme y a desayunar. No soportaría que se despertara, me viera al lado y pretendiera ponerse cariñosa.

—Buenos días.

—Buenos días.

Aquí está, con la camisa por toda vestimenta en medio de mi cocina, ¡qué piernas más rechonchas!

—Te has levantado muy pronto.

—Sí, lo siento. Me temo que tengo que ponerme a trabajar.

La excusa del trabajo siempre funciona, poco me importa si se lo creen o no. Todas desean volver a verme, pero tampoco van a abrirse las venas cuando se dan cuenta de que no pueden sacar más de mí que unos cuantos orgasmos de primera.

—¿Trabajas los sábados?

—Eso me temo.

En realidad, no estoy mintiendo demasiado. Tengo un cargo importante en una empresa de importación de productos electrónicos y no es raro que a veces tenga que traerme trabajo a casa.

—¿Puedo al menos quedarme a desayunar contigo?

Ayayay, me da que Raquel-Ruth no va a poner las cosas fáciles. Hay algo en su sonrisa bobalicona que me dice que le he gustado más de lo que resultaría conveniente. Desde luego, la entiendo perfectamente y no voy a culparla por eso, pero tiene que saber cuanto antes que lo de anoche no volverá a repetirse. Por cierto, que voy a prometerme a mí misma (y esta vez en serio) ser más selectiva. Es increíble lo que el deseo y un par de copas pueden hacer, porque esta mañana me parece más culibaja que nunca, muy pasada de peso y, para colmo de males, no veo por ningún lado resto alguno de esa sonrisa que anoche me pareció bonita.

—Claro... tengo galletas.

Raquel-Ruth mira con cierto aire decepcionado la escasa oferta culinaria y, después, se sienta a mi lado y cruza las gruesas piernas.

Debo reconocer que mi casa no es especialmente acogedora. Gano mucho dinero y compré un piso amplio, moderno y luminoso, pero solo aparezco para dormir y no he puesto esfuerzo alguno en decorarlo. Una pantalla de plasma gigante, una cama más gigante todavía (los tríos son otra de mis especialidades y necesitan espacio), una cocina perfectamente amueblada, el gimnasio y... ¿qué más puedo necesitar?

—¿Vas a estar liada todo el fin de semana?

Joder... A veces, ser irresistible tiene también sus inconvenientes, creedme. Soy alta, elegante, quizá no especialmente guapa pero atractiva de un modo poco habitual... ¿Demasiado presuntuosa? Bueno, no discutiré con quien lo piense así. Simplemente, me gusta ser directa y sincera. ¿Debo fingir que no resulto y que me cuesta que se fijen en mí? La experiencia me dice todo lo contrario, y no veo que haya nada de malo en decirlo abiertamente, odio la falsa modestia y a la gente que finge una humildad que en el fondo no siente. No voy a pedir perdón por ser como soy, me ha costado como a cualquiera remar contra corriente y desde luego no me arrepiento de ser una mujer fuerte y decidida.

Pero tengo que contestar a la culibaja antes de que se haga falsas ilusiones:

—Me temo que sí. Tengo que tener listos unos informes para el lunes.

—Vaya, pobrecilla...

—De hecho, voy a ponerme enseguida, voy un poco retrasada.

¿Será estúpida además de rechoncha? Estoy dando señales elocuentes, muchas otras se habrían ido hace rato, pero ella sigue ahí sentada, engullendo galletas y mirándome con ojos de carnero enamorado.

—Enseguida me voy, tranquila —dice cuando por fin su cerebro parece ver algo de luz.

Intentad entenderme, no quiero ser desagradable pero es mejor dejar las cosas claras desde el

principio. Si soy educada y le doy esperanzas, se pasará semanas llamándome y construyendo castillos en el aire. Creedme, lo mejor es cortar por lo sano, en realidad lo hago por ella: soy una persona muy empática y no deseo herir a nadie.

Gracias a dios, se ha levantado y ha ido al dormitorio para vestirse. Fingiendo, enciendo el ordenador de mi despacho, saco miles de carpetas y empiezo a “prepararme” para un duro día de trabajo mientras, mentalmente, deseo con todas mis fuerzas que Raquel-Ruth se despida sin preguntar si volveremos a vernos. De verdad que a veces envidio a los tíos, ellos sí que saben vivir la vida y se dan cuenta de lo maravilloso que es el sexo sin ataduras ni compromisos.

—Bueno pues... me voy.

Ahí está, por fin vestida pero esperando que diga algo que evite una despedida definitiva, no me cabe duda. ¿Cómo pudo parecerme medianamente atractiva anoche esta especie de hobbit de la Comarca? Incluso ahora que lleva sus tacones mientras yo calzo las zapatillas planas de estar en casa, le saco casi la cabeza, aunque desde luego en contorno me supera ampliamente.

—Te acompaño a la puerta.

Odio estos momentos, me siento como una salteadora de caminos, espero que al menos no se eche a llorar, no sería la primera vez que me pasara. Cuando llegamos al recibidor, Raquel-Ruth suspira, sonrío (desde luego, el maquillaje hace milagros, porque hoy su sonrisa no me provoca el menor deseo), y hace un intento tan patético como desesperado:

—Bueno, lo he pasado muy bien contigo Humanes...

—Gracias, yo también. *Fue* divertido.

“Venga, ya está —pienso para mis adentros—, vete y no le des más vueltas. Te has corrido tres veces gracias a mí y reconozco que yo también tuve un orgasmo decente, disfruta de la suerte que has tenido de cruzarte conmigo una noche y no le pidas más al destino.”

—¿No vas a decirme tu verdadero nombre?

Por dios qué pesada es. Acepto que sea culibaja, de eso ella no tiene la culpa, pero esto ya...

—Me llamo Humanes.

—Eso es un apellido.

—Oye lo siento pero... tengo mucho trabajo.

No se trata de que no quiera decírselo a ella: nunca uso mi nombre. ¿Por qué? No es estrategia ni ganas de hacerme la interesante, es que resulta una ironía del destino que mis padres tuvieran la maravillosa ocurrencia de llamarme... Margarita. Joder, no os riais, es como una broma cruel. No se puede ser una lesbiana altiva, rebelde y orgullosa y tener semejante nombre. Margarita, Marga... ¡suena horrible! Es como si me quitara carácter, ni de niña me vi reflejada en ese nombre. Por eso uso siempre mi segundo apellido (García me resulta lo menos seductor que podría imaginarse), Humanes. Al menos, es un nombre neutro, que quizá no juega a mi favor pero tampoco me perjudica.

De cualquier modo, la culibaja ha torcido por fin el gesto, creo que empieza a darse cuenta de que no habrá una segunda cita y de que no deseo que siga en mi casa.

—Bien, adiós, Humanes...

—Adiós.

Ha abierto la puerta y ha dado un par de pasos para pulsar el botón del ascensor. ¿Voy a librarme por fin de ella? Casi estoy a punto de celebrar el triunfo cuando mi triste conquista de una noche se vuelve y, muy seria, me hace una pregunta que por lo visto le parece muy importante:

—¿Tú sabes cómo me llamo yo?

—¿Qué?

—Que si recuerdas mi nombre.

¿A qué viene esto ahora, qué sentido tiene? No es que me sienta culpable en absoluto, pero como sé lo que se espera de mí y no quiero herir sus sentimientos, trato de salir del paso lo mejor que puedo:

—Por supuesto que lo recuerdo, qué tontería.

Dichoso ascensor, ¿por qué tarda tanto en subir? ¿Es culpa mía que ella no vaya a poder olvidar mi nombre en toda su vida mientras que yo no recuerdo el suyo horas después de haberla tenido en mi cama? El mundo es así, todos sabemos que no es justo y, como dijo alguien mucho más sabio, “no lo he inventado yo”.

—¿Y cuál es?

—¿Perdón?

—Te pregunto cómo me llamo.

Esto empieza a sacarme de mis casillas. Suspirando, me la juego a cara o cruz:

—Raquel. Te llamas Raquel.

Entonces, la culibaja se pone muy colorada, arruga el ceño y, abriendo la puerta del ascensor que por fin acaba de aparecer, se mete dentro sin decir nada más y muy ofendida.

Por lo visto, se llama Ruth.

En la fiesta de Montse

La semana ha resultado de aúpa en el trabajo. Ha sido como si el destino, queriendo castigarme, hubiera decidido vengarse por la mentira contada a la culibaja. El lunes, un problema con unos contratos que ya parecían definitivamente cerrados; el martes, una reunión imprevista; el jueves...

Afortunadamente, he conseguido llegar al viernes con todo resuelto. Ahora tengo dos días de libertad, y además esta noche hay fiesta en casa de Montse, una vieja amiga que sentó la cabeza hace tiempo casándose con una chica que a mí me parece muy insípida pero que por lo visto debe tener encantos ocultos.

No negaré que me fastidia haber perdido a Montse, y no porque esté celosa ni mucho menos. El problema es que, siendo honesta, creo que ella es la única amiga verdadera que he tenido nunca.

Nos conocimos siendo unas adolescentes y congeniamos desde el principio. Las dos tenemos una forma parecida de ver la vida, y no hablo solo de que las dos seamos lesbianas. Me refiero a que con ella podía ser yo misma, porque a su lado no tenía que fingir que lo único que deseo cuando conozco a alguien es un cuerpo caliente que se abra para mí sin resistencia (aunque tampoco me importa que se abra con esfuerzo y dedicación).

Sí, durante mucho tiempo, Montse fue compañera de aventuras y correrías sin fin. Las dos salíamos por ahí y, si no conocíamos a nadie, volvíamos juntas a casa apoyadas una en el hombro de la otra, con el deseo insatisfecho pero sabiendo que teníamos al menos una verdadera amiga en la que confiar. Solo una vez, una noche extraña, nos quedamos mirándonos y nos dimos un beso largo en la boca. Luego, empezamos a desnudarnos mutuamente pero, a medio camino, las dos nos reímos por la estupidez que estábamos a punto de cometer y nos detuvimos a tiempo. Ni siquiera hemos vuelto a hablar de ello: somos amigas de sangre, casi hermanas, y solo con mirarnos sabemos lo que siente la otra.

Por eso me dolió tanto que Montse se casara con Lucía. Sigue estando ahí, sé que podría contar con ella si fuera necesario pero... ya no es lo mismo.

Ahora salgo de caza sola y, cuando fracaso, no tengo un hombro en el que apoyarme mientras regreso.

—Joder, estás guapísima.

—Tú no, el matrimonio te sienta fatal.

—Cabrona.

—Guarra.

Es un ritual muy bobo, pero me encanta que Montse y yo nos insultemos de las formas más vulgares que se nos ocurren cuando nos encontramos. Es algo entre nosotras, y ni siquiera Lucía puede entrar ahí, supongo que por eso me parece tan importante que la tradición continúe.

Por lo demás, diré que me he puesto unos pantalones negros elásticos muy ajustados (y cuando digo muy quiero decir *muy*), y una blusa blanca escotada que deja una gran parte de mi espalda desnuda (simplemente, aclararé que la palabra sujetador no está en mi diccionario). Como llevo unos zapatos de tacón y ya he dicho que soy alta, sé que voy a sacar la cabeza al noventa por ciento de las chicas que haya en la fiesta, pero a estas alturas no voy a fingir que me gusta pasar

desapercibida. Además, llevo el pelo recogido con gomina, los labios muy rojos y unas gafas de pasta que me parecen una locura de puro sexys... Para qué negarlo, soy una bomba, soy consciente de ello, y me encanta.

—Humanes, ¡qué alegría verte!

Lucía viene hacia mí con la mejor de sus sonrisas y me da dos besos afectuosos. Siento de veras que me parezca tan aburrida. Juro que he hecho mil intentos por encontrar algo interesante en ella pero, hasta la fecha, no he sido capaz. Ni guapa ni fea, ni lista ni tonta, ni graciosa ni seria... es que no veo nada en ella que me explique por qué Montse ha querido perder voluntariamente la libertad por su culpa.

—¡Estás fantástica! —me dice mirándome con una sonrisa que debo reconocer exenta de envidia—. Vas a ser la sensación de la fiesta, como siempre.

No negaré que me he arreglado mucho por si acaso surge la ocasión. Las fiestas en casa de Montse y Lucía son casi exclusivamente reuniones de chicas, y no porque estén vetados u odiemos a los hombres (yo un poco sí, la verdad, porque muchas veces me quitan los mejores manjares sin que tenga opción alguna de evitarlo), sino sencillamente porque nos movemos en círculos en los que lo que más abundan son las chicas homosexuales.

Por lo que veo, esta fiesta no va a ser diferente. Mis amigas viven en un chalet con jardín en las afueras de Madrid y, mientras las sigo en dirección a la casa, veo a muchas viejas conocidas y a alguna que otra desconocida que, inevitablemente, me mira con más o menos disimulo.

—Qué putón eres —me dice Montse al oído al tiempo que me coge de la cintura con orgullo—, siempre llegas tarde solo para que te miren.

—¿Yo? —protesto poniendo una cara de estudiada inocencia—, sabes que odio llamar la atención.

Las dos nos reímos felices y, por un segundo, es como volver al pasado, cuando ambas éramos completamente libres y cada noche de juerga parecía eterna y perfecta.

—Pues me temo que hoy tus pinturas de guerra van a servirte de poco —se burla mi amiga, que como tiene resuelto el asunto de los orgasmos por lo visto encuentra muy divertido mofarse de mí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque conoces a todo el mundo. Mira, ahí están Lidia y Carmen, y al otro lado Laura, ¿te acuerdas de ella?

—Joder, ¿has invitado a Laura? Acabé muy mal con ella, ya sabes que...

—Escucha darling, si te acuestas con todas mis amigas y no quieres volver a verlas, no vengas a mis fiestas.

Debo reconocer que Montse tiene razón, no es la primera vez que me presenta a alguien y yo cumplo mi máxima (llegar, seducir, triunfar), no puedo quejarme luego de tener algún que otro encuentro incómodo. Lo malo es que estas fiestas empiezan a no ser tan divertidas como antes. Me refiero a que, diez años atrás, casi todas estábamos desparejadas y el mundo parecía una inmensa fruta de la que podíamos coger todo lo que nos apeteciera. Ahora, bien entradas todas en los treinta, cada vez hay más parejas estables, y empiezo a verme como la única que sigue intentado remar río arriba. Dios, ahí están Bárbara (otra de mis víctimas) y su mujer, he oído que incluso han adoptado un niño, ¿cómo es posible?

Quizá no debería haber acudido a esta fiesta. Me apetecía mucho ver a Montse, cada vez hablamos menos y me duele sentir cómo se aleja de mí pero, ¿acaso voy a solucionar eso esta noche? Ella tiene que ejercer de anfitriona y tampoco puede dedicarse a mí, no hay material fresco y, para colmo, es posible que me encuentre con antigua amante despechada que me fastidie con sus

reproches.

—Hola Humanes.

Vaya, la mismísima Laura. Una preciosa mujer con la que intercambié fluidos en más ocasiones de las que son costumbre en mí. Su cuerpo de escándalo bien lo merecía pero, al final, todo se estropeó cuando ella empezó a confundir los términos del acuerdo y pretendió tenerme en exclusiva.

—Hola Laura... qué guapa estás.

No puedo evitarlo, me sale solo. La miro a los ojos, sonrío, susurro al hablar... ¿Cómo se puede no desear a esta mujer? Es preciosa y, por lo que a mí respecta, bien podríamos subir al dormitorio de invitados del piso superior durante un par de horas, ¿por qué a todo el mundo le parece tan inapropiado? ¿A quién le puede perjudicar? El sexo es maravilloso, ¿por qué complicamos tanto algo tan sencillo?

—Tú también.

—¿Cuánto hace que no nos veíamos? ¿Un año?

—Dos y medio.

¿Tanto ha pasado ya? Quizá ya haya superado el disgusto y no le importe recordar viejos tiempos. Lleva un vestido que le sienta de muerte, y desde luego sería para mí un soplo de autoestima después de la culibaja, porque casi tengo pesadillas cuando me acuerdo, ¡tengo que ser mucho más selectiva!

—¿Te apetece una copa? Me gustaría saber qué has hecho durante...

—No gracias. Solo quería saludarte. He quedado con mi pareja y tengo que marcharme ya.

De modo que se trataba de eso: dejarme claro que también tiene solucionado el tema de los orgasmos. Bueno, mejor para Montse y para ella, es verdad que yo no puedo decir lo mismo, pero también lo es que yo me acuesto con quien me da la gana (culibajas incluidas), y dicen que en la variedad está el gusto.

Nos hemos separado con dos besos. Qué extraño, besar sin apenas rozar las mejillas a una chica que saboreó mi sexo a conciencia en el pasado.

El mundo es mucho más hipócrita de lo que a mí me gustaría.

He salido al jardín a tomar un poco el fresco, llevo una hora en la fiesta y la cosa no mejora demasiado. No penséis que estoy excluida, conozco a la mayor parte de las presentes y tengo una buena relación con casi todas (damnificadas aparte). El problema es que mi idea de pasarlo bien un viernes por la noche incluye algo de acción, y no veo demasiadas posibilidades al respecto.

¿Pensáis que estoy obsesionada con el tema? Bueno, llevo exactamente siete días sin sexo. Si todo el mundo considera sano que una pareja joven estable tenga relaciones tres o cuatro veces por semana, no entiendo por qué puede parecer raro que yo desee un buen polvo en mi día de descanso. Si he de ser sincera, me fastidia ser vista como un bicho raro solo por reconocer abiertamente lo que mucha gente mantiene en silencio como si se avergonzara.

En fin, al menos he visto a Montse. Seguramente me proponga quedarme a dormir cuando el resto de las invitadas se vaya. Así, al menos podremos pasar un rato a solas mañana, aprovechando que Lucía es una de las personas más dormilonas que he conocido en mi vida. Lo mejor será tomarme otra copa y acercarme a preguntar a Bárbara por su hijo, no recuerdo que ella se enfadara demasiado cuando cortamos.

Un momento, ¿quién es la morena del fondo? Joder, nunca la había visto, ¿cómo ha podido

pasarme desapercibida? Medio escondida detrás de un árbol del jardín, observo al pequeño grupo que ha salido a fumar bajo las estrellas. Tal vez sea la luz, pero desde donde estoy resulta especialmente atractiva: vaqueros ajustados y camiseta a lo Olivia Newton John en Grease. De culibaja nada, al menos vista desde la distancia. Me gusta también su pelo, recogido en una coleta rizada que deja el cuello a la vista (no sé si lo he dicho: me vuelven loca los cuellos esbeltos, blancos y suaves).

Paso cinco minutos observando, igual que el león acecha a la desprevenida gacela. Follable de ver... Vale, lo diré de modo más "femenino": bonita de verdad, encantadora y muy, muy seductora. Me irrita que por ser mujer no pueda decir lo que se le permite a un hombre, pero trataré de ser al menos un poco políticamente correcta.

¿Cuál será el mejor modo de abordar a la desconocida? ¿Es mejor esperar a que terminen de fumar y vuelvan todas dentro o ataco antes de que alguien se me adelante? Por cierto que me gusta que ella no fume, espero que no esté acompañando a su pareja. Joder con las dichosas parejas, es como una epidemia de estupidez, ¿cómo puede todo el mundo pensar que el ser humano está hecho para la monogamia?

—Vaya, al fin te encuentro, te estaba buscando.

La aparición de cualquier otra persona justo cuando estoy a punto de entrar a matar me hubiera molestado, pero se trata de Montse, y ella nunca puede ser inoportuna, entre otras cosas porque seguramente puede proporcionarme información útil sobre la folla... sobre la hermosa desconocida.

—¿Susana? —ríe divertidísima cuando se la indico con un gesto—. Tenía la esperanza de que no te fijaras en ella, está fuera de tu alcance.

¿Fuera de mi alcance? Eso es literalmente imposible, a menos que...

—Es hetero —añade Montse ante mi gesto interrogativo—, creo que incluso tiene un niño.

—Pero hetero hetero o hetero...

—Hetero hetero.

Joder. ¿Veis? Por eso odio a los hombres. No es justo que un bomboncito semejante me esté prohibido, y no es la primera vez que me pasa. Supongo que debo aclarar que soy un poco cabezona, que basta que alguien se me resista para que me atraiga con más fuerza y que, cuando con más frecuencia de la que pensáis consigo rendir alguna fortaleza hetero (y ya si es casada es el colmo), siento una satisfacción que quizá no hable demasiado bien de mí.

—Y si es tan hetero, ¿qué hace en esta fiesta?

—Joder Humanes —suspira Montse—, la gente no sale de casa solo para follar. Creo que es amiga de Lourdes.

Algo en el tono de mi antigua camarada me ha herido en lo más hondo. ¿Me considera una mujer inmadura? ¿Soy menos equilibrada solo porque no acepto seguir el camino que siguen todos los demás? Me encantaría follarme esta noche a la tal Susana y podérselo restregar a mi amiga por los morros, pero antes de que pueda contestar, me doy cuenta de que el grupo de fumadoras ha desaparecido dentro de la casa.

Lo cierto es que empieza a hacer fresco en el jardín. Creo que lo mejor será ir a por otra copa y dejar de darle vueltas al asunto.

Pero no soy capaz, ir de caza es para mí una parte de mi naturaleza, de modo que busco un buen ángulo y me dedico a observar a Susi con calma. Aquí hay más luz, y ya no me queda duda

alguna, estamos ante un magnífico ejemplar de gacela que haría relamerse a cualquier leona al acecho. Responde por completo a mi ideal de mujer perfecta: busto pequeño pero provocativo, nalgas redondas y altivas (no más culibajas, por favor), sonrisa dulce y terriblemente femenina. La nariz es algo larga, pero resulta tan graciosa en conjunto que estoy dispuesta a perdonárselo. ¡Un momento, nuestras miradas se han cruzado! Han sido solo unos segundos, pero la sonrisa que apenas ha esbozado estaba dirigida a mí, estoy segura.

—Una fiesta estupenda, ¿verdad?

Vaya, a mi lado está Paloma... con la que también tuve un pequeño escarceo en el pasado. Nada serio, no es mi tipo, las tetas le llegan al ombligo y tiene las caderas estrechas. Vestida da el pego y resulta llamativa, pero fue un poco decepcionante ir quitándole la ropa, en eso tengo que reconocer que los hombres son más sinceros, no se esconden debajo de capas de maquillaje ni utilizan sostenes que engañan a pobres incautas como yo.

—Hola Paloma, no te había visto.

—Acabo de llegar... Qué sorpresa encontrarte, hacía mucho que no te veía.

¿Sorpresa encontrarme en casa de Montse? Por favor, leo en ella como en un libro abierto, sé que quiere un poco más de Humanes en estado puro, a veces es un poco engorroso provocar la misma dependencia que la heroína. Por otra parte, lo cierto es que Paloma tiene unos labios carnosos que son auténticos, y si no recuerdo mal era una verdadera artista del cumnilingus, tal vez podría dejarla que...

Esperad, la bella Susi-gacela-tierna ha vuelto a mirar hacia donde yo me encuentro. Sí, lo sé, puede que solo sea curiosidad, pero recordad que estáis escuchando a toda una experta en el arte de la seducción. Desde luego, no soy de las que se esconden ni se ponen nerviosas cuando las descubren en medio de este divertidísimo juego. Al contrario, lo que hago es seguir mirándola, esperar al próximo encontronazo visual y... ahora, una sonrisa por favor. Ahí lo tenemos, ella también ha sonreído, esta vez durante mucho más tiempo. Vale, puede ser solo por educación, pero el mundo se divide entre los que ven la botella medio vacía y los que lo ven medio llena, y espero que ya sepáis en qué lado me encuentro yo.

—¿Qué es de tu vida? ¿Sigues trabajando en aquella empresa? Estás elegantísima.

Un ojo en Paloma y otro en Susana, trato de seguir la conversación, ¡soy tan comprensiva que deberían darme un premio!

—Sí, sigo allí. ¿Y tú? ¿Trabajabas en un banco?

—No... soy veterinaria, ¿recuerdas?

Es verdad, ahora me acuerdo, creo que incluso en alguna ocasión comparé en mi imaginación su busto excesivo con el de una... No, voy a dejarlo, no quiero que me odiéis más aún, juro que a partir de ahora voy a ser una chica buena y respetuosa. Lo que pasa es que sigo más pendiente de Susi, con la que me gustaría acostarme esta misma noche, que de Paloma, que querría acostarse conmigo esta misma noche. ¡Qué estrés dios mío!

Por cierto que, hablando de la bella joven de nariz larga, tampoco me sería desconocido el perfil: mujer hetero que tiene ganas de echar una cana al aire y probar algo nuevo, y si ese es el caso yo me ajusto como un guante al papel. Estaría encantada de ser su juguete para cualquier tipo de prueba, es el ideal de mi vida, una mujer preciosa y hetero, sexo sin compromiso y sin que nadie espere nada más al día siguiente. Además, somos de largo las dos chicas más atractivas de la fiesta, ¿no sería hasta justicia poética que acabáramos la noche juntas y en posición horizontal?

Lo malo es que está hablando con Rocío, ¿o se llama Rosa? Joder, qué lío tengo con los nombres que empiezan por R. El caso es que a esta Rocío-Rosa la teme todo el mundo, porque

cuando empieza a contar cualquier cosa lo hace en tiempo real, y para explicar cómo compró alimentos para el gato invierte tantos minutos que cuando acaba una se pregunta si el pobre bicho habrá perecido por inanición cuando por fin se acuerde de ocuparse de él.

Con paciencia, aguardo mi momento mientras nuestras miradas se cruzan otras dos veces, y al observar con atención su sonrisa compruebo con satisfacción que, esta vez, al menos sí estoy siendo verdaderamente selectiva.

Al fin, Susi se ha acercado al oído de Rocío-Rosa y le ha dicho algo. Luego, se ha apartado de ella y se ha dirigido a las escaleras que suben al piso superior. Me hubiera gustado una mirada en mi dirección antes de hacerlo, pero desde luego la palabra miedo tampoco está en mi diccionario. ¿Qué tengo que perder? Lo peor que puede pasar es que esta noche duerma sola, y eso lo tengo asegurado si no hago nada. Por otra parte, tampoco voy a andar con rodeos, lo que quiero es follarse hoy, no estoy dispuesta a invertir tiempo y esfuerzo para que, dos meses después, la gacela me diga que no se atreve, que tiene miedo o que, tal vez, en otro mundo o en otra vida.

—... estuvimos un día en la piscina de Carmen, es genial. ¿Te gustaría venir?

—Disculpa un instante Paloma, necesito ir al cuarto de baño.

—Claro, te espero aquí.

Sin dudar un segundo, sigo a la gacela escaleras arriba.

Aquí estamos, solas en el pasillo del piso superior. He aguardado pacientemente a que saliera del cuarto de baño. No sabría decir si se ha sorprendido de encontrarme esperando, y por mi parte tampoco voy a disimular pretextando que necesito un retoque o algo más prosaico. Siempre he sido directa y no veo motivo alguno para dar rodeos en esta ocasión, entre otras cosas porque no creo que tenga otra ocasión. Es ahora o nunca, y voy a hacer todo lo posible porque sea ahora.

—Susana, ¿verdad?

—Sí... y tú eres...

—Humanes.

La miro fijamente a los ojos, y ella aguanta perfectamente mi mirada. Nada de besos en las mejillas, eso me gusta. Si nos besamos esta noche, será de otra forma y en otras partes. Sé que mi única baza es estar como espero ante una chica con ganas de probar algo nuevo, de modo que entro directa y sin perder más tiempo, no sea que Rocío-Rosa decida subir para seguir hablando de su gato.

—He visto que me mirabas mucho, ahí abajo.

Susana alza las cejas. Más que sorprendida, parece divertida por el hecho de que una mujer la aborde sin contemplaciones.

—¿No serías tú la que me mirabas a mí?

Me encanta. Me pone muchísimo, y saber que le van los hombres (Montse es una fuente muy fiable de información), le da un toque morboso al asunto que hace que desee a esta mujer con cada fibra de mi ser.

—¿Lo dejamos en que las dos nos miráramos?

—De acuerdo.

Tiene una sonrisa preciosa, y esta vez seguro que no me equivoco. Es verdad que es un poco nariguda, pero no me molestan en absoluto las narices grandes, al menos no cuando vienen rodeadas de un envoltorio tan agradable.

—La cuestión es —digo tomando aire—, que yo sé por qué te miraba a ti, pero no por qué me

mirabas tú a mí. He oído que eres hetero.

En mi cabeza sonaba mejor y juro que he tenido mejores momentos, pero llevo un par de copas y además estoy empezando a pensar que Susi es un premio tan especial que el miedo a no triunfar hace que me precipite un poco ¡sería horrible que la cuidadora de gatos o Paloma aparecieran de improviso!

—¿Eso importa?

—Importa mucho, porque yo podría ayudarte.

Por primera vez, mi víctima parece vacilar un poco. ¿Pensará que esto ha llegado demasiado lejos? Espero que no sea de esas personas cobardes a las que les gusta flirtear pero se rajan cuando la cosa se pone seria.

—Creo que... no estoy segura de entenderte.

Me pone a mil su forma de hablar. Su voz es tierna, dulce, entre frágil y segura de sí. Ha llegado el momento de proponerle algo que, tratándose de mujeres, parece absurdo, pero que a mí me ha funcionado miles de veces: tener sexo libre y sin compromiso con una completa desconocida. ¿Irreal? No si se tiene mi aspecto. ¿Inmoral? No y mil veces no. Soy atenta, delicada y generosa con mis amantes, ¿tengo que avergonzarme por ser activa e impulsiva? ¿Está reservado a los hombres ese privilegio?

—Quiero decir que yo puedo ayudarte a superar tu problema.

—¿Crees que tengo un problema?

—Si prefieres los hombres a las mujeres, desde luego —contesto con mi mejor sonrisa.

Se ha puesto un poco colorada. Es bonita hasta aburrir, y no puedo evitar pensar que si el mundo es justo merezco que esto salga bien como recompensa por la aventura con la culibaja.

—Creo que te equivocas conmigo.

Quizá pueda volver a parecer engreída, pero ni siquiera estas palabras me desaniman. Si acierto al pensar que ella siente curiosidad y que tal vez se plantee experimentar algo nuevo, no tengo la menor duda de que puedo encarnar ese deseo prohibido a la perfección. Apenas dos horas antes he visto cómo me miraban todas las invitadas al entrar, sé que Paloma está esperándome abajo llena de esperanza, sé que soy una persona difícilmente catalogable y que tengo el don de la seducción. No con heteros, diréis, y en efecto no siempre funciona, pero hay muchas otras veces que sí, incluso con heteros.

Tras sus últimas palabras, Susana ha dado un rodeo para evitar acercarse a mí y se ha alejado en dirección a las escaleras de bajada. Quieta en el pasillo, espalda con espalda, he hablado con el tono más seductor que me ha sido posible:

—Conmigo tendrías garantizado el orgasmo. ¿Puede decir eso cualquier hombre?

¡Se ha parado! Girando sobre mí misma, veo su espalda, su cintura estrecha, ¡dios mío qué trasero! Por mucho que colaboren los vaqueros, eso no se consigue sin materia prima, apostarí a el cuello a que con Susi no sufriría la misma decepción que con Paloma.

—¿Lo garantizas?

La bella de nariz grande se ha vuelto hacia mí. Otra vez parece sinceramente divertida, como si únicamente me siguiera la corriente por encontrarme pintoresca. Tal vez esto solo sea para ella una manera más original de pasar la velada que hablando del gato de Rocío-Rosa pero, como he dicho antes, tengo poco que perder.

—Al cien por cien.

—¿No eres un poco presuntuosa?

—En absoluto. Sé perfectamente dónde y cómo tocarte. Soy mujer... como tú.

Esto empieza a durar demasiado, pero no sé cómo acelerarlo. Temo que en cualquier momento suba alguna invitada y rompa el embrujo de este pasillo, porque si la gacela escapa ahora no voy a tener una segunda oportunidad.

—¿Te atreves a probar? En menos de media hora podríamos estar en mi casa.

—Yo no me acuesto nunca con hombres en la primera cita.

—Pero yo no soy un hombre, y esto tampoco es una cita.

Cada vez estoy más segura de salirme con la mía. No tiene sentido que siga aquí si no está interesada. Leo en ella la duda, creo que sé perfectamente cómo se siente: le apetece vivir una aventura pero tiene miedo a lo desconocido, quiere probar pero le cuesta dar el paso definitivo, su cuerpo dice sí pero su educación la empuja a conducirse con cautela.

—No te conozco de nada... podría terminar descuartizada en una bolsa.

Su tono es pretendidamente burlón, pero no se me escapa que está insegura, que es un sí pero no. Creo que quiere que la convenza de que venir conmigo es una idea excelente.

—Soy amiga de toda la vida de Montse. Créeme, aunque admito que soy una persona lujuriosa y lasciva, no es mi objetivo descuartizarte.

Unos segundos de silencio. Sus ojos chispean mientras se muerde tímidamente el labio inferior, creo que su nariz no es tan grande como me había parecido. Susi es realmente un encanto de mujer...

—Vamos —digo dando un paso hacia ella pero sin tocarla—. Luz suave, música de fondo, y tú desnuda en mi camilla de masajes, ¿no vas a probarlo? Solo hay una pequeña pega que tengo que reconocer, no quiero que luego te sientas defraudada.

—¿Una pega?

—Soy muy lenta. Tardo una eternidad en dar los masajes.

He visto perfectamente su gesto de tragar saliva mientras miraba mis manos, blancas, suaves y de dedos finos y gráciles, aleteando por un segundo ante ella. Una vez más, la gacela está a punto de ser devorada.

—Tal vez otro día.

¿Qué ha pasado? La notaba rendida, estaba segura de salirme con la mía. Un poco acelerada, trato de reconducir la situación.

—¿Otro día? ¿Por qué otro día? Venga, no te arrepentirás.

He tratado de sonar suave y persuasiva, y creedme si os digo que sé hacer esto. Por lo demás, Susana ha mirado un par de veces mi escote mientras hablábamos, y sé que las gafas de pasta me dan un toque que me hace resultar tan interesante como sexy. No voy a negarlo, confío tanto en mi poder de seducción que no consigo imaginar una derrota.

—Tu oferta es tentadora, no lo niego... pero esta noche no estoy preparada.

Me fastidia no salirme con la mía, pero quizá esta vez deba tener paciencia. La chica es una monada, jamás haría este esfuerzo por la culibaja o por Paloma, pero Susi bien merece una segunda oportunidad.

—Está bien, como quieras. Dame tu número y...

—No, nada de números. Dejemos que el destino decida.

Su gesto es risueño, pero aguanta mi mirada y o no sé nada de esto o no está queriendo simplemente librarse de mí. Estoy convencida de que le ha agradado mi propuesta, aunque no se haya atrevido a aceptarla.

—¿El destino?

Susana sonrío, y al hacerlo su nariz no parece tan grande, porque es como si entonces todo

encajara a la perfección en su rostro, muy diferente al canon de belleza impersonal que nos imponen las famosas y las revistas de moda. ¡Joder, cómo me gustaría saltar sobre ella en este mismo momento y morder su cuello blanco y apetecible!

—Te prometo que, si volvemos a encontrarnos por azar y sigues interesada en “curarme”... escucharé tus consejos médicos.

Ay. Su última frase me ha acelerado el pulso, me ha puesto un nudo en la garganta y me ha producido un desconsuelo infinito. Necesito llevarme a la cama a esta chica que me mira burlona y dice no ser lesbiana ni querer probar conmigo al tiempo que me asegura que, si el destino vuelve a cruzar nuestros caminos, se rendirá a mí.

—Pero Madrid es una ciudad inmensa —trato de razonar—. Podrían pasar años antes de que volviéramos a encontrarnos por azar, incluso podríamos no volver a vernos nunca.

Susana se encoge de hombros y pone una sonrisa pícaro que hace que su naricilla me parezca más graciosa que nunca.

—¿No te parece emocionante? Habrá que confiar en la suerte.

Tras decir esto, ha empezado a bajar las escaleras despacio. ¿Qué acaba de pasar? ¿De verdad acaban de darme calabazas? ¿A mí? Sé lo que estáis pensando: su propuesta de esperar un improbable reencuentro es una simple excusa para librarse de mí del mismo modo que yo me libré de la culibaja pretextando tener mucho trabajo, y sé también que muchas de vosotras estáis pensando que me lo tengo merecido. Pero olvidáis una cosa importante, y es que yo no soy la culibaja, que yo, aunque esté mal decirlo, pertenezco a ese exclusivo grupo de seres privilegiados a los que les basta aparecer para seducir, a ese grupo que, cuando quiere algo, lo consigue, y que puede hacer o decir cualquier cosa ofensiva sabiendo que podrá arreglarlo con una simple sonrisa.

Siguiendo sus pasos, la abordo desde el inicio de las escaleras mientras ella ya ha llegado al rellano.

—Está bien, lo dejaremos al azar. Pero sé sincera, ¿cumplirás tu promesa si volvemos a vernos?

Susana se detiene entre dos peldaños, mira hacia arriba, levanta la mano derecha como en los juicios y se pone muy seria antes de contestar:

—Juro solemnemente que, si el destino vuelve a reunirnos, accederé a...

Antes de que pudiera terminar su frase, ha aparecido Rocío-Rosa y ha empezado a contar alguna estúpida historia a la que no he prestado atención. Mientras la odiosa cuidadora de gatos se llevaba a mi musa del brazo, los ojos de Susana se han cruzado con los míos durante unos segundos eternos.

Joder, no soy ninguna novata en esto, tengo un olfato fino y entrenado, y os digo que esta chica quiere volver a encontrarse conmigo, que su descabellada propuesta no ha sido un mero ardid para librarse de mí, y que siente tanta curiosidad como miedo ante la idea de acostarse con otra mujer.

Sola en el pasillo del piso superior, intento asimilar lo que acaba de pasar. Creo que nunca había sentido tanta ansiedad. Me siento frustrada e irritada, yo soy la que decide cuándo y con quién, no estoy habituada a esto. ¿Qué posibilidades reales hay de que volvamos a encontrarnos? Sospecho que más de una persona, al leer estas líneas, se está alegrando de esta pequeña derrota. Lo admito, las cosas no han salido como esperaba, y lo peor es que estoy caliente, la sonrisa y la mirada de la pícaro Susana me han puesto a mil, y ahora...

Un momento, vais a presenciar en primera persona todo mi poder de manipulación. Acabo de

recordar que tengo abajo a Paloma, esperándome sin duda con la esperanza de que mi atención sea para ella esta noche. Sabiendo perfectamente lo que deseo, bajo las escaleras mientras trato de localizarla. Ahí está, hablando con una chica que no conozco pero oteando en mi busca de igual modo que antes yo espiaba a Susana mientras hablaba con ella.

Creo que Montse invita a demasiada gente a estas fiestas, apenas puedo moverme y tengo que zigzaguear entre cuerpos sudorosos hasta llegar a Paloma. Sus ojos brillan, su sonrisa la delata, se derretiría con que solo chasqueara los dedos y no la culpo, porque según bajaba las escaleras me he visto reflejada un instante en el espejo del rellano y he visto a una mujer elegante, sofisticada y llena de encanto, lo que no puedo entender es que Susana haya sido capaz de resistirse a mi oferta.

—Has tardado mucho —dice Paloma, que me ofrece una copa—. He ido a la cocina y te he preparado un ron con limón.

Se acuerda de mi bebida favorita. Joder no me juzguéis mal, en el fondo todos y todas somos similares. Paloma se ha olvidado de la chica con la que hablaba apenas he vuelto a aparecer, igual que yo me he olvidado de ella mientras estaba arriba en el pasillo con la gacela. Es la ley de la vida, ya lo dijo Darwin: selección natural, el fuerte se impone al débil, ¿tengo yo la culpa de haber nacido fuerte?

—Escucha Paloma, he recibido una llamada del trabajo, tengo que irme.

La desilusión que se dibuja en su rostro es tal que tengo que reprimir una sonrisa de victoria. Sé que va a hacer lo que yo le pida, y sé perfectamente también lo que voy a pedirle.

—Vaya, qué inoportuno. Tal vez podríamos quedar una tarde para tomar un café y...

—Tengo quince minutos, ¿subimos un momento arriba?

¿Demasiado directa? Ya dije al principio que esto no sería otra ñoña historia de amor, si alguien sigue ahí no tiene motivos de queja. Por lo que a Paloma se refiere, no solo no parece que vaya a quejarse sino que, a juzgar por el brillo de sus ojos, está encantada por el regalo de quince minutos que acaba de recibir.

Tomándola de la mano, inicio el camino de vuelta al piso superior. Al otro lado del salón, descubro que Montse me está observando entre seria y divertida. Supongo que, conociéndome como me conoce, no le habrá costado reconstruir los pasos que estoy dando esta agitada noche.

Espero que recuerde que, antes de que Lucía apareciera en su vida, ella era exactamente igual que yo.

Mala suerte: en la habitación que hace las veces de biblioteca y despacho de Montse hay dos estúpidas consultando algo en el ordenador, y al intentar entrar en el cuarto de invitados oímos llantos y dos o tres voces agudas que tratan de consolar a la plañidera. Teniendo en cuenta que meterme en el dormitorio donde duermen (y espero que algo más, con las casadas nunca se sabe) Montse y Lucía me parece excesivo, eso solo nos deja libres los cuartos de baño.

El principal, por otra parte, presenta sus propios inconvenientes, porque continuamente están subiendo y bajando chicas que, según sus propias y cursis palabras, “se hacen pipí”. Joder, ¿es que el mundo se ha puesto de acuerdo para que yo no pueda echar un polvo esta noche?

En cuanto a Paloma, me sigue tan dócilmente como una oveja a su verdugo, su mano húmeda de excitación pegada a la mía y ebria de satisfacción al saber que va a poder estar conmigo al menos una última vez.

De acuerdo, solo nos queda el baño pequeño, no es lo más cómodo del mundo pero tendrá que valer. Sí, lo sé, invité a Susana a venir a pasar la noche a casa y podría hacer lo mismo con

Paloma, pero no quiero repetir la escena de la culibaja, necesito algo rápido y sin complicaciones. Me he propuesto ser más selectiva, ¿recordáis?

Al fin algo de suerte, en la puerta del cuarto de baño pequeño hay un cartel que dice “estropeado, no utilizar”. Al menos podremos invertir los quince minutos que le he prometido a la oveja sin el temor de ser interrumpidas.

—Venga, pasa.

—¿Vamos a caber ahí las dos?

Su pregunta no es descabellada. Hemos tenido que jugar un poco al Tetris para pasar, situarnos contra la pared, cerrar la puerta y, entonces sí, disfrutar de un poco de espacio. Todo tiene un aire de precipitación adolescente, pero no hago más que pensar en lo carnosos que son los labios de Paloma y, a pesar de lo incómodo del lugar, me siento a tono y deseo tener esta pequeña alegría que me compense la decepción que ha supuesto mi breve encuentro con Susana.

—Solo quince minutos, recuerda —digo mientras me descalzo, me quito los pantalones y las braguitas.

Desnuda de cintura para abajo, me siento en la tapa cerrada del inodoro, apoyo el codo derecho en el lavabo y subo la pierna izquierda hasta dejarla sobre el bidé.

Ni siquiera he tenido que expresar en voz alta lo que espero de ella. Solícita, Paloma se sube el vestido hasta sus estrechas caderas para tener más libertad de movimientos, se pone de rodillas entre mis piernas y, sin más demora, acerca su boca a mi vagina. Como ya he dicho, es una de las mejores especialistas en sexo oral que recuerdo. Tiene unos labios dulces y húmedos, y una lengua incansable que trabaja de modo concienzudo y metódico. Lo malo es que la postura es algo incómoda, y que una parte de mí sigue resentida. ¿Es malo ser tan orgullosa? Yo creo que no, si no te quieres y valoras a ti misma, ¿quién va a hacerlo?

Joder, algo no funciona. La chica se esfuerza, es tan buena como recordaba y yo estoy excitada. Entonces, ¿por qué no termino de arrancar? Un poco irritada, oigo el zumbido de mi móvil en el bolsillo del pantalón que tengo a mi lado en el suelo.

—¿Te importa? —separo un instante la cabeza de Paloma con la mano—, puede ser del trabajo, lo siento.

—No pasa nada —dice mientras se saca un pelito de la comisura de los labios.

Es un wasap de Montse, ¡qué inoportuna!

Susana acaba de irse sin dar muchas explicaciones. ¿Qué le has hecho, perra?

Un momento, ¿y si...?

—Me temo que tengo que ir corriendo, son unos inútiles —digo mirando a Paloma con fingido desconsuelo—. ¿Podrías seguir por favor? Estaba a punto.

La cosa promete. Si era morbo lo que quería, esto lo tiene, y mucho. Cuando Paloma vuelve a su tarea, yo contesto con dedos hábiles el mensaje de mi vieja amiga:

Te juro que nada, se ha escapado... por esta vez.

¿Por esta vez?

Me ha prometido que no será igual si volvemos a encontrarnos.

La oveja desliza su lengua de arriba abajo, sus ojos mirándome rendidos, sus labios aspirando mis labios despacio, con calma. Lo hace bien, debo reconocerlo. Muy bien.

—Tócate mientras me besas.

He tratado de hacerlo pasar por algo sexy y erótico, pero la cruda realidad es que no me apetece devolver el favor. Simplemente, estoy caliente y un poco frustrada por culpa de Susana, y este es el mejor modo de superarlo que conozco. También dije antes que iba a ser sincera, y ahora no miento: quiero que Paloma me coma el coño, pero no tengo el menor interés en comérselo yo a ella. Lo sé, suena mal decirlo, pero es lo que hay. En un momento dado, te puede apetecer follarte prácticamente con cualquiera (para muestra, la culibaja); sin embargo, besar el sexo de otra persona me parece algo completamente distinto, y al menos en eso sí que soy siempre enormemente selectiva.

Pero volvamos a lo que nos ocupa. Obediente, Labios Carnosos ha subido un poco más su vestido y, sin dejar de ocuparse de mí, ha deslizado una mano en el interior de sus braguitas.

La escena empieza a producir los efectos que esperaba, pero ahora estoy muy ocupada contestando a Montse, ¡no está tan claro que las mujeres podamos hacer varias cosas a la vez!

No puedo creerlo. ¿La gran Margarita Humanes ha sido rechazada?

Solo provisionalmente.

A mí me parece que no.

El rostro de Paloma empieza a estar congestionado. Por increíble que pueda parecer, está claro que ella va más rápido que yo, es el efecto que suelo provocar en mis amantes. Soy un hito, algo especial, memorable, único, ¡esa soy yo!

Me estás subestimando. ¿Qué sabes de ella?

Solo lo que te he dicho. Está separada y tiene un crío. Pregunto a Lourdes.

Lourdes, mal asunto, no va a querer decirme nada. Me odia desde que le levanté una novia con la que llevaba meses y que a mí me duró dos, no, tres sesiones. Un volcán, ¿cómo se llamaba...? Seguro que empezaba por R.

Por favor, los gemidos de Paloma van a alertar a toda la fiesta. Ahora tiene los ojos cerrados, y hunde con desconsuelo su mano en su propia entrepierna mientras su boca, ávida, se deleita en aspirar mis fluidos. Es agradable tener su rostro ahí abajo mientras escribo, me da una sensación de poder extraña, casi me alegro de que mi orgasmo parezca tan lejano. ¿Podría obligarla a seguir besándome durante horas esforzándome por retrasar el éxtasis? No en un sitio tan incómodo, empiezo a tener las nalgas aplastadas contra la tapa del inodoro, quizá debería investigar esto en otro momento más apropiado.

Por cierto, ¿dónde estás ahora?

En tu cuarto de baño. Me están haciendo una revisión ginecológica.

No jodas... ¿de verdad?

Paloma se está corriendo. Los ojos cerrados, sus hombros sufriendo convulsiones, sus labios tirando suavemente de los míos e introduciéndolos en su boca como si no fuera a soltarlos ya nunca más.

Durante unos segundos eternos, emite unos gemiditos entrecortados que se parecen a un llanto tierno, y luego sube, y suspira, y detiene por un instante su atención hacia mí. Entonces su mano queda inmóvil, sus ojos se entreabren, su mejilla se apoya sobre mi entrepierna, y sé sin ninguna duda que está más que satisfecha, que ha conseguido un orgasmo brutal simplemente por saber que

es mi sexo el que está saboreando a su antojo.

Te dejo, tengo que correrme.

¿Estás con Labios Carnosos?

Sí.

Guarra.

Uff...

—¿Todo bien?

Paloma sabe que algo no va como debiera, aunque no creo que sospeche que ha sido víctima de un morboso experimento por mi parte. En realidad, como ha tenido cerrados los ojos la mayor parte del tiempo, es probable que no se haya dado cuenta de que he estado chateando con el móvil.

—Perdona, no es culpa tuya. Estoy un poco agobiada con esto del trabajo.

Con astucia, hago el gesto de incorporarme, pero estaba segura de cuál iba a ser su reacción:

—¿Lo intentamos un poco más?

—No sé —titubeo mientras consulto mi reloj.

Pero ya la tengo de nuevo ahí, poniendo toda su maestría (que no es poca) en conseguir que yo disfrute como ha disfrutado ella.

Esta vez, trato de concentrarme. Adelantando un poco las nalgas, me apoyo en el lavabo con una mano mientras, con la otra, me entretengo en jugar con su pelo. Es algo que me encanta, que me den placer oral mientras hago tirabuzones con los cabellos de mi benefactora.

Y debo reconocer que Paloma tiene un pelo bonito, rubio, abundante, rizado. Caprichosa, hundo en él los dedos al mismo tiempo que ella vuelve a hundir su lengua entre mis pliegues. Ahora sí, esto va mucho mejor, ya lo creo.

Abro las piernas un poquito más, la atraigo hacia mí, me dejo llevar. Ay, qué bien sabe combinar su plan de ataque. A veces es solo la puntita, otras toda la lengua la que se desliza sobre mis labios separándolos, para después introducirlos por completo en su boca y tenerlos allí un tiempo eterno y maravilloso. Por no hablar de lo hábiles toquecitos sobre mi clítoris, algo que hace de forma rítmica y que debería patentar.

Ya está, casi estoy. Cuando se acerca el final, retiro su cabello y descubro una de sus pequeñas orejitas. Debo ser sincera, tiene unas orejas bonitas, pegadas a la cabeza y adornadas por unos pendientes monísimos.

Con la vista fija en sus pendientes, me corro por fin de modo muy satisfactorio.

De modo que así soy yo: guapa, seductora, inteligente... fría, egoísta, superficial... No pretendo caerlos bien, pero al menos debéis reconocer que soy sincera y no oculto nada. Hay muchas más personas de las que creéis que son como yo, pero habitualmente se esfuerzan en disimularlo.

Solo me queda añadir que, aunque Paloma intentó arrancarme la promesa de un próximo encuentro, salí de allí rumbo “a mi trabajo” sin comprometerme y dando evasivas. Luego, al día siguiente, y sabiendo que de Lourdes no iba a sacar ninguna información, decidí olvidar a Susana por completo.

Yo soy una depredadora y, como las leonas, cuando alguna pieza se escapa no pierdo más

tiempo del necesario en lamentarme.

El mundo está lleno de gacelas sabrosas y apetecibles.

Ese lunar

Por primera vez en semanas dispongo de un sábado entero para mí sola. Los dos últimos meses han sido muy ajetreados en el trabajo, y apenas he tenido tiempo de hacer nada divertido. Sí, podéis alegraros, llevo casi sesenta días sin tener sexo aparte de conmigo misma, y aunque en eso soy también de sobresaliente, no es desde luego mi opción preferida.

El timbre de la puerta, ¿quién será? Vaya, la vecina de al lado. No penséis mal, con ella no he tenido ni tendré nunca nada, es una rubia gorda y risueña que siempre es muy amable conmigo y a la que recorro cada vez que olvido la sal, la leche, el aceite, el... qué se yo, la verdad es que como ama de casa soy un desastre. Lo malo es que ahora tengo que devolverle el favor, porque por lo visto algún tío lejano de su marido ha fallecido de improviso y me pregunta si puedo ocuparme de Pilar, su hija.

¿Precisamente hoy? ¿Os habéis dado cuenta de que los familiares ancianos se mueren siempre en fin de semana? Estoy segura de que lo hacen solo por fastidiar, “ya que tengo que irme, voy a dar por saco a todos los que se quedan aquí”.

Joder, pensaba salir de caza, ya he dicho que llevo un siglo sin tener una aventura, y la última fue en un cuarto de baño y en posición muy incómoda. Pero no he podido negarme, así que aquí tengo a Pilar, una mocosa rubita con cara de empollona y agarrada a una muñeca que me mira con tanta desconfianza como yo a ella.

—Bueno... ¿qué quieres hacer? —pregunto cuando su madre nos deja solas.

Por toda respuesta, la niña se encoge de hombros y sigue mirándome fijamente. Supongo que adivináis que los niños me gustan poco o nada. Sencillamente, no sé cómo tratarlos, y además estoy convencida de que ellos me odian. En fin, ya que tengo que apechugar, puedo adelantar trabajo, porque quiero tomarme un mes de vacaciones y largarme a alguna playa exótica donde poder pasar el día entero en pelota picada.

—Escucha cielo —empiezo, muy satisfecha de mí misma por haberseme ocurrido llamar cielo a la mocosa—, yo tengo mucho que hacer, ¿quieres ver unos dibujos en la tele?

—Eso es para pequeños.

Y claro, es evidente que estoy delante de una adulta. Resignada, hago un segundo intento.

—De acuerdo. Entonces, puedes sentarte a mi lado y, no sé, ¿chatear con el móvil?

—Mamá no me deja tener móvil. Solo tengo siete años.

Suspiro de inquietud. ¿Entonces es mayor para ver los dibujos pero pequeña para tener móvil? Eso es precisamente lo que me fastidia de los niños, que no vienen nunca con un libro de instrucciones precisas. Todo sería mucho más sencillo si nos explicaran paso a paso lo que conviene hacer en cada momento.

—Eres muy guapa —me dice de pronto, pero no estoy dispuesta a fiarme en absoluto de sus buenas intenciones.

—Vaya, gracias. Tú también.

—Papá te llama “la vecina cañón”, pero mamá dice que eres lesbiana.

Joder con la niña. Esto va a ser más complicado de lo que pensaba, en el fondo soy demasiado blanda, ese y no otro es mi problema, solo por tener una vecina que me respeta y no teme que pervierta a su hija no debería aceptar tareas como las de hoy para las que no me siento cualificada en absoluto.

—Escucha, ¿te apetecería ir a dar una vuelta? Podríamos ir de compras o...

—Quiero ir al Zoo.

¿Al Zoo, ese sitio horrible donde los animales están encerrados y huele fatal? Si hiciera una lista de los mil sitios donde preferiría ir para pasar un sábado, ni de lejos incluiría esa opción. Pero la niña me mira sin pestañear, su horrible muñeca de trapo firmemente asida y una cara que expresa una resolución absoluta.

Resignada, me he puesto unos vaqueros y he dado el día por perdido.

—El elefante africano —lee primorosamente la niña—, se diferencia de su hermano asiático por sus grandes orejas, que le sirven...

Menudo calor hace, ¿cómo puede soportarlo el resto de los adultos? Definitivamente, no estoy hecha para esto, no tengo instinto maternal. Lo que más me fastidia es que, a mi alrededor, hay una multitud que parece encontrar fascinante pasar un día apiñados a cuarenta grados a la sombra. Todo son parejas sonrientes con retoños sucísimos, abuelos emocionados porque sus nietos son capaces de hacer las mismas cosas que hacen todos los demás niños del mundo, grupos de adolescentes gritones y ruidosos que llaman “bicho” a cualquier animal y beben coca cola aguada sin parar.

En fin, por suerte Pilar parece estar entretenida. Debo reconocer que es una niña muy formalita, no se mueve de mi lado y observa todo con atención, a diferencia de otros que solo piensan en hacer el mal y ni siquiera se fijan en los pobres animales que, aburridos, demandan un cacahuete. Eso sí, me gustaría precisar que la muñeca que parecía la mejor amiga de la hija de mi vecina quedó olvidada en el suelo de mi salón tan pronto como accedí a traerla aquí, lo que demuestra mi teoría de que todos somos iguales: el ser humano (y creo que los niños pueden ser incluidos en esa categoría) es egoísta por naturaleza y solo piensa en su propio beneficio.

Bueno, al menos dentro del acuario podemos refugiarnos del Sol, aunque hace también un calor considerable. Tortugas marinas, rayas, peces de colores... lo que más nos gusta a las dos es ver comer a los tiburones, esos sí que son buenos depredadores y no yo. Cuando pienso que hoy había pensado salir a ligotear por ahí vuelvo a lamentarme de no saber decir que no, y para colmo ahora Pilar me coge de la mano y me dice que tiene hambre.

Venga, otra vez fuera, a mil grados, y cola para todo: para ir al baño, para comprar una botella de agua, y no digamos para conseguir un miserable y carísimo perrito caliente. ¿De verdad queréis convencerme de que soy yo la rarita? No puedo entender cómo puede la gente pagar una pasta para pasar aquí el día con sus hijos. Si yo fuera madre (algo que nunca sucederá), procuraría enseñar a mis descendientes a no hacer todo como lo hacen los demás, simplemente por inercia y porque alguien ha decidido de antemano lo que es o no divertido.

Otro contratiempo, las escasas zonas arboladas preparadas para comer están repletas. Era evidente que pasaría, aquí debe haber miles de personas, ¿qué genio pensó que media docena de bancos con mesas sería suficiente?

Empieza a dolerme la cabeza, y cuando me duele la cabeza me pongo de un humor de perros. Irritada, oteo aprovechando mi altura por encima de un grupo de mujeres (todas culibajas y tipo hobbit) que buscan dónde apacentarse con sus barrigones y medio calvos maridos. Uno o dos me mira con deseo, ya quisieran ellos poder cambiar la promesa de amor eterno hecha a sus mujeres por solo quince minutos conmigo, ¿de verdad vais a dudar de que nueve de cada diez (y apuesto a que el otro es un gay encubierto) se escaparía conmigo a los establos de los caballos si yo se lo

propusiera? El mundo es así, os lo he dicho: aceptadlo.

Estoy a punto de resignarme a comer al sol cuando la veo. He prometido ser sincera, y por eso reconozco que, por más que me duela admitirlo, mi corazón ha dado un vuelco al reconocer a Susana. Qué buena está incluso a la luz del día. Ni maquillaje, ni ropa estratégicamente elegida ni gaitas, está de toma pan y moja y no hay más.

Durante unos segundos, la observo atentamente (leona que olfatea a la gacela en la distancia, para eso estamos en el Zoo). Lleva unos pantalones vaqueros cortos, una camiseta blanca y deportivas del mismo color. El pelo, de nuevo recogido en una coleta, tal vez por el calor, y de la mano, un niño canijo bastante más bajito que Pilar. Parece que están solos y, además, han conseguido una mesa.

Notando cómo se acelera mi pulso, rezo para que no aparezca un novio/prendiente/subnormal para estropearlo todo. Han pasado, como he dicho, casi dos meses desde la fiesta en casa de Montse, ¿es posible que semejante bomboncito no tenga ningún moscón rondando alrededor? Por otra parte, es increíble que el destino haya decidido reunirnos de nuevo con tan estrecho margen de tiempo, y desde luego no olvido su promesa ni la sonrisa que me dirigió de lado a lado de la escalera mientras la cuidadora de gatos la secuestraba.

Es el momento de actuar, tengo al lado una niña y sé cómo utilizarla.

—Escucha Pilar, guapa, ¿ves a esa mami que come allí con su hijo? Es una vieja conocida, vamos a acercarnos y...

—¿Es tu novia?

—¿Qué? No, claro que no, es solo que la conozco y han encontrado un sitio muy bueno.

—Pero te gusta.

—¿Qué dices? Anda, vamos a sentarnos con ellos.

—Es muy guapa, hacéis muy buena pareja.

Es una lástima que no esté permitido dar de comer a los tiburones, porque creo que Pilar sería un cebo excelente. Inclinandome hacia ella, trato de llegar a un pacto que nos beneficie a las dos.

—Escucha, *cielito*, te propongo un plan. Tú dices que soy la mejor amiga de tu mamá y que te saco muuuchas veces de paseo, y a cambio yo...

—¿A cambio qué? ¿Qué saco yo de mentir?

—Bueno, no es exactamente mentir, es solo adornar un poco...

—Es mentir. Es la primera vez que me llevas a algún sitio, y no pareces demasiado contenta.

¿Y si la pierdo y la recojo cuando cierran el Zoo? Haciendo un esfuerzo por no perder la paciencia, acaricio el pelo de la niña y sonrío sin demasiada sinceridad:

—Anda, sé buena. ¿Qué quieres a cambio de una pequeña mentirijilla que no hace daño a nadie?

Pilar se queda pensando muy seria, las cejas contraídas de un modo que no creí que fuera posible en una niña de solo siete años.

—¿Un helado, una muñequita como la que traías, una...?

—Una Play Station 4 estaría bien.

La madre que la parió, yo la estrangulo. Pero tengo que contenerme, mi único objetivo es follarme a Susana, y creo que mis posibilidades aumentan si me presento con Pilar como la cosa más natural del mundo, sobre todo porque temo que piense que la he estado espiando y que este encuentro no es casual. Seamos sinceras, es la primera vez que visito el Zoo en siglos y la primera que tengo a mi cuidado una mocosa, ¿qué posibilidades había de que encima me encontrara con la chica de la nariz un poquito larga pero graciosa? Quizá penséis que estoy haciendo una montaña

de un grano de arena, pero tengo mi orgullo y me fastidiaría que Susana pudiera pensar que he movido cielo y tierra por encontrarla.

Pero volvamos al demonio de siete años que tengo al lado. No sé mucho de videojuegos pero sí que la Play es cara, carísima, de modo que se impone negociar:

—Lo siento cariño, claro que me gustaría regalarte la Play, pero no creo que tu madre me dejara, recuerda que piensa que eres demasiado joven para tener móvil. Creo que tendremos que buscar otra cosa para...

—Pero puedes comprártela tú. Solo tendría que ir a tu casa para jugar cuando me apeteciera.

Increíble, está sonriendo de un modo que asusta un poco. La verdad es que la mocosa me recuerda un poco a mí a su edad, tiene un carácter y un genio que pueden llevarla muy lejos, sobre todo si tiene la suerte de ser lesbiana, cosa que aún está por determinar.

Antes de que pueda decir nada, Pilar me ofrece su mano:

—¿De acuerdo entonces? Tú te compras la Play y yo digo que eres mi tía favorita y que pasamos juntas muchos sábados.

Atónita, he estrechado su manita mientras, de reojo, he comprobado una vez más que Susana y su hijo siguen comiendo solos.

Allá vamos.

—No puedo creerlo —digo con una sonrisa calculada y radiante—, el *destino* es caprichoso...

Susana se ha quedado de piedra al verme. Desde luego, no voy a fingir que no pasa nada y que esto es un encuentro entre dos mamis inocentes. Ya me conocéis: directa y al grano. De ahí el trato con Pilar, porque quiero dejar claro que solo a la suerte se debe este encuentro, y ya sabemos lo que la chica de la naricilla prometió que pasaría si volvíamos a vernos.

—Vaya... Humanes, qué sorpresa.

—¿Verdad que sí? Esta es mi sobrinita Pilar, ¿podemos sentarnos con vosotros?

—Claro...

Es evidente que no se lo esperaba, ¿se acordará de su promesa, o solo fue una de esas cosas que decimos porque pensamos que no nos comprometemos a nada? Cuando nos instalamos, me quedo mirando a su hijo, incluso yo sé que debo decir algo agradable sobre él, aunque el pobre parece necesitar un buen cocido y un lavado de cara tampoco le vendría mal.

—Y este caballero tan guapo, ¿quién es?

—Es Lucas, mi hijo. Lucas, esta es Humanes, una amiga de mamá.

—Se llama Margarita —informa Pilar, que o mucho me equivoco o está disfrutando con esto—. Es mi tía favorita, siempre estamos haciendo cosas juntas por ahí.

—Vaya, Margarita...

—Sí, ya ves... y me encantan los niños, en realidad, adoro a los niños, sobre todo a Pilar.

La niña/anticristo sonríe con aire angelical, y luego empieza a devorar su perrito caliente a dos carrillos. Sigue un momento un poco tenso, porque las cosas que me gustaría decirle a Susana no son para todos los públicos y, de pronto, me doy cuenta de algo que ya he experimentado en alguna ocasión: cuando no estoy flirteando, a veces no tengo demasiadas cosas que decir.

El que tampoco abre la boca es Lucas, que me mira fijamente, y juraría que no se está formando demasiada buena impresión de mí. Espero no tener que comprar también su colaboración con otra Play Station, o mi aventura con Susana me va a salir a precio de oro.

—Así que, el Zoo —dice mi presa—, ¿venís mucho por aquí?

—Hacía siglos... es curioso el azar, ¿verdad?

Me lo ha puesto a huevo, y la mirada que la he dirigido ha sido para mayores de dieciocho, pero desde luego ninguno de los mocosos puede haberla captado. Susana sonrío, confusa, aunque parece que poco a poco va recuperándose de su sorpresa inicial.

—Desde luego, desde luego.

—Mami, quiero ir a ver los tiburones.

—Ahora mismo corazón.

—¿Los tiburones? Justo lo que pensábamos hacer nosotras, porque nos gustan incluso más que la Play Station, ¿verdad Pilar?

Afortunadamente, la niña ha captado enseguida mi “sutil” indirecta y me ha seguido la corriente. Mientras nos levantábamos de la mesa, he tenido la oportunidad de echar un vistazo a los muslos desnudos de Susana.

Joder, qué buena está.

—¿Y tú cómo sabes que me llamo Margarita?

—Mamá te recoge a veces los paquetes que pides por Amazon, ¿recuerdas?

La niña tiene tela, desde luego mejor contar con ella de aliada. Mientras esperamos a Susana y a su hijo, que han entrado al cuarto de baño, le hago prometer a Pilar que se mantendrá al margen y tratará de entretener al insípido Lucas.

—¿A ese crío? —ha sido su despectiva respuesta.

Tengo que ser positiva: de no haber sido por ella, este encuentro nunca se habría producido. La lástima es no poder dar de comer a los tiburones...

Han pasado dos horas, la tarde empieza a esfumarse y no he tenido la menor oportunidad de hablar con Susana como a mí me gustaría. Lucas no se separa de ella ni un segundo y, por si eso fuera poco, la propia Pilar parece interesadísima en cualquier cosa que podamos decir las adultas. En cuanto a mi víctima, de cuando en cuando me dirige una sonrisa socarrona que no sé muy bien cómo interpretar, y la creciente sensación que experimento de no tener todo bajo control empieza a ponerme nerviosa.

Hay otra cosa que me preocupa. Lejos de decepcionarme a la luz del día como me sucede frecuentemente (la aventura con la culibaja aún regresa a mí en forma de pesadilla por las noches), Susana me parece hoy incluso más deseable que la noche en que la conocí. Hace solo unos minutos he descubierto un lunar diminuto encima de su labio superior que, literalmente, me ha puesto en efervescencia. Necesito morder esa boca cuanto antes o me va a dar algo.

Afortunadamente, la misma aglomeración de gente de la que tanto me he quejado viene en mi ayuda de improviso: los niños quieren ver la exhibición de aves rapaces y, como las gradas están repletas, les dejamos a ellos sentados en una esquina mientras nosotras esperamos algo retiradas. Aunque protestando, el insípido Lucas ha accedido a quedarse al lado de Pilar, ¿temerá que algún águila real se lo lleve volando aprovechando que está en los huesos?

—Muy guapo, tu hijo.

—Gracias, tu sobrina también.

Lo sé, lo sé, en esto no soy muy sincera, pero recordad que estoy de caza, y si algo he aprendido es que, por alguna razón, los padres se creen cualquier cosa agradable que les digas de

sus hijos, por más descabellada que sea.

Durante unos segundos, las dos observamos las evoluciones de un ave exótica venida de muy lejos para el deleite de los niños madrileños (si bien es de suponer que la susodicha ave exótica habría preferido mil veces quedarse en su país de origen). Cuando considero que he hecho la pausa suficiente, me inclino hacia ella y, sin mirarla, añado en un susurro:

—Tú también estás muy guapa.

—...

—¿No ha sido una suerte que nos encontráramos así?

—Desde luego, a Lucas le viene fenomenal hacer amigos nuevos.

Su leve sonrisa de medio lado la delata, a esta chica le gusta jugar tanto como a mí. Tengo que actuar ya, porque no sé cuánto durará este muermo de espectáculo y probablemente no tenga otra oportunidad como esta.

—¿Escucharás hoy mis consejos médicos?

—¿Consejos médicos?

Estoy segura de que sabe perfectamente de qué hablo, pero si lo que quiere es tontear, pienso seguirle la corriente tanto como sea necesario.

—Habíamos quedado en que yo te ayudaría a superar tu heterosexualidad si volvíamos a encontrarnos.

Su carcajada de respuesta me sorprende casi tanto como me molestan sus siguientes palabras:

—¿De verdad crees que este es el momento oportuno para hablar de eso?

Últimamente, tengo la sensación de que la gente me ve como una adulta que no ha sabido superar la adolescencia. ¿Soy inmadura porque quiero aprovechar la vida? ¿De verdad estar casada, o separada y con hijos, debe ser el ideal de la mujer moderna? Muy bien, si soy infantil porque sigue apasionándose el sexo como cuando tenía diecisiete y todo era nuevo, no voy a pedir perdón por eso:

—Dijiste que lo dejaríamos al azar, y el azar ha hablado.

—Eres muy graciosa.

¿Graciosa? ¿Me ha llamado graciosa? Me han dirigido miles de calificativos despectivos en el pasado amantes despechadas o admiradoras rechazadas, pero estoy segura de que jamás se habían referido a mí de ese modo. De cualquier manera, algo en su tono me dice que voy en la dirección correcta.

—El espectáculo termina —hago notar intentando ocultar mi ansiedad al ver al memo de Lucas buscando a su mamáita con la mirada—, ¿no vas a cumplir tu palabra?

—Si no recuerdo mal, Rocío me interrumpió antes de que pudiera hacer ninguna promesa.

—Pero ya tenías la mano en alto, es vinculante.

—¿Piensas obligarme a cumplir un trato hecho bajo coacción?

—Si es necesario...

Hay algo en Susana que me descuadra y me fascina a partes iguales. Por lo que tengo entendido es la primera vez que hace esto con mujeres pero, más que nerviosa... parece tan divertida como yo con la situación.

—Tengo a Lucas todo el fin de semana, me temo que es imposible.

Ahora me mira sin pestañear, y sus ojos sonrían de un modo tan provocativo que tengo que hacer esfuerzos para no besarla aquí mismo. A esta chica le gusta el flirteo tanto o más que a mí, y eso son palabras mayores: o consigo tener al menos un encuentro con ella o renuncio para siempre a mi apellido y me resigo a llamarme Margarita hasta el final de mis días.

—Mi consulta estará abierta el sábado próximo de ocho de la tarde a doce de la noche —
comento con una sonrisa mientras me vuelvo hacia Pilar, que trae a Lucas de la mano con la misma
actitud que si llevara un pescado recién sacado del mar.

—¿Solo cuatro horas? Creí que habías dicho que eras lenta y metódica.

—En casos desesperados, puedo prolongar el tratamiento.

Los niños han llegado a nuestra altura. Susana se agacha para abrazar a su hijo y, por primera
vez en mucho tiempo, siento envidia de alguien, porque me encantaría saber qué se siente al ser
envuelto por esos brazos morenos y firmes. Luego, cuando por fin se reincorpora, me mira
fijamente y, con una sonrisa burlona, da por zanjada nuestra conversación:

—Es posible que me pase, lo pensaré.

Juraría que Pilar nos miraba de reojo, pero me he quedado tan satisfecha con el resultado de la
visita al Zoo que no sería capaz de asegurarlo.

Ese lunar...

Tratamiento médico

“Es posible que me pase, lo pensaré”. Estoy desconcertada, lo que al principio me pareció un éxito me molesta a primera hora del domingo. ¿De verdad está jugando conmigo al gato y al ratón? No puedo aceptar eso. Yo soy la que decide si regalará o no a alguien el don de su presencia, no la que tiene que esperar una semana entera sin saber si al final se quedará plantada.

Según pasan los días, mi irritación crece por momentos. Si Susana se piensa que voy a estar esperando cruzada de brazos está muy equivocada, ¿qué se ha creído? A mí no se me rechaza, a mí se me celebra como algo que marca un antes y un después. Joder sí, mi orgullo está herido. Cyrano de Bergerac me ha desafiado, ¡dichosa mujer de nariz enorme!

Debería salir el sábado a ligar por ahí y romper por fin esta sequía que empieza a ser histórica. De ese modo, si Susana apareciese en mi puerta (cosa que estoy segura que hará), se llevaría un buen palmo de narices (y no puedo evitar felicitarle por el uso de tan oportuna expresión).

Sí, eso voy a hacer. Lo malo es que algo me dice que Cyrano no es de las que dan segundas oportunidades. ¡Dichoso lunar! Por más que lo intento no consigo olvidarme de él, era tan pequeño y estaba en un sitio tan coqueto, sobre la comisura izquierda de su labio superior, en ese sitio que tanto me gusta morder y succionar con delicadeza...

Tras mucho deliberar, tomo una decisión intermedia: no saldré el sábado y me quedaré esperando su llegada, pero no prepararé nada en especial para ella. Si cree que voy a desvivirme para seducirla está muy equivocada.

Sábado otra vez. No consigo entender por qué estoy de tan mal humor nada más levantarme. Intentando no pensar en ello, me subo a mi bicicleta elíptica y paso una hora haciendo ejercicio con intensidad.

Ya he comentado que tengo un pequeño gimnasio en casa, es otra de las ventajas de no seguir la corriente a todo el mundo y no compartir piso. En efecto, vivo en un apartamento de cuatro enormes habitaciones que me permite tener una destinada a despacho y biblioteca, otra para cuarto de invitados (invitadas, preferentemente) y otra como centro de ejercicio para mantener la forma sin tener que salir a la calle.

Aparte de la bicicleta elíptica, tengo una cinta de correr y un banco para hacer pesas y abdominales. Para terminar, lo más preciado de mi colección: una camilla de masajes cómoda, moderna y funcional. Se puede regular la altura y el ángulo de inclinación, y como podéis imaginar la he probado tanto dando como recibiendo masajes, por lo que puedo asegurar que es una auténtica máquina de proporcionar orgasmos.

Es aquí donde me propongo solucionar el “problema médico” de Susana. De cualquier modo, no penséis que voy a hacer nada que no haga habitualmente, para mí Cyrano es una conquista más, y cuando la haya tenido sucederá lo que sucede siempre inevitablemente, que perderé el interés y toda mi energía quedará reservada para la próxima conquista. Eso no impide, sin embargo, que al terminar con la bicicleta compruebe que todo el aparato de seducción que tantas veces he utilizado funcione a la perfección: luces regulables en intensidad, suave música de fondo, ¡menos mal que he mirado, tengo que bajar a comprar un par de velas aromáticas! No debería decirlo, pero todo eso y mis suaves manos untadas en aceite forman un cóctel que debería estar prohibido, porque a

veces pienso que si me lo propusiera podría convertir al lesbianismo a todas las mujeres del mundo y acabar así con el futuro de la especie humana.

Ya que bajaba a por las velas, he comprado también unas cuantas botellas de todo tipo por si queremos tomar una copa antes o después de. Pero todo de la forma habitual, porque esta cita no tiene nada de especial.

Las ocho menos cuarto. Por seguir la broma, me he puesto una bata blanca que tengo desde que en la universidad daba clases de laboratorio, me he recogido el pelo en una coleta y he recuperado las gafas de pasta que me dan aspecto de chica seria y formal. Frente al espejo, me ha costado no enamorarme de mí misma: soy el arquetipo de enfermera sexy que haría resucitar a un muerto.

De acuerdo, todo está listo, ahora solo queda esperar a que aparezca mi víctima. Una agradable conversación en el comodísimo sofá del salón, una copa y, después, una maratoniada sesión de masaje relajante y húmedo (más húmedo que relajante). Para que mejoréis vuestro concepto de mí diré que soy una auténtica maestra en el arte de proporcionar placer, y que además me gusta tomarme mi tiempo sin pensar en mí misma. Bueno, para ser sincera, quizá sí lo hago un poco (o un mucho) pensando en mi beneficio. Aparte de que me fascina jugar con un cuerpo femenino entregado, sé por experiencia lo que se puede obtener de una mujer que ha tocado el cielo, porque literalmente no hay nada que no estén dispuestas a concederme las afortunadas que han pasado un rato por mi camilla erótica.

Las ocho y cuarto, no puedo creerlo. ¿De verdad va a darme plantón? No sé si me siento más decepcionada o cabreada, ¡estoy disfrazada de enfermera y mirando el reloj como una tonta! Sería tan humillante, menudo papelón, ¡yo, la gran Humanes, dejada en la estacada como si no fuera la mayor depredadora sexual que ha conocido el mundo lésbico en la última década!

Ocho y media, esto empieza a enfadarme de verdad. Tanto, que si aparece no pienso ni abrir la puerta. O mejor, me arreglaré y, en caso de que Susana llame, saldré monísima diciendo que no recordaba haber quedado con ella y que tengo un compromiso. Si la narizotas se piensa que puede ser ella la que decida cuándo verme no sabe con quién...

¡El timbre de la puerta! Muy enfadada por el retraso, me precipito y observo por la mirilla. Susana está al otro lado, esperando en el descansillo.

Está bien, por esta vez haré una excepción, pero pienso dejar bien claro que no soy de ese tipo de personas a las que se las hace esperar.

—Siento llegar tarde, el padre de Lucas se ha retrasado como siempre y luego he pillado un atasco horroroso.

—Tranquila, no pasa nada. Puedes dejar el bolso aquí.

¿Qué decís? No querréis que me ponga en plan borde, tiene una excusa completamente lógica. Además, viene tan guapa que es difícil enfadarse: pantalón príncipe de Gales, camisa negra ceñida y zapatos altos a juego. Hoy lleva el pelo suelto hasta los hombros, y si me gustaba con coleta tampoco me decepciona con su cambio de imagen. Los labios rojos, rojísimos, y ese lunar... ¿Nariz grande? ¿A quién le importa? Solo una persona estúpida podría objetar algo a Susana.

—¿Te apetece tomar algo? Tengo de todo.

—No, gracias —dice mientras examina con calma mi aspecto—. Verá... enfermera, me han dicho que aquí tal vez podrían ayudarme con mi problema: me gustan los hombres.

Joder, esto no lo he visto venir. ¿Vamos ya al grano? La verdad es que he pasado la semana tan molesta con el hecho de que Susana dejara la cita en el aire que no he pensado demasiado en ello, pero teniendo en cuenta que se trata de una chica que hasta ahora había vivido en la acera equivocada, imaginé que vendría asustada o, al menos, cohibida. Sin embargo, por más que la observo no detecto en ella el menor síntoma de inseguridad o temor.

—Pues ha acudido al sitio correcto —contesto recuperando enseguida la iniciativa—. Antes de pasar a la... sala de tratamiento, me gustaría hacerle algunas preguntas para rellenar su expediente para que luego el doctor...

—¿Es que no va a tratarme usted personalmente?

Ay madre, me mata. Esta mujer de nariz deliciosa ha venido a lo que ha venido, ¿será posible que esta vez no tenga que andar fingiendo interés por cosas que no me importan ni perdiendo el tiempo en absurdas conversaciones que no llevan a ningún sitio? Es increíble el aplomo que demuestra, lo mejor será seguir el juego y aprovechar para hacer algunas preguntas, porque lo cierto es que estoy realmente sorprendida por cómo ha empezado todo:

—Veamos señorita, su sinceridad es importante para saber qué tratamiento debemos administrarle.

—De acuerdo enfermera, colaboraré en todo lo que pueda.

—En primer lugar, ¿dice usted que le gustan los hombres?

—Mucho —contesta Susi poniendo un gesto simpatiquísimo, a medio camino entre la culpabilidad y la vergüenza.

—Y... ¿diría que sus relaciones sexuales con ellos son satisfactorias?

—Oh sí, *muy* satisfactorias.

Joder, tiene una manera de hablar que resucitaría a un muerto. Es tan provocativa que me cuesta seguir jugando y no llevarla de inmediato a mi camilla mágica, pero no puedo dejar de indagar con esta mujer que es distinta a todas las que había conocido antes.

—Sin embargo, usted desea ser curada de su... adicción a los hombres.

—Ajá, he oído que el sexo con mujeres es maravilloso, y me gustaría... ya sabe... siempre me he considerado una persona abierta.

Durante nuestra “entrevista médica”, Susana ha mirado una o dos veces con interés mis muslos desnudos bajo la bata. Haciendo un esfuerzo por no precipitar los acontecimientos, hago otra pregunta muy necesaria “para asegurar el éxito médico de la consulta”.

—Entonces, ¿debo entender que nunca ha tenido relaciones con mujeres?

—No... nunca... es vergonzoso, lo sé.

—¿Ni siquiera en la universidad? Todo el mundo ha probado alguna vez...

—Ni siquiera. No piense que soy una mojigata enfermera, siempre tuve curiosidad pero... supongo que no conocí a la persona apropiada.

Me remuevo ansiosa en mi silla. Estamos sentadas en mi salón, y cada vez que cruzo y descruzo las piernas Susana me mira sin disimulo y con una sonrisa que resplandece, iluminada por su coqueto lunar.

—Comprendo... no se preocupe, ha acudido usted al lugar ideal para solucionar su problema.

—¿Cree de verdad que hay esperanza todavía para mí?

No puedo más, o la tumbo en la camilla o me explotan los fusibles. Dejando a un lado la libreta en la que he fingido tomar notas, me pongo en pie y trato de sonreír sin demostrar mi

impaciencia.

—Por supuesto, señorita. Si es tan amable de acompañarme...

Ahora es cuando entramos en mi terreno. Casi me relamo al pensar en Susana sometida dócilmente a mis sabias atenciones. Puedo imaginar anticipadamente cómo será desnudarla poco a poco, tumbarla boca abajo en la camilla y acariciar despacio su cuerpo. Empezaré por los hombros y el cuello, para ir descendiendo más tarde por su espalda. Saltaré después a sus pantorrillas, y dedicaré mucho tiempo a sus pies, que imagino pequeños y...

—Llevo toda la entrevista preguntándome qué llevas debajo de la bata.

Por un segundo no he acertado a reaccionar. Susana se ha levantado pero, en lugar de seguirme hacia mi “habitación del placer”, permanece quieta junto a mí en medio del salón, con gesto que me cuesta interpretar. ¿Está nerviosa? Me fastidia no ser capaz de leer en su interior del mismo modo que suelo hacerlo con el resto de mis conquistas. La primera vez que nos vimos, en la fiesta de Montse, pensé que sabía cómo se sentía pero, ahora, de ningún modo puedo estar segura. Por más que intento descubrir el menor signo de inseguridad, lo único que percibo es un aplomo desconcertante, ¿me habrá mentido y no es su primera vez con una chica? Algo me dice que no, que lo que ocurre es que estoy, por extraño que me parezca, ante una persona que es quizá más parecida a mí de lo que cabría imaginar.

Pero no estoy dispuesta a ceder la iniciativa, de modo que me ajusto las gafas de pasta, compongo un gesto profesional y contesto como lo haría cualquier enfermera de verdad:

—Disculpe señorita, no creo que eso...

Joder, Susana ha dado un par de pasos hacia mí, ha tirado con violencia de las solapas de mi bata... y dos botones han saltado sin contemplaciones. El tercero y último no ha tardado demasiado en ser desabrochado por ella y, dos segundos después, la bata ha caído al suelo. Desde luego, no era esto lo que esperaba que sucediera, pero tampoco voy a mentir diciendo que estoy preocupada por la suerte de mi disfraz de enfermera.

De momento, tengo bastante con observar la expresión de Susi al comprobar que, siguiendo mi costumbre de no utilizar nunca sostén, lo único que llevo puesto son unas braguitas blancas monísimas. Aprovechando que la indómita joven parece centrada en observarme de cintura para arriba, intento de nuevo recuperar el mando de las operaciones.

—¿Te gustan?

—Perfectas.

—Estoy segura de que tú...

Antes de que pudiera terminar el gesto de desabrochar también su camisa (sin romper botón alguno, debe ser carísima), una de las manos de Susana se posa en mi seno derecho con soltura. La joven acaricia con calma, una sonrisa embelleciendo su ya de por sí radiante lunar y la nariz, más pequeña que nunca, otorgándole un gesto pícaro y descarado.

Pronto descubro que, para mi fortuna, mi invitada tiene dos manos. Acaricia mis pechos sin pedir permiso, tomándose su tiempo, tal vez tratando de descubrir si le gusta el tacto de mi piel.

—¿Y bien?

Aunque he tratado de sonar calmada, mi pulso late acelerado y mis pezones, incapaces de disimulo alguno, hablan por sí solos.

—Suaves, firmes, del tamaño ideal... Me reafirmo: perfectas.

—Me alegro de que te gusten.

La opción camilla ha quedado descartada hace rato. Estoy tan excitada que no me siento capaz de darle un masaje de los míos a mi “víctima”, y siempre he pensado que las cosas se hacen bien

o no se hacen. Lo mejor es ir al dormitorio donde lo primero que entró fue una cama donde podría caber un equipo entero de volley femenino (uno de mis sueños por cumplir), y tener un encuentro más convencional pero seguro que no menos satisfactorio.

—Vamos, señorita —empiezo tomándola de la mano—, creo que sé perfectamente qué medicina administrarle para...

No he podido terminar la frase. Susana se ha lanzado sobre mí y su boca besa la mía con decisión, casi con furia. Antes de darme cuenta, estoy tumbada en el sofá con ella encima, y su lengua se cuela entre mis dientes con la misma soltura que el señor feudal entra en sus aposentos.

No está mal dejar que sea la otra la que tome la iniciativa, para variar. Suelo ser la que rompe el hielo, esto es sin duda un soplo de aire fresco que necesitaba. El mero hecho de pensar que estoy labio a labio con ese pequeñito lunar me enciende como una tea y, por si fuera poco, de pronto tengo las manos de Susana en todas partes: en mis pechos, en mis muslos, en mis caderas...

Un momento, ¿qué ha sido ese ruido? No puede ser, eso sí que no se lo perdono, la bata vale pero... ¿de verdad me ha roto las braguitas? Me habían costado un riñón y eran de mis favoritas, es hora de dejar bien claro que... Ay por dios, ya la tengo dentro. Así, sin más preámbulos y sin aviso ninguno. Joder, casi podría acusarla de violación... si no fuera porque las palabras difícilmente pueden ajustarse a cómo me siento en estos momentos.

Susana me folla sin contemplaciones. Su boca besa ahora mi cuello, pero enseguida desciende hacia mis pechos, que succiona con decisión, provocando que los pezones se rebelen y doblen su tamaño. Mientras, unos dedos ágiles y ávidos buscan dentro de mí, avanzando milímetro a milímetro mientras mi vista se nubla y mis gemidos crecen sin remedio.

Después de una semana de mal humor e incertidumbre, ¡qué magnífica manera de empezar la cita! Esto me compensa por la culibaja una y mil veces, la espera bien ha merecido la pena. Me abro como una bailarina, claudico sin oponer resistencia, me dejo hacer sintiendo un calor que inunda mi cuerpo en todas direcciones desde el pubis hasta la punta de los pies y la raíz de mis cabellos. Quería demostrar a esta mujer que el placer lésbico es incomparable con lo que había conocido hasta ahora, pero tampoco voy a negarme a disfrutar si ella decide que primero quiere agradecerme haber fijado mi atención en su graciosa nariz.

Tengo un orgasmo salvaje, de tal intensidad que mis piernas tiemblan de un modo extraño que nunca había experimentado con anterioridad. Cuando parece que todo ha terminado, mi cuerpo remonta, y entonces tengo que agarrarme a los bordes del sofá porque me da miedo caer al suelo, pero enseguida las manos de Susana me salvan, una acariciando mi torso mientras la otra, incansable, me arranca un nuevo éxtasis que me deja desmadejada y rendida.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha enseñado a quién? Tardo mis buenos minutos en recuperar el resuello y poder hablar.

—Joder... ¿de verdad... de verdad nunca había hecho esto señorita...?

—Ajá —contesta con ese tono que me roba la calma—, de verdad.

—Vaya, pues... debo decir que parece muy cualificada para el amor lésbico.

—¿En serio? —pregunta radiante, más lunar y menos nariz que nunca.

—Por supuesto. ¿Qué le parece si procedemos ahora con ese masaje que...?

—He oído que las chicas son especialmente buenas en el sexo oral, ¿es eso cierto, enfermera?

Ay madre ay madre. Ya sabéis que soy sincera y digo las cosas sin rodeos: nunca me había enfrentado a una rival tan temible. Es su primera vez conmigo, su primera vez con una chica según parece, ¡y me pide que le dé placer oral con total descaro! Por otra parte... antes de seguir adelante creo que debería hacer una pequeña aclaración: me vuelve loca el sexo oral.

Vale, así dicho suena poco original, lo reconozco. Lo “extraño” por mi parte es que tengo una regla: nunca lo doy yo primero. Aun a riesgo de que alguien me odie más de lo que ya me está odiando, confesaré que me gusta que me agasajen primero a mí. Luego, si la chica lo merece y me siento generosa, retribuyo el favor, cosa que ni mucho menos sucede siempre (recordad a Paloma, la veterinaria).

Así soy yo, para bien o para mal. Lo curioso, por tanto, es que esta vez esté tan dispuesta a hacer una excepción, porque lo cierto es que no tiene que insistir. En silencio, le quito los bonitos zapatos y desabrocho la cremallera de su pantalón. Susana colabora encantada, arqueando las caderas para que, en un mismo y precipitado movimiento, pantalón y braguitas desciendan juntas a lo largo de sus muslos. El espectáculo es grandioso. ¿Cómo puede haber mujer alguna en el mundo que prefiera unos horribles, ostentosos y ridículos genitales masculinos? La vagina de Susana bien merece el mismo calificativo que ella aplicó a mis senos: es sencillamente perfecta.

Pequeña, tierna, jugosa, apetecible, tímida, provocativa... encantadora, en una palabra. Por si fuera poco, me tiene reservada una agradable sorpresa, porque aparece totalmente depilada. No cabe duda de que he hecho bien en saltarme mi propia regla, ¿puede haber un placer más intenso que el de devorar una vulva tan deliciosamente presentada?

Casi tengo que recordarme que la experta soy yo para no ir demasiado deprisa en mi degustación del manjar. De primer plato, besos alrededor del monte de Venus y en las trémulas ingles de mi paciente. De segundo, leves toquecitos alrededor de los labios mayores y, de postre, un travieso recorrido alrededor del inflamado clítoris.

Susana gime, ahí arriba, y una de sus manos se apoya en mi cabeza sin que apenas lo note. Aunque trato de ir lo más despacio posible, enseguida estoy besando abiertamente la entrada prohibida. Su sabor es exquisito: sabe a fruta, a hierba del campo, a helado de chocolate caliente...

Necesito entrar tan dentro como me sea posible. Mi lengua rept, siempre subiendo, aunque a veces me retiro para, abriendo la boca más allá de lo razonable, absorber su sexo como si quisiera devorarlo entero. Mi víctima se retuerce, su dulce voz convertida en un acicate que me empuja a perseverar y clavarme lo más hondo que puedo.

¿Hace mucho que Susi me presiona con ambas manos hacia sí? Si pudiera sonreiría, porque me vuelve loca de satisfacción saber lo mucho que está disfrutando mis atenciones. Sin embargo, decidida a exprimir su orgasmo persevero, entro y salgo, me agito dentro de ella hasta que mi lengua parece acalambrarse: si queda inútil y tengo que vivir muda para siempre, habrá merecido la pena.

Saco fuerzas de flaqueza y solo me detengo cuando Susana alza su pubis hacia mí, exhala un grito de desconsuelo y, finalmente, queda inerte en mi sofá.

Entonces, durante mucho rato permanezco de rodillas entre sus piernas, mientras el silencio llena la estancia y las dos nos recuperamos de la maravillosa experiencia.

Como siempre digo, las reglas están para saltárselas.

—¿Te marchas ya?

—Es tardísimo y tengo que recoger a Lucas.

Lo cierto es que estoy agotada. Hemos pasado la noche haciendo el amor sin descanso, y solo bien entrada la mañana nos hemos quedado dormidas un rato en mi dormitorio, testigo de nuestro último escaqueo erótico.

Mientras se viste toda prisa, contemplo a Susana desde la cama, envuelta en las sábanas. No me equivoqué al imaginar su cuerpo desnudo: senos pequeños pero duros como piedras, cintura estrecha, nalgas altas y orgullosas, piernas de vértigo, todo un monumento de mujer. Creo que, esta vez, ni mucho menos voy a quedar saciada con un solo encuentro, pero desde luego no seré yo la que pregunte primero por una próxima cita.

Sin embargo, cinco minutos después las dos estamos ya vestidas... y ella sigue sin decir nada. Es solo tras recoger su bolso cuando nos miramos y, por un segundo, parece que ninguna sabe cómo poner punto final a lo que hemos vivido.

—Bueno, me voy. Lo he pasado genial.

—¿Tienes ya más clara tu sexualidad?

—Desde luego —ríe feliz, y al hacerlo su nariz disminuye y su lunar cobra protagonismo—. Soy completamente bisexual, debo admitirlo.

No es exactamente la respuesta que esperaba, pero podemos considerarlo un éxito teniendo en cuenta que ni siquiera he llegado a utilizar la camilla. Pero no es eso lo que más me preocupa ahora: estamos ya a punto de separarnos y Susana no toma la iniciativa para preguntar lo que quiero oír. Ya tiene la mano en el pomo de la puerta, abre, sonrío, y...

—¿Volveremos a vernos?

Joder, todo sería normal si no fuera porque he sido yo la que ha hecho la pregunta. Y lo peor es que, lejos de deshacerse de felicidad, Susana duda, sopesa, y no parece que tenga nada claro que va a responder. Finalmente, vuelve a sonreír antes de contestar:

—Por mí bien, pero me gustaría dejar una cosa clara.

—Tú dirás.

—El padre de Lucas y yo estamos intentando arreglar lo nuestro. Esto es solo una agradable aventura.

¿De verdad he oído lo que creo? ¿Es ella la que está pretendiendo dejar claro que esto no puede convertirse en nada serio? Por favor, es el sueño de mi vida hecho realidad: una mujer preciosa que solo quiere meterse en la cama conmigo por placer, sin complicaciones posteriores ni engorrosas pretensiones de fidelidad o amor eterno. Me siento tan feliz al asimilar sus palabras que casi tengo que contenerme para no saltar de júbilo.

—Por supuesto —digo guiñándole un ojo—. Es solo sexo, sin complicaciones ni ataduras.

—Eso es. Si las dos estamos de acuerdo...

—No sabes hasta qué punto me agrada que lo propongas así. Últimamente era como si todas mis amantes se enoñaran conmigo, y te aseguro que resulta agotador.

—No temas por eso —ríe quizá demasiado relajada para mi gusto—, ese no será mi caso.

Todo resuelto, entonces. Solo falta fijar el próximo encuentro, ¿qué tal el próximo fin de semana? No, claro, no lo había pensado, le toca otra vez estar con Lucas, y entre semana más de lo mismo (últimamente, no soy capaz de pensar en niños sin recordar los tiburones). Lo mejor será que ella me llame cuando tenga un rato, porque siempre está muy liada y no puede asegurarme nada.

Y ya está, se ha ido, sin que ninguna de las dos tomara la iniciativa para un beso de despedida y sin más contemplaciones.

Pilar

Quince minutos después de quedarme sola, me vuelve a pasar lo mismo que tras el inesperado encuentro en el Zoo: lo que al principio me pareció una situación ideal, poco a poco empieza a presentármese como un sonoro fracaso.

Veamos, me he follado a una preciosidad (la culibaja ya es definitivamente historia) de mil y una maneras, es de suponer que pronto volveré a tener otro tórrido encuentro con ella y, encima, ambas hemos dejado claro que solo es el sexo lo que nos une.

¿Por qué tengo entonces esta sensación agridulce? Tras mucho pensar en ello, llego a la conclusión de que lo que me escuece es tener que estar esperando su llamada. De pronto no soy la que tiene la sartén por el mango y la que decide cuándo y cómo, ahora he asumido sin darme cuenta el papel de la que espera un hueco sin poder adivinar cuándo surgirá la ocasión. Muy bien, pues si se cree que voy a estar cruzada de brazos esperando es que no me conoce, lo más probable es que cuando se decida a llamar yo ya haya encontrado otra sustituta con la nariz más larga y muchos más lunares que...

Otra vez el timbre, ¿se habrá dejado algo olvidado? Seguro que ya me echa de menos y vuelve para un polvo rápido antes de recoger a Lucas, ya sabía yo que mi embrujo no podía fallar.

Conteniendo una sonrisa de superioridad, abro la puerta y... tengo que mirar hacia abajo, hasta encontrarme a Pilar, que me mira muy seria desde sus siete años de mocosa redicha.

—Hola.

—Hola. Si vienes a jugar a la Play, aún no he tenido tiempo de comprarla.

—Me aburro en casa, ¿puedo pasar?

—Escucha, no es buen momento, yo...

Ya está dentro, se ha colado como una culebra por debajo del brazo con el que abría la puerta y antes de que me dé cuenta la tengo sentada en mi sillón, casi en el sitio donde ayer...

—¿Qué tal te ha ido con Susana?

—¿Sabes que espiar está muy feo?

—¿Estás enamorada?

—¿Qué? ¿De dónde sacas esas ideas? Me parece a mí que tienes mucha imaginación.

Pilar cabecea y se queda mirándome, pensativa. La verdad es que, a pesar de lo inoportuno de su visita, debo reconocer que hay algo en ella que me resulta divertido. No sé si es su manera de preguntar las cosas más indiscretas con total naturalidad o el gesto entre pícaro y travieso que compone cuando arruga la naricilla y frunce el ceño.

—Mamá dice que deberías sentar la cabeza.

—¿Tu madre se preocupa por mi vida sentimental?

—Dice que una chica tan guapa como tú podría tener a quien quisiera, y que no deberías ir perdiendo el tiempo por ahí con tantas mujeres.

Nota mental: ser más cuidadosa a partir de ahora al llevar a las chicas a casa, pues por lo visto a los vecinos mi vida sexual les resulta un tema interesante de conversación.

—Vaya —digo sin poder contener cierta indignación—, ¿y tu padre también tiene alguna opinión al respecto?

—No lo sé. Siempre que empieza a decir algo sobre ti se le pone cara de tonto. Entonces mi madre le da un codazo y dice “no digas eso delante de la niña”.

Suspiro de resignación. Estoy segura de haberme infiltrado en las ensoñaciones eróticas de tantos hombres casados que casi me siento culpable, lo que no deja de ser curioso si pensamos que infiltrarme en las de sus mujeres me encanta.

—Escucha Pilar, tengo cosas que hacer y...

—He decidido que yo también quiero ser lesbiana.

Vaya con la niña, solo me faltaba que sus padres me acusaran de ser una mala influencia.

—No funciona así Pilar, no puedes elegir lo que eres.

—¿Por qué no? Las lesbianas sois muy guapas y hacéis cosas divertidas todo el tiempo.

—Eso no es cierto —comento mientras pienso por última vez en la culibaja—, también hay lesbianas feas, y no siempre estamos de juerga.

Pilar no parece muy convencida. Desde luego, la niña tiene iniciativa, y desear ser homosexual me parece muy emprendedor por su parte, me gustaría mucho que tuviera éxito.

—Me voy —dice de pronto, justo cuando empezaba a divertirme con ella—. Mamá debe estar como loca buscándome.

—¿No le has dicho que venías a verme? —pregunto escandalizada, porque ahora puedo ser acusada también de secuestro.

—Tranquila, ahora está viendo uno de esos programas de cotilleos en la tele. ¿Ves? Seguro que tú no pierdes el tiempo en cosas tan aburridas.

Esta niña es una bomba de relojería, aunque desde luego tiene razón, los programas sobre el mundo de los famosos me aburren soberanamente (excepto si hablan de Scarlett Johansson, otra de mis asignaturas pendientes, si bien no descarto la posibilidad de coincidir alguna vez con ella).

Pilar está a punto de irse con la misma precipitación con la que llegó cuando alza la cabecita y se queda mirándome fijamente:

—¿Somos amigas?

—Claro que sí.

—Entonces te voy a dar un consejo.

—¿De veras señorita?

La niña asiente, solemne, y tras una pausa dramática muy teatral cumple con su promesa:

—Búscate otra novia, Susana no me gusta para ti.

Vaya salida, ¿a qué viene esto? ¿Y por qué me ha producido tal inquietud interior la primera bobada que se le ocurre a una niña de siete años?

—En primer lugar, no es mi novia —contesto sin saber muy bien por qué doy explicaciones— y, en segundo lugar, en el Zoo dijiste que hacíamos muy buena pareja.

Anda, a ver cómo sales ahora de esa, pienso para mis adentros convirtiéndome también en una niña pequeña. Pero, lejos de amilanarse, Pilar medita unos segundos y, después, habla de nuevo con su espontaneidad habitual:

—He cambiado de opinión, ¿o es que solo podéis hacerlo los adultos? Además, Lucas es un pesado, y si te casas con Susana ya no será divertido venir a verte.

Se ha marchado sin más y, cuando de nuevo me he quedado sola, me ha sorprendido notar cierto vacío en mi interior.

El mismo vacío que deja una buena amiga cuando se marcha.

Cena de parejas

El primer fin de semana le tocaba Lucas. ¿Y el segundo? Con una creciente indignación, vi pasar las horas sin que el móvil registrase actividad alguna. Harta y enojada conmigo misma por el mero hecho de seguir esperando, salí por ahí y conocí a una tetona muy graciosa con la que pasé un rato agradable conversando, pero a la hora de la verdad resultó una estrecha y, como ahora tengo el listón alto y tampoco sentía verdadero interés, la dejé ir sin más.

El tercer fin de semana, según mis cuentas el odioso Lucas entró de nuevo en escena (ay, benditos tiburones), y al menos al saber que había una excusa razonable para el silencio de Susana me sentí más relajada.

Pero así llegamos a esta mañana de sábado, cuatro semanas después de nuestro único encuentro sexual. ¿Será posible que hoy tampoco dé señales de vida? Quizá lo ha arreglado con su ex, pero eso poco o nada me importa: habíamos quedado en que lo nuestro sería sexo sin compromiso, y no puedo entender que, después de la noche que pasamos juntas, no tenga un deseo irresistible de repetir.

Casi más por hacer algo que porque realmente me apetezca, cojo el teléfono y llamo a Montse para invitarlas a cenar a ella y a su mujer. Mi amiga acepta encantada y, como soy la peor cocinera del mundo, cuando cuelgo encargo comida en el restaurante de la esquina y me meto en el gimnasio a hacer un poco de ejercicio.

Mientras pedaleo con rabia, decido que cuando Susana me llame voy a hacerme la esquivada. Si quiere volver a ver estas tetas “perfectas” tendrá que esforzarse para merecerlo, ¿o es que se cree que voy a estar a su disposición siempre que lo desee?

Cosas del destino, apenas he pensado esto, el teléfono suena y... adivinad.

—Hola, ¿Marga?

—Hola. Prefiero Humanes.

“Recuerda que estás enfadada, recuerda que estás enfadada”, me digo, más irritada por mi propia ansiedad que por lo mucho que ha tardado en producirse su llamada.

—Chica, Humanes suena tan serio... parece que hablas con un abogado. En fin, ¿cómo lo tienes para vernos esta noche?

No puedo creerlo, cuatro semanas esperando y recibo su llamada menos de media hora después de quedar con Montse. Por supuesto, podría cancelarlo, pero he tomado una decisión y no estoy dispuesta a moverme ni un milímetro.

—Lo siento, esta noche tengo un compromiso.

Permanezco atenta a su reacción al otro lado de la línea, tratando de adivinar su grado de decepción, que imagino inmenso.

—Vaya, qué fastidio... me apetecía recibir la segunda parte de mi tratamiento.

Joder Montse, nunca sabrás lo difícil que me está resultando no anular una cita contigo. La voz de Susana es tan sensual que solo recurriendo a toda mi fuerza de voluntad consigo mantenerme firme:

—¿Mañana tal vez?

—No, mañana he quedado a las nueve con Óscar para ir juntos a ver jugar al fútbol a Lucas. Se lo hemos prometido.

Por lo visto el proceso de reconciliación sigue su curso, pero eso me da igual. El problema es

que no podré follarme de nuevo a la madre de ese niño tan enclenque que no puedo creer que verdaderamente juegue al fútbol.

—¿No podrías cancelar lo que tengas esta noche? Me apetecía mucho verte.

Suena tan seductora que tengo que cerrar los ojos y apretar los puños con fuerza para resistir porque, ¿cómo podría seguir considerándome a mí misma una depredadora sin escrúpulos si cedo a cualquier cosa que me pida? Claro que...

—También podrías apuntarte. Vienen a cenar Montse y Lucía, seguro que se marchan pronto.

Lo he dicho sin pensar demasiado, y solo cuando termino me doy cuenta de lo que acabo de proponer: una cena en plan parejitas. “Joder Humanes —me digo para mis adentros—, no te reconozco”.

En cuando a Susana (no dejo de pensar en su lunar, pero en el otro, más grande, que descubrí en el lugar donde la nalga izquierda se une con el muslo), parece vacilar. Estoy segura de que va a declinar la oferta, ¿qué sentido tendría esta reunión?

—Montse y Lucía, solo las conozco de la noche de la fiesta, pero puede ser divertido. ¿Me aseguras que se irán pronto?

—Cuenta con ello —confirmo mientras pienso que podría echarlas también a ellas a los tiburones si fuera necesario.

—Entonces allí estaré. Yo llevo el vino.

No puedo creerlo, espero que Montse no piense que me pasa algo malo cuando descubra que tengo algo parecido a una “pareja” para la cena. En fin, así son las cosas. ¿Debería cancelar la cena con mi vieja amiga? Estoy indecisa, no quiero que Susana piense que cambiaré los planes siempre que ella decida entrar en escena.

Por otra parte, esta será nuestra segunda y última noche juntas, la chica es un encanto pero a buen seguro también de ella quedaré saciada en cuanto agote todas las posibilidades de placer que su cuerpo me ofrece (vale, reconozco que me ofrece muchas).

De momento, llamaré al restaurante y encargaré cena para una persona más.

—¿Has invitado a alguien más?

No negaré que temía el momento en el que Montse descubriera que hay cuatro cubiertos en la mesa.

—Sí... a última hora me llamó Susana y se apuntó a la cena.

Ni siquiera he mirado a mi amiga mientras lo he dicho, fingiendo estar muy concentrada en colocar las servilletas y los cubiertos. No sabría explicar muy bien por qué, pero me siento incómoda, como si fuera una chiquilla que guarda un secreto que no desea que sea descubierto aunque, si he de ser sincera, ni yo misma entiendo muy bien qué quiero decir con esto.

—¿Qué?

Lucía y Montse están mirándome en silencio, y el gesto de la última no puede ser más socarrón.

—¿La Susana hetero que conociste en mi casa? ¿No me digas que...?

—¿Lo dudabas?

He tratado de sonar desenfadada, pero no puedo evitar notar de nuevo esa extraña sensación de que algo no funciona como siempre. Soy la destroza corazones, la promiscua, la que siempre rompe el plato, ¿por qué esta noche me siento tan rara?

Afortunadamente, mis amigas se miran risueñas, y Montse enseguida recurre a sus habituales “piropos”:

—Serás guarra... no se te escapa una.

—No le hagas caso —interrumpe Lucía—. Hacéis muy buena pareja, me alegro mucho de que...

—No somos pareja. Solo nos hemos enrollado una vez. Me llamó después de quedar con vosotras y...

—Oye, oye, si molestamos no tienes más que decirlo.

Sé que Montse habla en serio y que no se ofendería si le pidiera que se marchara pero, por algún motivo, creo que no quiero cancelar esta reunión a cuatro. ¿Será que de verdad por primera vez en mi vida me apetece jugar a las parejas?

—Por cierto, tu novia se retrasa —insiste mi amiga, que no duda en atacar cuando ve algún punto débil.

—Por lo que la conozco, empiezo a pensar que es una de sus señas de identidad. ¿Os apetece tomar algo mientras llega?

—¿Estás segura de que va a venir? Tal vez te ha dado plantón.

—Zorra.

—Perra.

—Ahora en serio, dime qué te traes entre manos.

Lucía se ha quedado en el salón escogiendo la música mientras Montse me ha acompañado a la cocina para ayudarme a preparar unos aperitivos y abrir una botella de vino blanco.

—No sé a qué te refieres.

—A mí no me la das. ¿Nos invitas a cenar justo la noche en la que tienes cita con ese pibón? Esa no es mi Humanes.

—Ya os lo he dicho. Me llamó para quedar, le dije que os esperaba y ella sola se apuntó. No me dejó otra opción.

¿Por qué tengo la sensación de que Montse no termina de creerme? Básicamente, he dicho toda la verdad... a excepción de que la iniciativa de invitar a Susana fue mía.

—Bueno, supongo que Lucía y yo tendremos que irnos pronto.

Su sonrisa desmiente cualquier tipo de ofensa. Ya he dicho que las dos fuimos compañeras de múltiples aventuras, entre nosotras no hay espacio para ridículos celos ni esas tonterías tan frecuentes a veces entre mujeres.

—¿Sabes? Me das un poco de envidia. Eres tan libre...

Me agrada escuchar eso, especialmente viniendo de Montse. Últimamente tengo la sensación de que todo el mundo ha madurado menos yo, y no me gusta. Pero hay algo en el gesto de mi vieja amiga que me preocupa:

—¿Todo bien con Lucía?

—Oh sí, por supuesto. La adoro y es genial estar con ella. Es solo que... a veces...

—¿A veces? Sabes que a mí puedes contarme lo que sea.

—No te pienses lo que no es. Simplemente, echo en falta un poco de aventura en mi vida, un poco de emoción. Lucía es maravillosa, pero admitámoslo: no es Lara Jones.

Las dos nos echamos a reír, pero antes de que podamos seguir hablando la mujer de mi amiga entra en la cocina y nos mira interrogativamente, y Montse farfulla una bobada y las dos salen hacia el salón mientras yo me quedo pensativa.

Nunca he entendido qué ve Monte en esta chica del montón, seria y aburrida que trabaja en un

banco y cuya mayor cualidad es la de pasar desapercibida allá donde va. ¿Habrá algún tipo de crisis en su matrimonio? No lo creo, aunque no deja de agradarme saber que, a veces, mi antigua compinche echa de menos nuestras correrías y envidia mis proezas sexuales.

Por cierto que, en cuanto a mi última conquista, empieza a retrasarse más de la cuenta. Seguro que esto no sucedería con la culibaja.

—Siento llegar tan tarde, mi coche se ha quedado sin batería y he tenido que venir en taxi.

Aunque de nuevo trae una excusa convincente, su aire tranquilo y desenvuelto hace pensar que, en realidad, no siente el menor apuro por habernos hecho esperar. Lo curioso es que, aunque siempre me ha irritado la impuntualidad, nada más ver a Susana me olvido de lo tarde que es y de que la cena debe haberse quedado fría.

Y eso que no parece haberse arreglado especialmente. Lleva unos simples vaqueros ajustados y una camiseta, en realidad las cuatro vestimos aproximadamente igual. Sin embargo, no puedo evitar pensar que, al lado de mis amigas, la recién llegada resplandece de un modo especial, y que con nariz larga o sin ella, a buen seguro Montse tiene que apreciar que mi chica es infinitamente más atractiva que la suya.

Un momento, ¿mi chica? ¿Es que me estoy volviendo tonta? Susana es simplemente mi rollo de esta noche (o como mucho de un par de noches más, hay que reconocer que los vaqueros le sientan de muerte), y esta reunión no volverá a repetirse nunca.

Bueno, ya estamos cenando, y de momento todo transcurre con normalidad. Montse y Lucía se comportan con amabilidad con la recién llegada al grupo y ella, por su parte, parece sentirse tan cómoda y relajada como si ya fuéramos una pareja estable. Si tenemos en cuenta que acaba de incorporarse al selecto grupo de las mujeres que aman a otras mujeres, hay que reconocer que se mueve como pez en el agua y no da la menor señal de inseguridad.

¿A qué estamos jugando? Puede pareceros raro pero es la primera vez que hago algo así con una de mis víctimas. Ya lo mencioné antes, mi lema es llegar, seducir y triunfar, y no jugar a los matrimonios ni hacer este tipo de ridiculeces. Afortunadamente, el vino tinto que ha traído Susana entra con una facilidad pasmosa en esta calurosa noche veraniega, y eso me hace más sencillo dejar de analizarlo todo y dedicarme simplemente a disfrutar de la velada.

La impuntual joven me parece más seductora con cada segundo que pasa. Hoy lleva el pelo suelto y, de cuando en cuando, su camiseta resbala y deja uno de sus hombros desnudos. Cada vez que eso sucede, deseo fervientemente que la cena termine y mis viejas amigas pongan pies en polvorosa.

—... y allí estaba Lucía, quieta como un palo y sin atreverse a decir esta boca es mía.

—No cuentes esas cosas —se queja la interpelada—, van a pensar que soy una sosa.

Por lo que a mí respecta, no es que lo piense, es que estoy convencida de ello: es una de las personas más pusilánimes que he conocido, quién sabe si por eso encaja tan bien con su mujer, que es como yo, del tipo agresivo e impulsivo.

—Contadme algún defecto de Marga.

Las cuatro estábamos riendo y, de pronto, tras la intervención de Susana el silencio en la sala ha sido un poco oprimente. Antes de contestar, Montse me mira atónita:

—¿Marga?

—Descubrió accidentalmente cómo me llamo, pero le he dicho mil veces que prefiero Humanes.

¿Por qué una cosa tan boba me hace sentir tan irritada? ¿Es por la sonrisa socarrona de Montse? Tampoco es para tanto, me llamo Margarita, no es culpa mía.

—Así que quieres saber algún defecto de “Marga” —era obvio que mi amiga no iba a desaprovechar la oportunidad de burlarse un poco de mí—. No sé, déjame pensar... Es inteligente, guapa, divertida...

—Eso ya lo sé yo —la interrumpe Susana, que parece sentirse como en su casa desde el minuto uno de la cena—. He preguntado por sus “pequeños defectos”. Supongo que alguno tendrá.

—No sabría qué decirte, soy su mejor amiga. Es demasiado orgullosa e independiente, un poquito infiel...

¿Hemos bebido demasiado vino? En cualquier otra cena de este tipo, una afirmación como la última que ha hecho Montse podría desencadenar una tragedia, pero yo soy Humanes, la voraz depredadora sexual, y nunca le he prometido a Susana nada que...

—Eso me encanta —dice entonces la chica de la nariz larga guiñándome un ojo—, yo también soy bastante infiel. Cariño, creo que estamos hechas la una para la otra.

Ha seguido un momento extraño, porque Montse y Lucía se han quedado muy calladas y yo no he sabido muy bien cómo reaccionar. ¿De verdad puede esto ser el principio de algo? Nunca me había sentido tan tensa con el juego del flirteo, y no puedo culpar de ello a la presencia de mis amigas. Las dos saben cómo soy y que voy de flor en flor sin descanso. ¿Por qué todo me parece diferente esta noche?

—Voy a por el postre.

Quizá he sido un poco brusca, pero necesitaba levantarme y poner orden en mis pensamientos. Lo malo es que, apenas he entrado en la cocina, Montse ha aparecido detrás.

Su excusa de querer ayudarme no me ha resultado muy creíble.

—Saca de ahí el café, yo cojo la tarta de queso.

—¿Tienes azúcar morena?

—En el cajón de la derecha.

—No la veo.

—Detrás de la miel, al fondo.

Estamos a punto de salir cada una con una bandeja cuando su pregunta me deja petrificada.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

—¿La tarta de queso? Sí, es de la pastelería de la esquina.

Montse se queda mirándome ceñuda pero con una ligera sonrisa apenas esbozada en sus labios, las manos en las caderas e impidiéndome salir de la cocina. Resignada, suspiro y contesto sin poder creer mis propias palabras:

—No lo sé... de verdad que no lo sé.

—Joder Humanes, pareces otra.

—No hagas una montaña de un grano de arena —respondo arisca—. Me pone a mil, lo reconozco, estoy un poco encoñada. Pero se me pasará en cuanto la ponga en posición horizontal un par de noches más.

—¿Un par de noches más? Eso es mucho para ti. ¿No te estarás...?

Aunque no llega a terminar su pregunta, sé perfectamente cuál es la palabra que faltaba, y eso hace que una justa indignación brote de mí incontenible:

—¡No digas tonterías! Y vamos a la cocina. Anda, quítate de en medio.

—Vale, vale, no te pongas nerviosa.

—¡No me pongo nerviosa!

—Pues lo parece... “Marga”.

—Eres odiosa.

Al fin, mi amiga se ha hecho a un lado y he podido salir con la bandeja. Sin embargo, antes de que nos reunamos en el salón con nuestras parejas, Montse me sujeta levemente del brazo y me susurra en el oído:

—Escucha, yo... me alegro por ti. El sexo con alguien especial es completamente distinto. Solo te pido que tengas cuidado.

—¿Cuidado? ¿Qué podría pasarme?

—No lo sé. Recuerda que tiene un niño, y que no hace demasiado que ha roto con su ex.

Sin añadir nada más, Montse me ha adelantado y ha regresado a su sitio. Es mi mejor amiga y sé que me quiere, pero a veces pierde un poco el sentido de lo que dice.

¿Una depredadora como yo debe tener cuidado? Es como si le dijéramos al león que se preocupe por lo que pueda hacerle la gacela.

Se suponía que después del postre el feliz matrimonio debía marcharse para dejar que Susana y yo nos “conociéramos más a fondo”, pero lo cierto es que lo estamos pasando bien y no parece haber prisa. Como además tengo en la cocina cachaza, media docena de limas, azúcar moreno y montones de hielo picado, hemos preparado unas caipiriñas y entre eso, el vino blanco del aperitivo y el tinto durante la cena, las cuatro estamos bastante achispadas.

El calor es tan intenso que he tenido que abrir la enorme ventana del salón, pero incluso así el delicioso labio superior de Susana aparece perlado de sudor. Es curioso: tengo unos deseos infinitos de besarla, pero tampoco quiero forzar que llegue el momento. Bastaría una mirada intercambiada con Montse y mi amiga sabría de inmediato lo que debía hacer, pero esa mirada aún no se ha producido.

¿Estoy disfrutando de esta sensación nueva para mí de tener una relación que va más allá del polvo apresurado? Es todo muy complicado, porque apenas conozco a Susana y eso hace que una molesta pregunta surja en mi mente: si estuviéramos las dos solas... ¿podríamos hablar de algo o solo nos une el sexo? Haciendo memoria, me doy cuenta de que nunca he tenido una amante que a la vez fuera mi amiga, y no sé si me gustaría que Susana rellenara ese hueco.

¡Joder, al principio dije que esta no iba a ser otra ñoña aventura romántica y me estoy desviando! Yo no soy así. En cuanto acabemos estas caipiriñas, le haré un gesto a Montse y tumbaré a la preciosa chica del lunar en mi camilla mágica, y entonces vais a saber lo que es acción de la buena.

—... la chica era un verdadero bombón y se la quité a la mismísima Humanes... pero eso fue antes de conocerte a ti cariño, tranquila.

En cuanto tomamos un par de copas sale la vieja historia de cómo, una noche lejana, Montse fue capaz de levantarme una conquista.

—Nadie es infalible, ni siquiera yo.

—Es bueno saberlo —la sonrisa de Susana al mirarme encierra un millón de promesas por cumplir—, creí que nadie podía decirte que no.

—Tú no pudiste.

—Cierto... y que conste que nunca había estado con una chica.

Sigue un silencio muy significativo. El calor del alcohol nos hace coger senderos por los que difícilmente nos aventuraríamos serenas, y esta noche las cuatro hemos bebido más de lo habitual.

—Me parece que Lucía y yo vamos a marcharnos ya. Se hace tarde.

—¿Tan pronto? Me he propuesto ir directamente desde aquí a recoger a mi hijo a las nueve, y todavía faltan muchas horas para eso.

Montse ya se estaba levantando, pero las palabras de Susana han hecho que vuelva a sentarse, mientras yo sigo sin saber si quiero precipitar los acontecimientos. Deseo con fuerza tener de nuevo entre mis brazos a esta chica más que cualquier otra cosa, pero eso no impide que esté disfrutando de estar aquí todas juntas, simplemente charlando. Por una vez, siento que el sexo puede esperar.

—¿Podemos tomar otra caipiriña?

La propuesta de Lucía nos ha sorprendido a todas. Evidentemente achispada, tiene las mejillas encendidas y un brillo en la mirada que nunca le había visto, me atrevería a decir que está casi guapa.

—De acuerdo, voy a preparar otra ronda, esperadme aquí.

Estoy a punto de ponerme en pie cuando las palabras de Susana, hechas con su habitual tono entre inocente y provocativo, nos dejan a todas descolocadas:

—¿Qué os parece si jugamos al strip póker?

Ninguna dice nada. Por mi parte, no tendría el menor problema en jugar, lo que sucede es que sé que ni en un millón de años accedería Lucía a hacer algo así y, por otra parte, estoy intentando descubrir qué tiene de especial Susana para conseguir que cualquier cosa que proceda de ella me parezca repleta de encanto.

—Hace muchísimo calor —añade a modo de explicación ante nuestro mutismo—. ¿Os animáis? Será divertido.

El matrimonio intercambia una mirada, Susana me mira a mí y sonrío, su lunar llamándome como un faro en medio de la noche oscura.

—Yo me apunto —digo despacio sin rehuir la mirada de mi “víctima”—. Pero me temo que no tengo cartas de póker.

—Eso no es problema —ensancha su sonrisa—. Hay miles de juegos para ir quitándose la ropa. ¿Qué decís vosotras?

Montse carraspea, más insegura por lo que pueda estar pensando Lucía que por ella misma.

—No lo sé... ¿no preferís jugar vosotras solas?

—Nada de eso —se apresura a contestar mi indómita amante—. La gracia está en jugar las cuatro. Vamos, no seáis cobardes.

Nueva mirada entre Montse y Lucía, que ha recuperado su habitual papel de simple comparsa. No me cabe duda de que van a marcharse y estropear la diversión, pero eso también tendrá su parte positiva, porque me estoy dando cuenta de que lo que dije de que el sexo podía esperar era mentira. La chica de nariz larga es como mi alma gemela, y su mera presencia en la habitación hace que todo me parezca de un erotismo exquisito.

—¿Tú qué dices cariño? ¿Jugamos?

Estoy segura de que a Montse le encantaría jugar. Es algo infantil y tonto, pero también muy tonificante y morboso cuando se juega en grupo. En realidad, basta con que haya una tercera persona externa a la pareja para que todo cobre un significado especial. Eso me hace pensar que...

—¿Y si jugamos nosotras tres? Lucía puede ejercer de árbitro.

Mi propuesta ha hecho que mis invitadas recapaciten durante un segundo, pero enseguida Susana ha aceptado el reto:

—Por mí no hay inconveniente.

Ahora somos mi amante y yo las que nos volvemos hacia Montse. Es curioso notar cómo, a pesar de lo mucho que deseo a Susana, en este momento me parece importante que mi vieja amiga participe para que la atmósfera de sensualidad que nos rodea no se disipe sin remedio.

Tal vez por temor a que su mujer lo desaprobe, Montse no se atreve a decir nada, pero es la propia Lucía la que, con sonrisa avergonzada, toma por una vez la iniciativa:

—Si os apetece a las tres, adelante. Yo seré el árbitro.

Y así, de pronto, la noche toma un rumbo totalmente inesperado.

—Entonces, las reglas están claras: Lucía gira la botella con fuerza, por lo menos tiene que dar cuatro vueltas sobre sí misma. Aquella a la que quede apuntando tiene que quitarse una prenda.

—No es difícil pillarlo Susi.

—Lo sé, Marga. Lo que sí tenemos que prometer es no rajarnos al final. El juego solo termina cuando una de las tres esté en pelota picada. ¿De acuerdo?

Susana ha extendido una mano en medio del círculo que formamos. Su gesto expresa una mezcla de alegría, excitación y deseo de aventura en el que me es imposible no verme reflejada. ¿De verdad he encontrado sin buscarlo a mi media naranja? Nunca he pensado que eso existiera pero, sintiendo un temblor extraño, alargó la mano y la pongo sobre la suya. Entonces, las dos miramos a Montse, que a su vez dirige una sonrisa inquisitiva a su mujer.

—A mí no me preguntes —responde Lucía cabeceando con timidez—, tú sola te has metido en esto.

Esta es mi chica: Montse ha puesto su mano sobre las nuestras. El pacto está sellado, ahora no vale echarse atrás.

En realidad, creo que ninguna de las tres piensa hacerlo.

Estamos las cuatro sentadas en círculo en el suelo de mi salón. En medio, una botella vacía de vino que Lucía tendrá que hacer girar después de haber prometido que no tratará de beneficiar a su mujer. A nuestro lado, la segunda ¿o tercera? ronda de caipiriñas, lo cierto es que no lo recuerdo. Lo que sí sé es que la noche es cálida y la compañía agradable, y que el aire se me antoja cargado de electricidad y embrujo.

Primera ronda. Lucía da un impulso a la botella, que gira sobre sí misma cuatro o cinco veces hasta quedar apuntando hacia Montse.

—¡Serás...!

—Ay cari, lo siento, perdona.

Susana y yo nos morimos de la risa al ver la cara de espanto de Lucía, que se cubre el rostro con las manos mientras Montse, sin dejar de regañarla, se quita el zapato izquierdo.

Nueva ronda. Esta vez la botella gira más despacio, y es Susana la que, llena de felicidad y sin dar la menor señal de que ser la perdedora del juego pudiera ser un problema para ella, se quita una de sus deportivas.

Aunque todo parece revestido de inocencia, el ambiente no está exento de cierta tensión sexual que particularmente me resulta muy agradable. Es como volver a la residencia de estudiantes,

como retroceder en el tiempo y regresar a una época que todo el mundo a mi alrededor parece haber olvidado pero en la que yo fui feliz.

Entre pequeños sorbos a nuestra caipiriña, risas nerviosas y gritos de alegría y decepción según la botella termine apuntando en una u otra dirección, las prendas van cayendo poco a poco. En honor a la verdad, debo decir que Lucía está resultando completamente neutral, porque enseguida las tres estamos descalzas y sin pantalones, lo cual me permite admirar sin disimulo la belleza de las piernas de Susana, deliciosamente torneadas. En cuanto a Montse, sin ser rival para la chica de la nariz larga (y a pesar de haber cogido algún que otro kilo desde que cometió la estupidez de casarse), sigue siendo una mujer razonablemente atractiva.

—Esto se pone interesante —dice Susana con ese tono malicioso que tanto me enerva.

—Apunta bien —le pide Montse a su mujer.

Dos, tres, cuatro giros... la botella se dirige hacia mí, y no negaré que siento un cosquilleo muy agradable al saber que debo quitarme otra prenda. Como he dicho, las tres estamos en igualdad de condiciones, vestidas de cintura para arriba y en braguitas (las de Susana, que dejan una generosa porción de sus glúteos al descubierto, son un auténtico himno a la alegría de vivir). Lo que quizá no recordéis es que nunca uso sostén. Eso quiere decir que, me quite lo que me quite, Susana tendrá razón: la noche empieza a ponerse interesante.

Es absurdo que finja pudor. Ya me conocéis lo suficiente, soy una persona abierta a la que le gustan el flirteo y los juegos eróticos y, esta noche, rodeada de amigas y en un ambiente tan acogedor, mostrar mi cuerpo me resulta tan tonificante como meter los pies en la arena húmeda del mar. Sin la menor vacilación, tiro de mi camiseta hacia arriba y dejo que mis senos desnudos bailen unos segundos ante la mirada del resto de jugadoras.

—Olvidaba que nunca llevas sujetador —ríe Montse—. Por cierto cabrona, ¿cómo haces para que sigan igual que cuando teníamos veinte años? Te odio.

¿Vais a pensar mal de mí si os digo que estoy disfrutando del momento? Montse me elogia con sinceridad, Lucía se ha puesto un poco colorada y Susana... Susana me mira con una media sonrisa que me vuelve loca, tengo que admitirlo. En realidad, el juego es entre ella y yo, y me atrevo a apostar a que la noche va a ser larga e intensa cuando finalmente nos quedemos solas.

Pero para eso todavía falta mucho. Otro trago a nuestras copas, otro giro de botella y, esta vez, es Montse la que debe despojarse de su camiseta.

—¿Ves para lo que sirve llevar sujetador? —me pregunta cuando queda en ropa interior.

Aunque todavía nos reímos, las miradas empiezan a estar cargadas de significado y las sonrisas son un poquito más nerviosas. Sí, es un juego de críos y nosotras somos adultas, pero creo que puedo asegurar que esta noche todas estamos bastante entonadas, y no solo se debe al efecto de las caipiriñas. Por cierto, la mía está casi vacía, quizá debería preparar otra ronda antes de continuar.

Lucía, que pese a no arriesgar nada es probablemente la más nerviosa del grupo, vuelve a ejercer su papel de maestra de ceremonias. La botella gira y gira y, como si pretendiera ser solidaria con todas, decide que esta vez sea Susana la derrotada.

La chica de nariz larga se quita su camiseta y muestra un bonito sostén de encaje negro a juego con sus braguitas. Dios, es tan bonita que casi me duele mirarla. Debe tener entre treinta y treinta y cinco años, ¿cómo es posible que siga conservando esa cintura y ese vientre liso y firme después de haber tenido un hijo? Siempre renegué de las mamis a la hora de salir de caza, pero esta mujer va a conseguir que me replantee muchos de mis principios.

—Vamos Lucía, adelante —sonríe encantada Susana, al tiempo que apura los restos de su

caipiriña.

—Y ten cuidado —le advierte Montse—, no me queda demasiado que perder.

—Eso es trampa, Lucía ha prometido ser neutral.

—Y estoy siendo neutral, yo...

—Vamos, calla y haz que gire de una vez.

Susana y yo intercambiamos una mirada mientras la botella inicia su vertiginoso giro. Mis senos vibran, mis pezones se endurecen y disfruto cada segundo de un modo que me sorprende. Me gusta que mis amigas me vean así, me divierte que Lucía apenas se atreva a mirarme, me llena de orgullo que Montse alabe mi belleza... me queman las entrañas las sonrisas de la chica del lunar en la boca.

—¡Oh, por dios!

—Lo siento Cari, yo no quería...

La botella apunta a Montse, pero es su mujer la que hace gestos de desconsuelo. Me pregunto cómo estará viviendo esta situación Lucía. ¿Le incomoda que Susana y yo veamos a su esposa desnuda? Es algo que no acabo de entender. Para mí el desnudo de una mujer es hermoso, y me fascina tanto mirar como que me miren. Si es Susi la que termina en cueros, yo sentiría orgullo y... Un momento, ¿qué bobadas se me están ocurriendo? Ni somos pareja ni lo seremos nunca, esto no tiene ningún sentido.

Lo que sí lo tiene es vivir el instante, porque de un modo confuso intuyo que esta noche es especial y la recordaré siempre. Y lo que sucede en este instante es que Montse se lleva las manos a la espalda, desabrocha el automático de su sujetador y, con una timidez que me parece más fingida que otra cosa, descubre unos senos amplios, ligeramente caídos pero todavía apetecibles.

—Aquí están —dice tras hacer un amago de cubrirse con las manos.

—Tampoco te ha servido de mucho llevar sostén —bromeo mientras las dos nos miramos sonriendo.

Como si quisiera que el juego acabara cuanto antes, Lucía da impulso una vez más a la botella. Desde luego, nadie podrá acusar a nuestra maestra de ceremonias de favoritismo, porque ahora debe ser Susana la que se desprenda de su sostén.

Quizá no soy objetiva, es posible. De cualquier modo, vosotras no estáis aquí, de modo que debo ser yo la que cuente lo que creo que está pasando. Y lo que ocurre es que, llena de encanto, Susana se pone de rodillas en el suelo y, mientras se lleva las manos a la espalda, sonríe y se contonea como una gata mientras despacio, muy despacio, se libra de la parte de arriba de su ropa interior.

Dios mío, qué senos tan perfectos. Una vez más me sorprende al pensar que ha sido madre. Si sois las afortunadas poseedoras de un pecho pequeño, quizá entendáis mejor de qué estoy hablando. Compadezco a esas mujeres que florecen antes de tiempo, esas chicas por las que sus compañeros de clase babeaban apenas llegan a la pubertad, porque generalmente se agostan también prematuramente. En cambio, las mujeres como Susana florecen despacio pero, cuando lo hacen...

Solo diré que sus senos son pequeños, incluso más que los míos, pero a mí me resultan irresistibles: orgullosos, rebeldes a la ley de la gravedad (pobre Newton, qué equivocado estaba al pensar que afecta a todos los cuerpos por igual), coquetos, provocativos... Podría seguir toda la noche describiéndolos, pero acabo de darme cuenta de que, ahora, las tres estamos en braguitas, por lo que la próxima ronda será la última y definitiva.

—Ha llegado el momento de la verdad —dice Montse removiéndose inquieta.

—Podemos dejarlo aquí chicas. Las tres habéis sido muy valientes y...

—De ninguna manera. Prometimos llegar hasta el final —interrumpo a la insípida Lucía antes de que lo estropee todo.

—¿Y si pactamos un castigo para la perdedora?

A juzgar por lo cómoda que se muestra, Susana es la peor heterosexual de la historia.

—¿Un castigo?

—Ajá.

Algún día escribiré un libro para explicar cómo ese simple “ajá” que suelta de cuando en cuando se convierte en una especie de corriente que me entra por el cerebro, baja despacio por mi tórax y sigue descendiendo hasta terminar saliendo por la punta de los dedos de los pies después de dejarme con piernas de trapo.

—¿Te refieres a cosas como recibir en pelotas al de la pizza o algo así? —interviene Montse.

—Eso es muy vulgar. Tendría que ser algo entre nosotras, algo que fuese sensual, morboso, por ejemplo...

Ay por favor, qué sonrisa de medio lado, ¡cualquier cosa que proponga me parecerá genial! Creo que Montse también está por labor, la que tiene cara de espanto es Lucía, que nos mira como si no pudiera creer que las demás deseemos seguir jugando sin importarnos correr el riesgo de perder. Pero Susana no deja un segundo de respiro, y enseguida vuelve a la carga:

—... las supervivientes de la próxima tirada recuperan toda su ropa. La que pierda, tendrá que preparar la última ronda de caipiriñas y hacer de camarera para las demás completamente desnuda.

He tragado saliva al oír su propuesta. Esta chica es tan imaginativa y traviesa como yo, y eso es mucho decir. A mi izquierda, Lucía abre ojos como platos y no comprende que de verdad nos estemos planteando hacer algo así. A mi derecha, puedo sentir la inseguridad de Montse, que al principio de la velada me confesó que a veces envidiaba mi vida despreocupada, ¿sentirá ahora el deseo de hacer algo diferente al aburrido y repetitivo sexo conyugal? Frente a mí, Susana esboza la sonrisa más sugerente y provocativa que he visto en mi vida.

—Por mí perfecto —me apresuro a intervenir antes de que alguien diga lo contrario—. Solo faltas tú Montse, ¿te animas, o vas a rajarte como una cobarde?

De acuerdo, la estoy presionando, lo admito, pero es que me apetece seguir adelante, y ahora soy consciente de que, si el feliz matrimonio se marcha, le quitará una gran parte de picante al juego.

—Venga chicas, estáis locas, ¿lo dejamos aquí?

—Nada de eso —la respuesta inmediata de Montse a su mujer ha sido un alivio—. Que no se diga que soy la que abandona. Eso sí, por lo que más quieras no me apuntes a mí con la botella o esta noche duermes en el sofá.

—Eso es trampa, estás condicionando al árbitro.

—Pero yo...

—Vamos Lucía, que gire con fuerza.

Es increíble, pero este pueril juego me está gustando más de lo esperado. Lucía titubea, mira a su mujer, juraría que está tan nerviosa como si ella misma pudiera ser la perdedora, y casi siento lástima por ella, que no es capaz de darse cuenta de lo enriquecedor que puede ser vivir el sexo como una aventura y una liberación.

Allá va, la botella está girando con fuerza, nadie podrá quejarse sea cual sea el resultado. Cuatro, cinco, seis vueltas, ya empieza a perder velocidad, el gollete apuntando a todas alternativamente mientras las cuatro observamos nerviosas, la piel de gallina y, al menos por mi

parte, un delicioso cosquilleo en el vientre. Humanes, Susana, Montse, Humanes, Susana, Montse... hasta que finalmente queda quieta y emite su veredicto.

Soy la perdedora.

¿O debería decir ganadora? Lucía suspira aliviada, Montse da palmas y ríe relajada, Susana me mira con ojos brillantes y la boca entreabierta.

Sin hacerme de rogar ni pedir clemencia, me pongo en pie jaleada por mis amigas. Entonces, disfrutando el instante, me quito las braguitas despacio, girando sobre mí misma y dejando que descubran poco a poco mi pubis de vello rizado y mis nalgas redondas (no tan perfectas como las de Susi, lo reconozco) que tantos éxitos me han proporcionado. Luego, sintiendo una fiebre estimulante en todo mi cuerpo, las lanzo lejos sin importarme dónde caen.

Ya está, estoy completamente desnuda delante de mis tres amigas, y me encanta.

—Estás tan buena que das asco, perra.

El “piropo” solo puede venir de Montse, que se lleva las manos a la boca y emite un par de silbidos apreciativos y no demasiado femeninos. Incluso Lucía, colorada como un tomate y atónita al comprobar que la promesa de llegar al final iba en serio, comenta apreciativamente mi desnudo:

—Estás muy guapa.

Entonces, al cruzar una vez más mi mirada con la de Susana, sucede algo extraño. Su sonrisa es apreciativa y sus ojos brillan de deseo, pero hay algo que me preocupa. No puede ser, yo no soy así y, sin embargo... ¿estoy celosa?

Por supuesto, no son celos de Montse y Lucía. Son celos porque me doy perfecta cuenta de que no es la primera vez que Susana participa en un juego de este estilo, lo que significa que ha hecho cosas parecidas muchas veces con hombres a su alrededor. ¿Qué preferirá, cómo lo estará degustando ahora? ¿Se sentirá decepcionada? Y lo más importante, ¿qué demonios me importa a mí eso? ¿Cómo es posible que esté celosa? Tengo lo que quería, una mujer que me ofrece sexo maravilloso a cambio de nada, ¿por qué esta inquietud, que nunca antes había sentido?

—Ahora, a preparar la caipiriña mientras nosotras nos vestimos.

La frase procede, por supuesto, de Susana. Aparcando mis dudas, me dispongo a cumplir lo acordado.

De modo que aquí estoy, sola en mi cocina mientras preparo la última ronda de caipiriñas. Siento una confusión que nunca antes había experimentado. Imagino que mañana, cuando el efecto del alcohol desaparezca, veré las cosas con más claridad y todo volverá a su sitio. Susana se convertirá en un buen polvo que seguramente no tenga deseos de repetir y la vida recuperará su curso habitual.

—¿Te ayudo?

Montse ha entrado en la cocina, ya completamente vestida. Olvidaba esa parte del trato, ahora seré yo la única que luzca palmito, lo cual añade una considerable dosis de morbo a la situación. No diré que me molesta.

—Puedo yo sola.

Mi amiga se acerca a mí, los brazos cruzados y una extraña sonrisa dibujada en la cara. Cuando llega a mi altura, se apoya en la encimera de la cocina mientras yo trabajo.

—Todo un carácter, tu chica.

—No es mi chica.

—No te pongas a la defensiva, solo quería pedirte que tuvieras cuidado. No sé si ella está en la misma onda que tú.

Me fastidia que Montse adopte ese aire protector conmigo, y tampoco creo que este sea el momento apropiado para discutir cuestiones de este tipo. Sin dejar de cortar las últimas rodajitas de lima, respondo con contundencia:

—No hay ninguna onda. Susana es otra muesca más, ¿de acuerdo? Eso es todo.

Montse retrocede, al tiempo que levanta las manos en son de paz.

—De acuerdo, de acuerdo. Si lo tienes todo tan claro me quedo tranquila.

—¿Qué tal va la última ronda?

La cocina se empieza a llenar de gente. Susana, que también ha recuperado su ropa, entra con ese aire de tenerlo todo controlado que siempre la acompaña. Incluso descalza, sigo siendo un poquito más alta que ellas, lo cual equilibra en parte la situación de inferioridad que me otorga el estar en cueros.

—Está a punto, un poco de paciencia.

—Voy a ver qué hace mi mujer, creo que la tenéis un poco escandalizada entre las dos.

Cuando Montse se retira con discreción, la tensión sexual sube a velocidad de vértigo. Si Susana me tocara todo sería más natural pero, en lugar de hacerlo, se limita a mirarme a los ojos fijamente, con una sonrisa que eclipsaría a la de la mismísima Gioconda.

De cualquier modo, si cree que voy a desfallecer está muy equivocada. Notando sus ojos fijos en mí, me muevo en dirección al frigorífico, que está en la pared opuesta de mi amplia cocina. Todavía queda algo de hielo picado, y desde luego no voy a arriesgarme a que cuestionen mis dotes de camarera.

—Estás preciosa.

—Gracias.

Aunque empiezo a sentir una ansiedad creciente, intento no demostrar lo mucho que me está gustando someterme a su castigo. Mientras la botella giraba por última vez, no estaba segura de saber quién prefería que perdiera, ella o yo, desde luego no Montse. Ahora, me parece que ya lo sé.

Estoy a punto de abrir el cajón para sacar pajitas nuevas para las copas, cuando la mano de Susana se posa suave sobre mi nalga izquierda. Dios, ¡es genial sentirla ahí! Ninguna dice nada, nos limitamos a seguir con lo nuestro como si todo fuera lo más normal del mundo y esta solo una reunión más entre buenas amigas. Yo pongo azúcar en los vasos, coloco las pajitas, doy los últimos retoques... y mientras ella acaricia despacio, en círculos, sin prisa.

Estoy tan a su merced, nunca me había sentido tan vulnerable... ¡y Montse y su mujer están a solo unos metros!

—Me caen bien tus amigas.

—Se marcharán enseguida, no te preocupes.

—No me preocupo.

Su calma tiene algo de sobrecogedor, pero su mano en mi trasero es tan cálida que soy incapaz de pensar con claridad. En estos momentos, creo que accedería a hacer cualquier cosa que me pidiera.

He terminado, las copas están listas. Es hora de volver a la sala donde, probablemente, Montse esté tratando de convencer a Lucía de que no salga corriendo sin ni siquiera despedirse. Cogiendo

la bandeja, me quedo mirando a Susana, que por fin ha retirado su mano.

—¿Vamos?

—Detrás de ti.

Mientras camino despacio para no derramar las bebidas, ella me sigue en silencio. Todavía siento el tacto de sus dedos sobre mí.

Creo con sinceridad que la caipiriña debería estar considerada un producto altamente peligroso, especialmente cuando hace calor. Dulce, refrescante y con ese toque caribeño, entra sin que te des cuenta, y al día siguiente la resaca puede ser épica. Pero el día siguiente aún queda muy lejos (si bien, estrictamente hablando, hace rato que entramos en él), de modo que ya habrá tiempo para preocuparse por eso.

—Aquí está lo prometido —anuncio al tiempo que deposito con cuidado la bandeja sobre la mesa baja del salón.

—Y con una excelente presentación —ríe Montse—. ¿Cuánto me cobrarías por trabajar así en mi próxima fiesta? Estoy segura de que sería un éxito.

¿Cómo no se me había ocurrido nunca hacer algo semejante? Dar una fiesta en la que yo, como anfitriona, sería la única con el privilegio de poder estar sin ropa... suena tan sugerente que no descarto hacerlo alguna vez. Qué cosas se me ocurren, ¿tanto he bebido? Lo cierto es que no sé si puedo achacarlo al alcohol, pero debo admitir que me siento genial, que me gusta que mis senos se muevan libres, y que ser el centro de atención encaja perfectamente con mi forma de ser.

—Pobrecilla, podríamos dejar que se vistiera ya.

¿Se puede ser más aguafiestas? Yo disfrutándolo al máximo y Lucía preocupada por mí. De verdad que no comprendo cómo Montse puede ser feliz con ella. Menos mal que Susana, que no parece sentir la menor compasión, vuelve a tomar la iniciativa como si no hubiera oído sus palabras:

—¿Ponemos algo de música?

—Pero muy bajita, por favor. El vecino de abajo siempre se queja del ruido.

La joven deja su copa y rebusca entre mis discos viejos mientras las demás nos sentamos alrededor de la mesa.

—¡Sergio Dalma! No pensé que te gustara Sergio Dalma.

—Y no me gusta, no sé de dónde ha salido ese disco.

—Pues a mí me encanta—salta Montse—. Ponlo por favor.

Las tres se unen en mi contra, de modo que tendré que resignarme a escuchar las ñoñas baladas de ese galán de voz rasgada que considero un producto prefabricado para madres cincuentonas y niñas descerebradas.

Susana pone el disco en el equipo y se sienta a mi derecha. Sus ojos sonrían y su lunar me incita, empiezo a desear que se marchen mis amigas. Aunque Montse se comporta con naturalidad (al fin y al cabo un juego es un juego y estamos en confianza), es evidente que Lucía está cohibida y apenas se atreve a mirarme.

En cuanto a mí, reconozco que estoy disfrutando. Ser la única que permanece desnuda mientras el resto ya ha recuperado su ropa me hace sentir una fragilidad desconocida que, por alguna razón, me agrada. Es como descubrir algo nuevo de mí, es abrirse a algo que no sabía que estaba ahí y que todavía no comprendo del todo. También, al mismo tiempo (y admito que es contradictorio), me hace sentir fuerte y poderosa: como ya he dicho, soy la estrella alrededor de la que todo gira, y

ya sabéis cuánto me atrae asumir ese rol.

Yo no te pido la luna, Esa chica es mía, Galilea... van sonando mientras degustamos las últimas caipiriñas (y ahora sí que prometo que serán las últimas). La conversación es fluida, sobre todo gracias a Montse y Susana, pues Lucía apenas abre la boca y yo me limito a dejarme envolver poco a poco por la atmósfera algo irreal que ha adquirido la velada.

—Esta hay que bailar, sin duda.

Ha llegado el turno de *Bailar pegados*. Como un resorte, Montse se levanta y coge de la mano a su mujer, y entonces las dos empiezan a girar despacio en medio del salón.

Susana me mira con su habitual gesto burlón. No puedo más, necesito explotar de una vez. En cuanto acabe la canción le haré un gesto a Montse, ella entenderá.

—¿Bailas?

¿Qué? Susana también se ha puesto en pie, y ahora me ofrece una mano tan tentadora como un vaso de agua fresca después de una caminata por el desierto. Lo que no sabe es que yo nunca bailo: ni en bodas ni en ningún sitio. Me parece una pérdida absurda de energía, y además hay otro motivo del que no quiero hablar.

Vale, de acuerdo, hablaré, pero solo porque no quiero que penséis que una persona tan fuerte como yo tiene algún tipo de trauma que no ha podido superar. Simplemente, es una cuestión de estética y buen gusto: bailo mal. Podrá parecer una tontería, pero soy plenamente consciente del revuelo que causo al entrar en un sitio. Mi altura y mi porte hacen que todo el mundo se fije en mí (incluso cuando voy vestida), y gran parte de ese impacto se pierde cuando mis largas piernas comienzan a moverse incapaces de seguir el ritmo de la música. Si a eso unimos el efecto que consigo al mirar fijamente desde la barra con una copa en la mano y una media sonrisa, entenderéis que nunca baile y que todas mis amigas sepan que no hay nada que hacer en ese sentido.

Pero ahora es Susana la que me lo pide, y su mano sigue ahí, la misma que veinte minutos antes se ha posado sobre mis glúteos. Sin darme cuenta, me he levantado (lo sé, otra contradicción). De pronto son dos las parejas que bailan girando despacio sobre sí mismas en medio del salón mientras el hortera de Sergio Dalma martiriza los oídos: *igual que baila el mar, con los delfineeeees*.

Oh dios, los brazos de Susana envolviéndome y sus manos posadas suavemente sobre mis caderas. En uno de los giros, mi mirada se cruza con la Montse, y siento más vergüenza al ser consciente de su sorpresa por verme bailando que por el hecho de estar desnuda.

Mi amiga va a pensar que yo... y eso no, de ninguna manera. Por supuesto que tengo la sartén por el mango, por supuesto que controlo la situación. Está pasando justo lo que yo quiero, he tenido la suerte de conocer a una chica con la que podré disfrutar del sexo sin ningún tipo de compromiso, ¡ya era hora después de tanta culibaja!

Me resulta muy difícil pensar con coherencia. Las manos de Susana son tan calientes que me abrazan, siento su aliento fresco sobre mí, su pelo rozando mis pechos... Ahora ha apoyado la cabeza en mi hombro, ¿cuánto dura esta maldita canción? Una de sus manos, despacio, se desliza hacia abajo, llegando casi al inicio de mi nalga derecha.

Otro giro, y otro. Creo que estoy un poco mareada. Como en un sueño, noto un beso de Susana en mi cuello y sus brazos ciñéndome con más fuerza. Al siguiente giro, descubro que Montse y Lucía ya no están ahí, y al instante me parece oír el sonido de la puerta al cerrarse.

Lo siguiente que noto son las manos de Susana hundiéndose entre mis glúteos. Creo que la canción ha terminado, ahora es otra estúpida balada la que suena en el aparato, pero las dos

seguimos girando despacio sin que nos importe.

Cuando mis piernas amenazan con no poder seguir cumpliendo su función, me apoyo en ella, que me sostiene con fuerza sorprendente. Solo entonces me doy cuenta de que la tengo dentro, y es como si la pieza de un puzle hubiera encajado de repente en el lugar preciso.

Rendida sin remedio, me dejo hacer mientras me agarro a su cintura para no caer.

—¿No puedes quedarte un rato más?

—El partido de fútbol de Lucas empieza en media hora. He quedado con Óscar a medio camino y ya llego tarde.

Olvidaba que Susana es una mujer con responsabilidades. Tumbada sin fuerzas en la cama, la veo vestirse deprisa, ajena al desconcierto que suscita en mí. ¿Cuánto hemos dormido? ¿Una hora, hora y media? Esta chica es mi kriptonita, no sé de dónde saca las energías para acudir a su cita.

—¿Óscar?

—El padre de Lucas —contesta mientras se pone los zapatos y da un par de retoques a su pelo frente al espejo de mi cuarto.

De sobra sabía la respuesta, ¿por qué he preguntado? ¿Estoy intentando descubrir algo sin tener que abordar el tema de forma explícita? Sin embargo, Susana no añade nada más. Ya está lista para marcharse, ya esboza su famosa sonrisa de “hasta la vista”, ya coge su bolso con aire desenvuelto.

—¿Cómo va el proceso de reconciliación?

He preguntado como si tal cosa mientras, levantándome de la cama, he cubierto mi desnudez con una camiseta enorme que solo uso para dormir.

—¿Estás celosa?

Creo que me he puesto colorada. Su gesto es tan guasón que consigue irritarme.

—¿Celosa yo? Me gusta follar contigo, eso es todo. Si te arreglas con él, dejarás de venir por aquí, siempre pasa.

Creo que he sonado muy convincente, y yo misma deseo creer mi propia explicación. En cuanto a Susana, su nariz es un poco más larga ahora que hace unas horas, pero su lunar sigue resultando tan provocativo como siempre. Lo que más me descoloca con respecto a ella es notar que me resulta imposible saber qué está pensando exactamente, de modo que cuando al fin rompe su silencio escucho sus palabras con tensa avidez:

—A mí también me gusta follar contigo.

Bueno, no es lo que podríamos llamar una declaración de amor pero, desde luego, deja la puerta abierta a próximos encuentros.

—¿Repetiremos pronto?

—Hay muchas posibilidades.

¿No es odiosa? Creo que no sabe con quién se está enfrentando, solo con chasquear los dedos podría conseguir dos chicas con las que sustituirla esta misma noche, y seguro que ninguna tendría esa nariz de Cyrano con la que ahora me apunta.

Sin embargo, en lugar de protestar la acompaño en silencio a la puerta y, cuando llegamos, tengo que reprimir el impulso de concretar nuestra próxima cita. Es la hora de la despedida, ¿le ofrezco los labios, finjo desinterés? ¿Qué hago, cómo debo comportarme?

Susana se ha vuelto hacia mí con una sonrisa, estoy segura de que, ahora sí, va a proponer una fecha fija para nuestro siguiente encuentro, no puede ser otra manera.

—Me gustó que perdieras ayer.

—A mí me gustó perder —alcanzo a decir reuniendo fuerzas para tratar de ocultar mi ansiedad. Nueva sonrisa, esta vez más amplia.

—Eso me pareció. Hubiera sido muy soso que perdiera Montse, ¿verdad?

Las dos nos miramos a los ojos con intensidad. No sé muy bien qué está pasando, no entiendo qué significa exactamente esta conversación, pero no es eso lo que me quita el aliento. Lo que me deja completamente sobrepasada es que, sin dejar de mirarme, Susana ha deslizado una de sus manos por debajo de mi camiseta de dormir, y recordad que no llevo ropa interior.

¿De verdad vamos a tener sexo otra vez? ¿Cuántos orgasmos hemos disfrutado esta noche? He perdido la cuenta pero, por increíble que pueda parecer, vuelvo a notar el deseo creciendo incontrolable en mi interior.

Durante unos segundos eternos, ninguna de las dos dice nada, nos limitamos a sostenernos mutuamente la mirada, su mano suave, caliente, abrasando mi sexo sin necesidad de hacer movimiento alguno. Incapaz de resistir más, hago un torpe ademán hacia al botón de sus vaqueros, pero entonces Susana niega con la cabeza y me impide acercarme más.

—Eres muy bonita.

—Gracias, tú también...

—Nunca pensé que una mujer pudiera gustarme tanto.

¿A qué espera para besarme y llevarme de nuevo al dormitorio? Su mano no me abandona pero tampoco se mueve. Se limita a estar ahí, sacándome de mis casillas y poniéndome en ebullición. Ni se va ni me deja acercarme, ¿pretende volverme loca? Casi por hacer cualquier cosa que me ayude a recuperar cierta sensación de control, intento bromear y olvidarme del contacto de su piel sobre mi vagina:

—Bienvenida al maravilloso mundo del sexo entre mujeres. Una vez que lo has probado ya nada...

—Me encantó que fueras capaz de seguir el juego hasta el final.

—¿Qué? Por supuesto. Yo nunca dejo nada a medias.

Por fin, Susana me ha soltado y ha hecho bajar el picaporte de la puerta, ¿de verdad va a marcharse así? No puede ser, no puede dejarme sumida en este caos físico y mental. ¿Cree que puede tocarme a su antojo cuando lo desee? ¿Piensa que soy un juguete a su entera disposición? Sé que debería protestar, decir algo, pero mis piernas parecen de trapo, me siento como un cervatillo que da sus primeros pasos tras nacer.

—Te llamo pronto, ¿de acuerdo? Estoy segura de que vamos a pasarlo muy bien juntas.

Ya está, es increíble. Ha salido al rellano y ha llamado al ascensor. A duras penas consigo agarrarme a la puerta entreabierta para no caer.

No sé qué decir para recuperar la iniciativa, ¿no debería ser yo la que se hiciera esperar? Esto no es lo que suele pasarme, siempre es la otra parte la que queda en la incertidumbre. Para colmo, cuando el ascensor llega Susana se vuelve hacia mí y sonrío por última vez:

—Pero recuerda que esto es solo sexo. No vale enamorarse.

No me ha dado tiempo a protestar indignada. ¿Cómo puede sospechar eso de mí?

Volver a ser yo

Siempre he sido sincera, con vosotras y conmigo misma, y no voy a cambiar ahora. Admitámoslo, estoy un poquito encoñada con Susana. No obstante, de ahí a estar enamorada va un mundo, y ni en un millón de vidas podría yo dar el salto de un punto al otro. Sí, Cyrano me gusta, me pone, me excita, todo lo que queráis... pero nada más. Dos o tres encuentros más y quedaré saciada.

Lo que me tiene sumida en esta irritación constante es ser consciente de haber cedido el mando, saber que es ella la que decide cuándo y cómo.

Pero eso va a cambiar. Tengo que volver a ser yo misma, y solo hay un modo de hacerlo.

Es curioso comprobar cómo el destino nos pone a veces piedras y, otras, nos da la solución sin esfuerzo. Justo el día que me levanto haciéndome el propósito de tener una aventura (incluso con una culibaja si es necesario), llego a la oficina y me encuentro a mis compañeros extrañamente excitados. Por lo visto, la encargada de compras y ventas que nos envían desde Londres es una preciosa pelirroja que tiene a todo el mundo revolucionado, y se da la circunstancia de que soy yo la que tiene que atenderla personalmente.

Nada más entrar en mi despacho lo sé, y no me preguntéis cómo. Es simplemente algo que detecto al instante. Su manera de entrecerrar los ojos, el gesto de sus labios, su forma de contonearse, los segundos calculados que ha dejado su mano sobre la mía al saludarnos... Esta chica juega en mi equipo, y de culibaja nada: la minifalda le sienta de muerte y tiene unas posaderas resultonas de verdad.

Por primera vez en mi vida, me cuesta ser eficiente en mi trabajo. Hay una parte de mí que quiere resarcirse, es como si necesitara demostrarme a mí misma que todo mi sistema de seducción sigue funcionando al cien por cien. Además, es evidente que Jackie es pelirroja natural, y eso falta en mi colección (estoy harta de pelirrojas de peluquería). Piel blanquísima, pecas muy graciosas alrededor de su naricilla (sí, tiene una nariz diminuta), y unos pechos opulentos que dejan ver un canalillo por el que mi mirada se sumerge una y otra vez de forma no demasiado profesional.

Desde luego, la chica es una monada, justo lo que necesito para dar carpetazo al “asunto Cyrano”. Si Susana cuenta con que voy a vivir como una monja esperando entre suspiros su próxima llamada está muy equivocada.

O me follo a Jackie esta misma tarde o no me llamo Humanes.

—Oh my God, ha sido... wonderful.

La pelirroja recupera el resuello poco a poco tendida sobre mi camilla mágica, esa que aún no he utilizado con... No quiero ni mencionarla, ahora estoy aquí con una mujer de bandera y estoy dispuesta a disfrutarlo al máximo.

Desde luego, Jackie no engañaba: tiene unos pechos grandes pero sorprendentemente firmes, coronados por unos pezones de un color muy original (gran aportación a mi colección), y unas nalgas amplias que ha sido una delicia masajear a conciencia. Además, me ha encantado su forma

de gritar cuando alcanzaba el orgasmo, solo le ha faltado ponerse a cantar de agradecimiento.

Si señor, un polvo genial, justo lo que buscaba, ahora puedo decir que las británicas son excelentes en el cumilingus. ¿Qué? ¿Queréis saber cómo me las apaño para recibir sexo oral siempre que lo deseo? Por favor, olvidáis con quién estáis hablando, soy Humanes, la Gran Humanes, me basta con un gesto y todas comprenden, y siempre están deseosas de satisfacerme. ¿Qué decís? Vale, lo admito, Susana aún no... Joder, no me estropeéis el triunfo, ¿no podemos olvidarnos de la narizotas al menos por un rato?

Ha llegado el momento difícil, la despedida. La verdad es que no me importaría follarme a la pelirroja un par de veces más, pero teniendo en cuenta que he incumplido mi regla de no tener aventuras en el trabajo, lo mejor será poner punto y final a esto de inmediato. Afortunadamente, antes de que tenga que inventar cualquier excusa Jackie se despide con una sonrisa y me dice que tiene que coger un vuelo esta misma noche.

Definitivamente, a veces el destino afloja su presión y decide regalarnos una tarde perfecta.

Joder, ¿por qué estoy tan cabreada? Me he follado a una hembra de primera y he tenido dos orgasmos más que decentes. Además, si la comparo con Susana, Jackie sale ganando sin demasiados problemas, estoy segura de que nueve de cada diez personas la considerarían más hermosa, con todas esas curvas sabiamente distribuidas.

Veamos: las tetas de la pelirroja son mucho más grandes (y recordad que sorprendentemente firmes) y su nariz mucho más pequeña. Además, ha resultado una presa dócil y fácilmente manejable, ha hecho cuanto le he pedido y se ha marchado sin incordiar. ¡Jackie ha sido la conquista perfecta! Guapa, complaciente y fugaz. Entonces, ¿por qué sigo de mal humor?

Por más vueltas que le doy, solo se me ocurre una respuesta: Jackie es perfecta... pero no es Susana.

Por fin, la camilla

Miércoles. Salgo del trabajo con un ligero dolor de cabeza, quizá lo mejor sea ir al cine a ver alguna película de acción (supongo que habréis adivinado que detesto las comedias románticas que tanto éxito suelen tener). Justo cuando cojo el móvil para mirar la cartelera, me entra un wasap de Susana:

¿Podemos vernos esta tarde?

Es el colmo, ¿de verdad piensa que puede llamar y aparecer en mi vida así, sin avisar y cuando a ella le interese? Mientras dudo qué contestar, veo que sigue escribiendo:

Puedo estar en tu casa en veinte minutos.

Dios, es más fuerte que yo. Deseo resistirme con todas mis fuerzas, pero el mero hecho de pensar que puedo verla en poco más de un cuarto de hora hace que las yemas de los dedos me duelan de excitación mientras tecleo. Intentando que no parezca que llevo días esperando su llamada, procuro resultar irónica:

¿Tienes pensando hacer algo especial?

Ponte la bata de enfermera del primer día y sígueme el juego, ¿de acuerdo?

Eso es todo. Dos imperativos, “ponte”, y “sígueme”, y las cosas muy claras. Lo malo es que, dentro de mí, sé que la suerte está echada. No importa cuánto luche contra ello, sé que voy a ir a casa a toda prisa y a buscar la dichosa bata.

El cine tendrá que esperar.

Siguiendo sus indicaciones, llevo la bata de enfermera que por lo visto tanto le gustó (con los botones que hizo saltar no demasiado bien cosidos) y unos zapatos blancos y, para terminar de crear ambiente, me he puesto ropa interior del mismo color (incluyendo el sostén, para que tenga que esforzarse si quiere desnudarme otra vez) y me he recogido el pelo con una improvisada cofia hecha con una servilleta. También llevo medias blancas, el uniforme completo.

Es curioso, tanto Pilar como Montse me han prevenido contra Susana, y yo misma sé que algo no va como debiera, pero no estoy en condiciones de analizar la cuestión, al menos no ahora. Me cuesta respirar, tengo un runrún constante en el estómago y no dejo de observar mi imagen en el espejo. ¿De verdad voy a tener ahora inseguridades sobre mi aspecto?

Como en ella es habitual, Susana me hace esperar casi veinte minutos, pero cuando abro la puerta está tan radiante con su vestido de flores que no consigo emitir reproche alguno. Además, antes de que pueda decir nada es ella la que toma la iniciativa:

—Buenas tardes. Tenía hora para un masaje.

Es imposible no recordar la segunda parte de su último wasap: “sígueme el juego”. Al menos, el “¿de acuerdo”? final me permite pensar que deja un pequeño margen a mi elección. De cualquier modo, si lo que quiere es jugar, desde luego ha acudido al lugar correcto, pues está por la primera vez que sea la Gran Humanes la que se eche atrás en cualquier aventura de tipo sexual.

—Pase señorita, ¿me dice su nombre?

Su sonrisa de medio lado hace que su lunar resalte casi con furia. ¿Nariz grande? En absoluto.

Lo que pronto me queda claro es que es justo esto lo que Susana esperaba de mí, porque muy despacito murmura su nombre y se queda esperando instrucciones.

—Me temo que tiene que esperar unos minutos, ¿desea tomar algo mientras tanto?

—No gracias... ¿podría recordarme sus precios? Una amiga me ha recomendado este sitio, pero es la primera vez que vengo.

Uff... esta mujer desprende morbo por los cuatro costados. Si vamos a mantener nuestros roles, que sea hasta las últimas consecuencias: ella es la cliente y yo la masajista, perfecto.

—Eso depende de qué tipo de masaje prefiera. Pero siéntese mientras espera, por favor.

Siguiendo mis indicaciones, Susana deja su bolso y toma asiento en la antesala de mi pequeño gimnasio personal, ese del que ya os hablé y donde está mi famosa “camilla de las delicias”.

—No sabía que hubiera varios tipos de masaje.

—Oh sí. En primer lugar, deberíamos aclarar de cuánto tiempo disponemos. ¿Quiere un masaje rápido de treinta minutos, o puede pasar una hora entera con nosotros?

—Creo que —duda consultando su reloj— puedo disponer de una hora... si no tardamos demasiado en empezar.

—Tranquila, enseguida quedará una camilla libre.

Lo admito, me cuesta seguir el papel y no saltar ya sobre ella. No sé si es su voz traviesa, el dichoso lunar o una mezcla de ambos, pero consigue ponerme en un estado de frenesí que nunca había sentido antes.

—Y... en cuanto al precio...

Esa miradita fingiendo timidez me mata. Improvisando, aventuro una cifra:

—Una hora son... 40 euros.

Casi me da miedo haber dicho un precio demasiado elevado, pero ella... ¡rebusca en su bolso y me entrega los 40 euros!

—¿Puede... esperar aquí cinco minutos? Enseguida la llamo.

Joder, estoy excitadísima y ni siquiera le he puesto una mano encima. Dejándola sentada en mi improvisada consulta, trato de disponerlo todo a la perfección: música de Enya, hierbas aromáticas, luz suave... Estoy decidida a proporcionar a Susana el mayor orgasmo de su vida, algo memorable que no pueda olvidar jamás.

Cuando lo tengo todo listo, respiro hondo, me asomo adonde aguarda la terrible joven y trato de que mi voz suene firme y no me traicione:

—Puede pasar señorita.

Susana se levanta, sonrío y entra en mi gimnasio. Aunque ha estado ya dos veces en mi casa, nunca había visto este cuarto, pero no por ello pierde su aplomo. Sin decir nada, se queda junto a la camilla, esperando mis órdenes.

—Bien... desnúdese y tumbese boca abajo. Llámeme cuando esté lista.

Sin decir nada más, salgo y aguardo impaciente su llamada mientras echo el aliento en mis manos ahuecadas para que estén más calientes. ¡No recuerdo haber tenido nunca tanta ansiedad! Voy a hacer con Susana lo que antes he hecho con miles de afortunadas. Hace unos días, sin ir más lejos, Jackie corrió su misma suerte. ¿Por qué me parece tan especial esta ocasión? ¿Qué tiene esta chica para conseguir que me sienta... nerviosa? ¿De verdad estoy nerviosa? No puede ser, tengo que pensar con claridad y no decir semejantes bobadas.

—¡Ya estoy!

La voz de Susana al avisarme me parece como una cascada cayendo desde un risco elevado.

Ahí está, tumbada boca abajo, la cara metida en el hueco que para tal fin tiene mi maravillosa camilla. Me acerco despacio, observando la delicadeza de su espalda, el elegante estrechamiento de su cintura y el vertiginoso cambio que lleva a la rotunda redondez de sus nalgas. Esta tarde ella es mi juguete, y estoy dispuesta a disfrutarlo al máximo.

Sin decir una palabra, retiro su cabello a un lado y descubro su cuello, esbelto y delicioso. Luego, pongo sobre mis manos una generosa porción de aceite corporal y lo aplico con calma sobre sus hombros para, desde ahí, ir extendiéndolo concienzudamente hacia el trapecio.

Susana permanece quieta, lo único que se escucha es el sonido de la música, que llega como de muy lejos. Mis dedos acarician, aprietan, recorren cada milímetro de esa piel cálida como si quisieran memorizarla. Poco a poco, desciendo por la espalda, acercándome a los riñones, que presentan unos encantadores hoyuelos en los que nunca antes había reparado.

La imagen de Susana desnuda en mi camilla me roba la calma. Mentí al decir que nueve de cada diez personas preferirían a Jackie, o al menos debo reconocer que yo sería la número diez. Sus glúteos son orgullosos, provocativos, tan redondos que parecen trazados con compás. Desde donde trabajo, puedo deleitarme también en la belleza de sus muslos, en el suave quiebro de sus pantorrillas y en la graciosa desnudez de sus pequeños pies.

A ellos me dirijo dando un salto desde la cintura. Durante mucho tiempo, introduzco mis dedos entre los dedos con uñas pintadas de rojo, y con calma presiono sus empeines, teniendo especial cuidado en no omitir parte alguna.

—Oh... qué agradable.

—¿Le gusta?

Antes de contestar, Susana alza la cabeza y consulta el reloj de pared que hay a un lado.

—Ya lo creo...

—No se preocupe por el tiempo... podemos alargarlo un poco más.

—Entonces siga ahí un poco más, por favor.

Tengo que contenerme para no besarlos de forma poco profesional, pero he decidido asumir mi rol de masajista durante tanto tiempo como ella juzgue oportuno. Durante unos minutos, sigo sobre sus pies mientras ella, espléndida en su desnudez, yace inerte en mi camilla. Por algún motivo, ver su ropa cuidadosamente doblada en la percha que hay al lado me enerva de un modo especial.

Tengo que acelerar o me va a dar algo. Siempre en silencio, dejo reposar su pantorrilla derecha en la camilla y procedo a ocuparme de sus muslos. Trabajo de abajo a arriba, como mandan los cánones, luchando contra una celulitis completamente inexistente. ¿Es un suspiro lo que ha exhalado mi cliente? No podría asegurarlo, es posible que la música de Enya me haya confundido.

Se acerca el momento que llevo anhelando desde que empezamos. Tras recurrir de nuevo al aceite, pongo mis manos sobre las nalgas de Susana. Dios, es como amasar un pan tiernísimo. Con avidez, acaricio en círculos, primero despacio y como pidiendo permiso, pero enseguida hundiendo mis dedos, que desaparecen extasiados entre su generosa retaguardia.

Susana se deja hacer, inmóvil, y yo dedico mucho tiempo a esa parte tan especial de su anatomía, esa parte que fue lo que primero me llamó la atención de ella, cuando la vi de espaldas en la fiesta de Montse. Dios, parece que hace siglos de aquello; es como si, desde que entró en mi vida, el tiempo discurriera a un ritmo distinto al habitual.

Hace casi cuarenta minutos que empezamos y Susana sigue boca abajo. ¿Estoy retrasando

deliberadamente el momento? Lo deseo con tanta fuerza que tal vez temo no ser capaz de contenerme. Sin embargo, comprendo que ya no puedo demorarlo más: conozco a la perfección el ritmo de una mujer y sé que la explosión debe llegar en el instante oportuno. Desde luego, no desearía convertir este masaje en algo “agradable” sin más.

—¿Puede darse la vuelta por favor?

Nunca había pronunciado esas palabras con tanta ansiedad. Me parece cargado de electricidad el momento en el que Susana, ahora sí con un suspiro innegable, se incorpora y, durante unos segundos, me sonrío sentada en la camilla.

—Mi amiga tenía razón, aquí dan unos masajes excelentes.

—Gracias... cuando quiera, podemos continuar.

Dios, tengo que contenerme para no meter la cabeza entre sus piernas. Sus senos, bellísimos, vibran un instante mientras ella se gira en la camilla y se acomoda boca arriba. ¿De verdad esta mujer ha sido madre? O pasa incluso más tiempo que yo en el gimnasio o tiene una genética envidiable: su vientre es duro y plano como el de una quinceañera.

Volvamos al trabajo. Susana ha cerrado los ojos y permanece dócilmente expuesta debajo de mí. Nueva porción de aceite, y mis manos en sus clavículas, en sus brazos, en su estómago...

Me encanta su ombligo y me fascinan sus piernas, pero lo que sin duda me roba la calma es su vulva. Deliciosamente rasurada, se ofrece pequeña y como asustada, escoltada por los poderosos guardianes que son sus muslos. Tengo cuidado de no acercarme a ella pero, a cambio y aprovechando que su propietaria sigue con los ojos cerrados, me decido a observarla con calma y atención, memorizando cada pliegue, cada pequeño detalle.

¡Qué hermosa es Susana! De nariz larga nada, ahora la tengo de frente y no me explico cómo es posible que a veces haya pensado eso. Hay que reconocerlo, la joven tiene un desnudo exquisito, desde luego mucho más fino que la exuberancia excesiva de Jackie.

Pero tengo que seguir adelante sin distraerme. No quiero que mi clienta se impacienta, imagino que a estas alturas estará tan ansiosa como yo por llegar al final.

Con manos nerviosas, me dirijo entonces a sus senos. ¡Es majestuoso sentir cómo redobla el tamaño de sus pezones contra la palma de mis manos! Es como tener dos cerezas entre los dedos, y el gesto de Susana, que ha entreabierto la boca al sentirme ahí, me ha producido un relámpago de satisfacción. De buena gana me quitaría la bata de enfermera y me tumbaría sobre ella, pero sé que aún no ha llegado el momento, me he propuesto que este encuentro sea un mazazo emocional para ella y no voy a precipitarme.

Durante un tiempo eterno, masajeo sus pechos, que caben enteramente en mis manos abiertas. Me emociona dejar escapar sus pezones entre el hueco de mis dedos, me vuelve loca pellizcarlos suavemente, acelera mi ritmo cardíaco notar cómo la respiración de mi hermosa clienta se va haciendo más y más agitada.

Con tanta lentitud como me es posible, desciendo hasta su ombligo y acaricio su estómago, que siento palpar de modo encantador. No me es sencillo demorarme allí, porque ahora son sus muslos los que me llaman, y haciendo un esfuerzo de voluntad me dirijo a ellos saltando por encima del tesoro que cobijan, y entonces procedo a recorrer su cara interna una y otra vez en todas direcciones. Sopeso apreciativa su consistencia sin olvidarme de sus rodillas, esas sobre las que sin duda tiene que ser un placer apoyar una mano distraída en cualquier reunión informal... ¡Qué cosas se me ocurren! Tengo a Susana rendida y pienso en reuniones sociales. Sé que está a punto, puedo sentir cómo se abre sin remedio, es el momento de culminar el trabajo.

Estoy a punto de iniciar el asalto cuando recuerdo cómo me tocó ella a mí al final de nuestro

último encuentro. Puso su mano sobre mi sexo sin pedir permiso y me abandonó después con una sonrisa, sabiendo el efecto que había causado en mí pero sin importarle dejarme temblando como una hoja.

Por otra parte, soy Humanes, la terrible y todopoderosa Humanes, no está de más que deje claro que, conmigo, se puede esperar cualquier cosa en cualquier momento. A medias por devolver la jugada y a medias por la sensación de poder que me proporciona, abandono mi trabajo y me incorporo de pronto.

Durante unos segundos, Susana sigue sin moverse, los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando levemente y las aletas de su graciosa naricilla buscando aire. Luego, abre los párpados y me mira con cierto aire suplicante.

—El masaje terminó. Espero que haya sido de su agrado.

—Sí... ha sido genial pero... mi amiga...

Estoy tan alterada como ella y deseo seguir más que nada en el mundo, pero quiero ponérselo un poquito difícil. Quiero que me pida más... que me lo suplique, si es posible.

—¿Su amiga?

—Me dijo que... ¿no dan otro tipo de masajes?

No voy a negar lo mucho que estoy disfrutando por el hecho de ver en su cara la necesidad de que siga adelante. Ahora la tengo rendida, ahora mando yo, por fin soy la que tiene la sartén por el mango con la chica del lunar estratégicamente situado, y eso me hace sentir tan bien que no puedo evitar felicitarle por dentro ¡Humanes siempre gana!

—¿Otro tipo de masajes?

Por supuesto, bastaría con abandonar nuestros roles respectivos y todo sería más sencillo, pero si era morbo lo que quería, no pienso facilitarle las cosas.

—Ajá... un masaje... completo, creo que lo llaman.

¡Maldito “ajá”! Ha sido oírlo y sentirme de nuevo desarmada. No lo entiendo, me gustaría que no fuera así pero no puedo evitarlo: miles (de acuerdo, lo dejaremos en cientos) de mujeres me han confesado su amor recurriendo a las frases más grandilocuentes sin resultado alguno. Sin embargo, ahora llega Susana, dice “ajá”, y me pone a sus pies.

Pero no puedo claudicar tan fácilmente, tengo que seguir en mi papel un poquito más.

—No estoy segura de entenderla señorita, ¿se refiere a un... “final feliz”?

Mi clienta resopla apoyada sobre un codo mientras sus pequeños pechos tiemblan de modo enloquecedor ante mi atenta mirada.

—Sí, creo que así lo llaman. ¿Sería posible...? si tiene tiempo, por supuesto.

Recurriendo a toda mi capacidad de autocontrol, consulto el reloj de la pared.

—Sí, creo que tenemos tiempo, pero ese servicio es algo más caro.

—Ajá —contesta mi clienta mirando hacia su ropa—, ¿puede acercarme el bolso por favor?

Ay dios mío, otro “ajá”, no sé si voy a ser capaz de resistir dos prácticamente seguidos. Por extraño que a mí misma me parezca, me tiemblan las piernas mientras cojo el bolso y se lo acerco a Susana, que con prisa rebusca y saca otro billete, aunque creo que ninguna de las dos podría decir de qué importe es.

—¿Será suficiente? No llevo nada más...

—Tranquila señorita, es suficiente.

Ahora soy yo la que ha suspirado, pero tengo que ser profesional, y hay todavía muchos detalles que concretar:

—¿Tenía en mente algún tipo concreto de masaje?

—¿Perdón?

—Nuestras camillas ofrecen multitud de posibilidades... puede seguir tumbada si lo desea, pero yo le recomiendo alzar el respaldo.

Mientras hablamos, una de mis manos acaricia su hombro al tiempo que la otra descansa “olvidada” sobre su muslo derecho, muy cerca de su sexo pero sin llegar nunca a tocarlo.

—¿Alzar el respaldo? —pregunta con voz tan desfallecida que casi me siento culpable por hacerla esperar tanto.

—Eso permite dos opciones: puedo trabajar de pie a su lado, o sentarme detrás de usted para que se recueste sobre mí.

He visto perfectamente cómo tragaba saliva. No va a olvidar esto ni en mil días, ¡Superhumanes siempre vence!

—Vaya... ambas suenan muy bien, ¿qué me recomienda?

—Eso es elección suya. Si trabajo de pie, puedo estar en topless, si le apetece. Pero la otra opción es muy demandada, pues me permite acceder desde atrás, rodeando su cuerpo. Eso crea un efecto mayor de intimidad, pues es casi como si fueran sus propias manos las que trabajan. Todas las clientas coinciden en que es muy placentero.

—Ajá... comprendo. La verdad es que... creo que voy a escoger la segunda opción.

—De acuerdo. Si me lo permite, tengo que accionar la camilla.

Estamos las dos a punto de explotar, ¿cómo podemos seguir la fantasía durante tanto tiempo? Oh dios, incluso se cubre los pechos y cruza las piernas mientras el respaldo de la camilla sube lentamente. No puedo evitarlo, deseo a esta mujer como no he deseado nunca a nadie.

—Listo. ¿Puede... hacerme sitio, por favor?

—Claro...

Susana adelanta las nalgas y deja un breve espacio en el que me cuelo ágilmente después de subirme un poco la bata de enfermera, pues de otro modo no podría abrir las piernas para que cuelguen a ambos lados de la camilla. Luego, le indico que se apoye sobre mí... y creo entrar en el paraíso.

Su peso es dulce, cálido, maravilloso. Como soy más alta, puedo rodearla con los brazos sin problemas mientras su cabeza reposa sobre mi hombro izquierdo. Afortunadamente para Susana, mis brazos son largos, y tengo dos: una de mis manos acaricia alternativamente sus pechos mientras la otra, por fin, empieza a merodear alrededor de su sexo.

¡Qué bien huele su pelo! Nunca antes había reparado en ello, pero ahora me doy cuenta de que es un olor delicioso, y de un modo instintivo entierro ahí la nariz y aspiro profundamente. Susana se ha quedado como sin fuerzas, descansa sobre mí como una muñeca de trapo, está completamente a mi merced, podría hacer con ella lo que quisiera.

Pero solo quiero hacerla feliz, de modo que ladeo ligeramente la espalda de forma que mi brazo derecho pueda tener un mejor acceso y... ¡ahí está, acabo de localizar su delicioso clítoris!

—Umm...

Su gemido ha sido tan sensual que he sentido un espasmo de placer en mi propio sexo. Sin dejar de martirizar su botoncito, deposito un beso suave en su hombro. Susana inspira profundamente, sus manos posadas sobre mis rodillas por encima de mis medias de enfermera.

Sin dejar de ocuparme de sus senos, avanzo despacio con la otra mano hacia la pequeña abertura que adivino rezumante de humedad. Sí, eso es... el paso está franco, la invitación a visitar su interior es irresistible. Concentrada en no precipitarme, aventuro primero una falange, y la muevo en pequeños círculos que provocan un estremecimiento encantador en el cuerpo que se

apoya sobre mí.

—¿Todo bien, señorita? —susurro en su oído.

—Oh sí... todo... todo bien.

—Si lo desea, estamos a tiempo de...

—No por favor, siga... siga así...

No puedo reprimir una sonrisa de victoria. Sin olvidar nunca sus senos, que he recorrido ya tantas veces que creo poder asegurar que mi piel jamás olvidará su tacto, aventuro un segundo dedo y me clavo poco a poco en su interior. Noto perfectamente cómo se tensa su cuerpo de satisfacción al sentir mi avance, lento pero imparable.

Susana suspira, gime, y yo misma tengo que ahogar un grito de desconuelo y ansiedad. La penetro despacio y, cuando logro llegar al final, me detengo por completo. Entonces, beso su cuello y su mejilla, y sigo hasta llegar al lóbulo de su oreja, con el que juego unos segundos antes de introducirlo delicadamente en mi boca.

Solo muevo la mano izquierda, que amasa equitativamente sus pechos, cuyos pezones parecen a punto de reventar. La otra, traviesa, permanece quieta, notando una humedad que a buen seguro estará dejando un maravilloso recuerdo sobre las sábanas de mi camilla mágica.

Ha llegado el momento. Sin previo aviso, empiezo a moverme con ritmo creciente. Susana ha gritado, sus muslos han vibrado inquietos. Ahora la taladro a conciencia, abro y cierro los dedos dentro de ella, los muevo en todas direcciones sin dejar de atraerla con fuerza hacia mí con la otra mano.

Ya ni siquiera soy capaz de besar su cuello. Un tercer dedo se ha colado sin dificultad alguna, noto perfectamente cómo ella misma arquea su pubis para aumentar el rozamiento contra mí. Forcejeo casi con violencia, aprieto, suelto, presiono con más fuerza, giro convertida en un torbellino, amago con salir solo para entrar con más ímpetu.

La pierna izquierda de Susana ha empezado a moverse con espasmos, sus manos se agarran con desesperación a mis costados, su espalda se pone rígida, su sexo vibra alrededor de mis dedos como si tuviera vida propia. Solo entonces mi mano izquierda abandona sus senos y abraza su vientre mientras, abajo, persisto hasta que noto cómo el placer se derrama en todas direcciones.

Durante unos segundos eternos que parece que no van a tener fin, Susana tiembla entre mis brazos mientras yo me esfuerzo por hacer perfecto su orgasmo. Luego, noto cómo su cuerpo se desmadeja poco a poco, y el agradable peso de su cuerpo vuelve a apoyarse sobre mí casi sin que me dé cuenta.

—Oh dios mío... oh dios mío...

Es difícil recibir un elogio mayor. Su pecho sube y baja agitado al tiempo que trata de recuperar el resuello, yo misma estoy exhausta. Aunque necesito recibir de ella cuanto acabo de proporcionar, paladeo extasiada estos maravillosos segundos de tregua.

Al fin, Susana consigue volver a la vida y se incorpora a medias en la camilla hasta que sus pies rozan el suelo.

—Por dios... mi amiga se quedó corta... no sé si van a sostenerme las piernas.

—¿Ha quedado satisfecha?

—Ya lo creo, *muy* satisfecha. Creo que probaré un día el otro masaje... ese en topless. ¿Tengo que reservar cita?

—Convendría.

De modo que seguimos con el juego. Yo también me he bajado de la camilla, y a mí también me tiemblan un poquito las piernas. ¿A qué espera para quitarme la bata y poner sus manos sobre mí?

Ni siquiera me hacen falta prolegómenos, estoy tan alterada que a duras penas puedo seguir la fantasía.

—Se me ha hecho tardísimo —dice entonces consultando el reloj mientras empieza a vestirse—, ¿cuánto ha durado el masaje?

—Creo... creo que casi hora y media.

—¿Hora y media?! Ha pasado volando, mi amiga tenía razón: un buen masaje es lo mejor contra el estrés.

Me gusta más que a nadie adoptar roles distintos y poner imaginación en el sexo, pero empieza a ponerme nerviosa. En menos de un minuto, se ha vestido por completo, y no hace el menor amago de acercarse a mí. Estoy a punto de lanzarme sobre ella cuando sus palabras, dichas con la mayor naturalidad, me dejan de piedra:

—Me marchó ya, llego tarde a un compromiso. Llamaré en cuanto pueda para reservar hora.

Como broma no está mal. Sin vacilación alguna, me ha dado la mano, la he acompañado hasta la salida... y se ha marchado con una sonrisa.

Tengo que apoyarme en la puerta cuando vuelvo a quedar sola. ¿Qué está pasando? Está bromeando, me está devolviendo la pequeña travesura que he hecho para retrasar el final del masaje. Sin duda, va a volver en medio minuto, no puede dejarme de nuevo con esta calentura, porque eso es lo que tengo: unas ganas de...

¡El timbre! Menos mal, por un segundo casi he llegado a temer que no volviera. Tengo que concentrarme para no abrir jadeando.

—Hola.

Ay dios, delante de mí, con ojos abiertos como platos, está Pilar.

—Hola...

—¿Estás disfrazada de enfermera? No es Halloween.

—¿Qué? Ah sí... Verás, escucha cariño, no es buen momento. Yo...

—Solo quería saber si ya me has comprado la Play.

Joder, esta niña tiene un don especial para aparecer en los momentos más inoportunos. Sin duda, Susana va a volver en cualquier instante. De hecho, el ascensor acaba de ponerse en marcha, seguro que es ella que ha decidido que la broma ya dura bastante.

—Con respecto a eso, ¿no pensarías de verdad que iba a comprarte la Play? Es muy cara y...

—Creí que eras diferente, pero veo que me equivoqué.

—¿Perdón?

—Eres como el resto de los adultos: falsa y mentirosa. Prometes cosas y luego no las cumples.

Soy incapaz de seguir el hilo de la conversación. Solo tengo ojos para el ascensor, que se ha detenido en mi rellano. Casi sin respirar aguardo a que se abran las estúpidas hojas automáticas, seguro que entonces aparecerá Susana, sonriente y con ese lunar que...

—Hola nena, hola... vaya vaya, ¿vas a una fiesta de disfraces?

Por favor, el padre de Pilar ha saludado a su hija y, al verme vestida de enfermera, ha sonreído de un modo que me ha hecho sentir verdaderamente incómoda.

—No... sí, bueno, yo...

—Vamos a casa papá.

Afortunadamente, la niña ha cogido a su padre de la mano y lo ha arrastrado hacia su puerta, porque este más bien parecía muy dispuesto a seguir charlando conmigo. Pero, antes de abandonar el rellano, Pilar se ha vuelto hacia mí y me ha dirigido una mirada de odio:

—¡Y ya no quiero ser lesbiana!

—Pero... ¿qué dice esta niña?

—No tengo ni idea —es todo lo que he podido decir para defenderme.

Luego, he cerrado la puerta con un golpe y me he sentado en el suelo a esperar, segura de que Susana iba a aparecer en cualquier momento.

Media hora después, me he levantado resignada.

Sentada en la cocina sin apetito alguno a pesar de que ya debería estar cenando, tres horas después sigo sin entender nada. ¿Qué demonios ha pasado?

Recapitulemos: Susana ha provocado que nos sumergiéramos en el juego de la masajista y la clienta, a lo que yo accedí encantada, igual que acepte jugar (y perder) cuando propuso su infantil partida de striptease. Metida hasta el fondo en su papel, incluso me pagó (todavía tengo sus 60 euros), y las dos fingimos que nuestra relación era estrictamente “profesional”.

Hasta ahí todo normal. Lo que ya no es normal es que, una vez que consiguió lo que había venido a buscar (y me consta que quedó *muy* satisfecha), diera por terminado el juego. ¿Es un castigo? ¿Una forma de decirme que es ella la que manda? Viene cuando quiere, obtiene su orgasmo y me abandona, sin preocuparse de si yo estoy bien o me subo por las paredes de excitación (lo cual, si debo ser sincera, es lo que pasó).

Es indignante, la odio, no voy a volver a verla nunca. Cuando vuelva a llamar la mandaré a la mierda, puedo tener orgasmos sin su participación siempre que quiera. De hecho, ahora mismo me bastaría con coger el teléfono y en menos que canta un gallo tendría a dos o tres “amigas” dispuestas a hacerme un buen cunnilingus. ¿Qué? ¿Os parece que estoy obsesionada con el cunnilingus? Bueno, sí, me gusta, ¿a quién no? Placer rápido y muy gratificante, reconozco que me gusta más recibirlo que ofrecerlo... lo que me recuerda que con Susana he dado, pero no he recibido.

Joder, ¡cómo la odio! No quiero volver a saber nada de ella, lo que no entiendo es por qué sigo aquí como una tonta, debería arreglarme y salir por ahí a conocer a alguien. Sí, eso es lo que haré aunque... la verdad es que es tardísimo, tampoco me apetece tanto tener sexo esta noche.

Con tanta rabia acumulada se me ha ido el punto.

Un paseo por Madrid

He dormido fatal, y encima hemos tenido un día de locos en el trabajo. Un problema con unos contratos me ha obligado a permanecer todo el día al teléfono, y cuando al fin ha llegado la hora de salir me he sentido tan cansada como si me hubiera atropellado una apisonadora.

Apenas salgo con el coche del garaje cuando mi móvil suena y, tras dudar un segundo, pongo el manos libres.

—¿Salón de masajes Humanes? Quería pedir cita para esta tarde, si es posible.

He estado a punto de saltarme un semáforo y provocar un accidente. No sé por qué, pero no pensaba que fuera a llamar tan pronto, no después de haber estado esperando en vano toda la noche anterior. Lo curioso es que no podría precisar muy bien qué siento al escuchar su tono guasón, ¿rabia, deseos de venganza... alegría?

—Me temo que esta tarde lo tenemos todo completo.

Por un momento, parece que la conexión se ha cortado, pero enseguida vuelvo a oír su voz, que sigue sonando desenfadada:

—No me digas, Óscar se ha llevado el niño a un cumpleaños y tengo la tarde libre, ¿de verdad estás ocupada?

Dios, qué difícil es esto, pero si quiero seguir respetándome a mí misma no puedo ceder tan fácilmente.

—Está en casa la asistenta, viene dos veces por semana.

Hoy es jueves y la asistenta viene lunes y viernes, pero eso Susana no puede saberlo, ¿hasta qué punto le decepcionará saber que esta tarde no puede verme?

—Vaya, qué fastidio... pensaba compensarte por lo de ayer.

No sé qué tiene su forma de hablar que hace que me derrita como un helado abandonado al sol. Joder, me estoy castigando a mí misma, ¿no debería “despedir” a la asistenta durante un par de horas? Pero no, debo ser fuerte, a partir de ahora seré yo la que decida lo que deba pasar entre nosotras... si es que vuelve a pasar algo.

—¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy —contesto mientras pito a un taxista y le enseño un dedo poco amistoso.

—Espero que no te molestara lo de ayer. No fue premeditado, simplemente... me dio morbo marcharme así, de repente.

Te llamo, te utilizo y me largo, ¿a quién me recuerda eso?

—¿Marga? ¿No te habrás enfadado?

—No, claro que no —miento—. Además, tengo 60 euros que no sé en qué gastar.

Su risa al otro lado es tan despreocupada que me alegro de no haber montado una escena. Tengo la sensación de que, si admito que me dolió su forma intempestiva de largarse, estaré descubriendo demasiado mis cartas.

—Oye, tengo la tarde libre y no sé cuándo tendré otro momento para verte —dice entonces, y al hacerlo suena tan cálida que me cuesta no confesar que no hay asistenta—. ¿Qué te parece si quedamos en el centro y me invitas a una cerveza con mis 60 euros?

—¿Tus 60 euros? Creo que me gané desde el primero hasta el último.

—Sí... es cierto. Pero a ti también te gustó un poquito, ¿no?

Joder, joder, joder. ¿Soy yo o tiene una cadencia musical al hablar? Además... me está

proponiendo hacer algo fuera del dormitorio, y eso sí que es una novedad. No lo entiendo, estoy muy enfadada con ella y jamás hago esto con nadie, por la sencilla razón de que no me gusta correr el riesgo de que mis amantes se encariñen demasiado de mí.

Entonces, ¿por qué he accedido a vernos en una terraza?

—Por un momento he temido que estuvieras molesta conmigo. Sé que te dejé con la miel en los labios pero... ¡me pareció tan sexy largarme así!

Me es francamente difícil no rendirme a su encanto. Ahora, al decir esto mientras da un sorbo a su cerveza, se encoge de hombros y arruga esa naricilla que, bien vista, es hasta bonita.

—Claro que no estaba enfadada, estaba caliente, pero no enfadada.

—¿Sabes? No me resulta sencillo intimar tan rápidamente como lo he hecho contigo.

No voy a negar que sus palabras tienen el mismo efecto que un vaso de leche caliente después de una caminata bajo la lluvia. Sin embargo, no pienso facilitarle nada el camino, si tiene algo que decir, que lo diga sin mi ayuda.

—No sé si entiendes a qué me refiero. He estado casada cinco años con Óscar y, sin embargo, nunca me he sentido con él tan libre como contigo.

—Ya te dije que no hay comparación posible, con una mujer...

—Hablo en serio. Entre tú y yo hay química, mucha química. El masaje de ayer... joder, todavía tiemblo al recordarlo, ¿de verdad no puedes echar a la asistenta?

Me mata, casi estoy por llamar al camarero, pagar y salir corriendo sin esperar el cambio. Sin embargo, nunca la había visto tan locuaz. Se diría que tiene ganas de hablar, y tal vez me convenga dejarla abrirse a mí (aunque solo sea para calcular mejor la estrategia que deba seguir con ella).

—Siempre tuve curiosidad por acostarme con una mujer, pero nunca pensé que pudiera ser tan... uff.

—Es probable que yo tenga algo de culpa, suelo causar ese efecto.

No miento, suelo causar ese efecto. Lo extraño es que, normalmente, cuando me dicen estas cosas las alarmas se me encienden y pongo pies en polvorosa; sin embargo, esta tarde no solo no tengo deseos de huir sino que, en realidad, me encanta el giro que ha tomado la conversación.

—Lo reconozco, tienes unas manos divinas —dice cogiendo un segundo una de ellas y llevándosela a los labios.

Hay algo que no me cuadra: se ríe demasiado, y no me parece una risa nerviosa. Simplemente, da la impresión de que para ella las cosas son perfectas y que no hay que modificar nada en nuestra relación. ¿Nuestra relación? ¿De verdad creo que tengo una “relación”? No sé dónde se ha metido mi vieja y querida Humanes, pero necesito que regrese cuanto antes.

—¿Pagamos y damos un paseo?

He hecho ademán de sacar el monedero, pero entonces se ha anticipado y ha insistido en ser ella la que invitara.

—Ayer me hiciste el servicio completo y quedé encantada —ha dicho con una risa traviesa—, los 60 euros fueron muy merecidos.

Luego, hemos empezado a andar despacio por la acera, muy juntas pero sin tocarnos.

—¿Nunca te has acostado con un hombre?

—No por dios, qué falta de gusto.

Susana vuelve a reírse. En realidad, lo hace continuamente y por cualquier cosa, y por más que intento recordar que estoy enfadada con ella me cuesta no dejarme contagiado por su alegría.

Caminamos despacio, sin rumbo fijo, disfrutando de la mutua compañía. Me ha dicho que su madre está en casa esta tarde, esperando para que Óscar (qué nombre más horrible) lleve al niño cuando termine el cumpleaños, por eso no puede “compensarme” allí. Aunque he sentido la tentación de proponer ir a un hotel, la he desechado enseguida. No lo entiendo bien, pero por algún motivo esta tarde me apetece dar un simple e inocente paseo mientras estudio mejor a esta extraña mujer que no se parece a nadie que haya conocido antes.

—¿De verdad llevas a Pilar a tantos sitios?

No esperaba esa pregunta, pero ya no hay motivo alguno para mentir:

—Era solo una estrategia para llevarte a la cama.

—Eso me pareció —vuelve a reír.

—Te vi con Lucas y pensé que era buena idea fingir que me gustaban los niños.

—¿Es que no te gustan?

—La verdad es que Pilar me cae bien, aunque últimamente aparece en mi casa en los peores momentos. Dice que quiere ser lesbiana, como yo.

La carcajada de Susana es limpia, fresca, deliciosa.

—Los niños tienen unas ocurrencias... Una vez, Lucas me dijo... perdona, no quiero aburrirte con temas de mi hijo.

No anda desencaminada, odio a las mujeres que se ponen a hablar de sus retoños a la menor oportunidad. Lo que no entiendo es por qué, esta tarde, la conversación me parece de todo menos aburrida. Sin poder evitarlo, hago la pregunta que lleva rato quemándose en los labios:

—¿Piensas volver con Óscar?

Antes de contestar, Susana se detiene y me mira fijamente, y entonces, por increíble que pueda parecer... me doy cuenta de que tengo miedo. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué hago y digo tantas tonterías de un tiempo a esta parte?

—No lo sé... La verdad, no lo sé.

¿Está esperando que yo la empuje en una dirección u otra? No puede ser, dejó bien claro que lo nuestro era solo sexo pero... ¿y si está viviendo un terremoto similar al mío? Dios, no sé si pensar en esa posibilidad me gusta o me horroriza, tal vez un poco las dos cosas a la vez. Estoy a punto de contestar algo cuando, con una nueva sonrisa, Susana rompe el silencio:

—¿Seguirías acostándote conmigo si vuelvo con Óscar?

Esta mujer me mata, ¿habla en serio? Joder, juraría que sí. Ahora me mira sin pestañear, y...

—Por supuesto, no soy celosa. La pregunta es, ¿seguirías tú acostándote conmigo si volvieras a estar con él?

—No veo por qué no. Me consta que él tiene amigas, ¿es que no puedo yo tener las mías?

Ha vuelto a esbozar ese gesto burlón que nunca sé cómo interpretar y hemos reanudado la marcha. No sé si ella ha sido sincera al responder a la pregunta, pero sí sé que yo no lo he sido del todo. Por primera vez en mi vida... creo que sí estoy un poquito celosa.

Óscar me parece un nombre horrible, incluso más que Margarita.

Consejos

—Aquí estoy, ¿pasa algo? Sonabas preocupada por teléfono. Pero espera, antes de decir nada tengo que hacerte una foto y mandársela a Lucía para que se quede tranquila.

Montse se retira un paso, apunta y me fotografía. Luego, parece enviar la foto a través del móvil.

—¿Qué haces?

—Perdona chica, pero después de la última noche, mi mujer quería asegurarse de que no me recibieras desnuda.

Supongo que le encontraría la gracia al chiste si no estuviera tan ofuscada. He llamado a mi amiga porque necesito hablar con alguien, y hay cosas de las que es mejor tratar cara a cara y no a través del teléfono. Ahora, la tengo delante, y mientras le preparo una taza de café me mira con gesto maternal:

—¿Susana?

—¿Tan obvio es?

—Bueno... nunca te había visto así, la verdad.

Es cierto, no me reconozco a mí misma. No duermo, no tengo hambre, paso todo el día de mal humor, mirando con ansiedad el móvil y sin ganas de hacer nada. ¡Hace siglos que no follo con nadie que no sea ella! Bueno sí, está Jackie, pero casi ni cuenta, porque fue más por despecho que por otra cosa.

Suspirando, tomo aire y hago la pregunta que solo a Montse me atrevería a hacer, porque jamás pensé que yo pudiera verme metida en un embrollo semejante:

—¿Cómo supiste que estabas enamorada de Lucía?

Montse sonrío, y debo admitir que me fastidia su gesto de “bienvenida al mundo adulto”, porque si madurar significa sufrir, prefiero una y mil veces seguir siendo la depredadora sexual que nunca echa atrás la mirada. He vivido feliz así durante más de treinta años, no veo por qué debe cambiar eso.

—Hay una canción de los Secretos que...

—¿Otra vez con tus canciones cursis?

—¿Hace falta que te recuerde lo bien que lo pasaste con Sergio Dalma?

—Olvida eso. Venga, ¿qué dice la dichosa canción?

Montse da un sorbo a su taza de café y pone su mano sobre la mía. Es curioso pensar en la cantidad de usos que pueden tener cinco dedos suaves. Pueden provocar fuego, como sucede entre Susana y yo, o sanar, como ocurre con mi amiga (o mandar a un sitio feo, como con el taxista). El caso es que, ahora, me reconforta sentir el apoyo de la que, hasta hace poco, consideraba la persona más importante de mi vida.

—“Que hoy he soñado en otra vida, en otro mundo... pero a tu lado”.

—¿Eso es todo? Esperaba algo más espectacular, la verdad.

Montse me mira como a un caso perdido, pero sin perder la paciencia sigue con su sabia explicación:

—Quiere decir que sueña con otra vida distinta, la que sea, no importa... siempre que sea junto a esa persona. Así supe que estaba enamorada de Lucía: no me importaba estar en un sitio o en otro, de pronto no necesitaba estar en las Bahamas ni ser millonaria. Si ella estaba conmigo,

todo era perfecto. Prefería cenar coliflor con ella que caviar con otra. Si me sucedía algo bueno quería contárselo enseguida, pero si me pasaba algo malo necesitaba volver a casa corriendo para tener su consuelo.

Nos hemos quedado las dos en un silencio que tiene algo de reverencial. Luego, con una sonrisa, ha añadido:

—¿Te parece mejor esa explicación?

—Sí... mejor.

Entonces, ¿estoy enamorada de Susana? ¡Joder, qué pregunta! Ni en mil años pensé que yo podría contraer esa dichosa enfermedad pero, si soy honesta, la perdono que llegue siempre tarde y que nunca me diga cuándo tiene previsto aparecer en mi vida, prefiero pasear con ella que acostarme con otras... ¡incluso he roto por ella mi famosa regla del cunnilingus!

—¿Cómo es estar casada?

—No voy a engañarte: a ratos genial, otros no tanto. Pero, con la persona adecuada al lado, predomina lo bueno, sin duda.

Tal vez por buscar una excusa para no sucumbir, hago una pregunta que Montse recibe de no muy buena gana:

—Dijiste que el sexo a veces era aburrido.

—No dije eso exactamente. De todas formas, mira el lado bueno: puedes tener sexo todas las noches, no una vez por semana. Ni siquiera tú puedes competir con eso.

—En eso llevas razón, aunque no creo que se pueda ni comparar el modo en que nos encendemos Susana y yo con lo que pueda ofrecer la pobre...

Me doy cuenta de mi error antes de terminar la frase. Joder Humanes, ¿qué te pasa? No se puede ir por ahí soltando lo primero que te viene a la cabeza. Espero que Montse no se haya molestado.

—¿La pobre?

—No quería decir eso, yo...

—Claro que querías. Termina la frase.

—No, de verdad, déjalo.

Supongo que Montse siempre ha intuido que Lucía no me parece una mujer en absoluto interesante, pero una cosa es intuir y otro que te digan claramente que la persona con la que has decidido compartir la vida tiene el mismo interés que una ameba. Lo cierto es que nunca había visto en ella este gesto de rabia contenida.

—Voy a decirte una cosa... "Humanes": lo que yo tengo con Lucía es algo sólido y honesto, no se basa en cuatro polvos rápidos ni en un encoñamiento de adolescentes. Yo tengo alguien en quien puedo confiar, ¿puedes decir tú lo mismo?

Ahí me duele, porque en este mismo momento Susana podría estar con su ex y yo no tendría manera de saberlo, y el hecho de que Montse haya pretendido hacerme daño hace que yo también reaccione a la defensiva:

—Al menos yo sé vivir la vida y aprovecho el momento. Yo no la malgasto con una mojigata que se asusta y no es capaz ni siquiera de jugar al strip póker.

—Pues prefiero eso a salir con mujeres heteros que simplemente buscan vivir una aventura diferente. Espero no tener que ser yo la que esté ahí para recoger tus pedazos cuando se canse de ti.

Ha ido demasiado lejos, y creo que se arrepiente en el acto, pero no voy a darle opción a pedir perdón.

—Vete de mi casa.

—Escucha...

—Vete.

Cogiendo su bolso, Montse se levanta despacio y se dirige hacia la salida. Antes de que pueda marcharse, la sigo con ganas de revancha y buscando algo hiriente que contestar pero, cuando la llamo y se detiene en la puerta, las palabras que salen de mi boca son muy diferentes a las esperadas:

—Eres la única persona en el mundo que me diría algo tan cruel.

—Lo sé. Me ha costado decirlo, yo...

—Te quiero.

Su rostro se afloja y da dos pasos hacia mí, pero la detengo con un gesto:

—Nada de ñoñerías, largo.

—Está bien, perra, pero que quede claro que yo también te quiero.

—Lo anoto.

—Bien.

De nuevo tiene la mano en el picaporte, pero antes de que se vaya me queda una última pregunta por hacer:

—Montse...

—¿Sí?

—Sé sincera, ¿Susana es un poco narizotas?

Mi amiga se ríe de buena gana, y cuando contesta su gesto refleja un cariño infinito hacia mí:

—Un poco sí, pero chica... ¡está cañón! Disfruta todo lo que puedas, ¿de acuerdo?

Sin que pudiera evitarlo, me ha lanzado un beso volando antes de largarse definitivamente.

A veces nos enfadamos, pero no sé cómo podría apañarme sin ella.

La compensación

Los días se van desgranando con una lentitud exasperante. Sabía que el primer fin de semana estaría con Lucas pero, ¿por qué no me llamó el segundo? La rabia inicial al pensar en tener que seguir esperando ha ido dando paso a una especie de resignado abatimiento. Sencillamente, creo que no estoy hecha para sufrir: por mucho que me importe Susana, no soy el tipo de persona que pueda mantener una relación que le provoca más sufrimiento que alegría.

Por cierto, sigo sin ser capaz de decidir hasta qué punto me importa mi esquivada amante. Si bien la explicación de Montse sobre la naturaleza del amor me pareció perfecta sobre el papel, aplicada a mi caso no termino de decantarme hacia un lado o el otro. ¿Es posible que de verdad esté enamorada? De acuerdo, pienso en ella a todas horas y voy por ahí como un alma en pena, según eso se podría pensar que sí. Sin embargo, también debo recordar que me fastidia enormemente no ser la que maneja los tiempos, ¿y si mi obsesión por ella se debe simplemente al hecho de ir siempre por detrás desde que empezó la partida? Es muy posible que, cuando consiga cambiar eso, Susana deje de parecerme alguien especial.

El problema es saber cómo dar la vuelta a la situación, porque por más irritada que me sienta al pensarlo, no puedo negarme a mí misma lo evidente: estoy como loca por recibir su llamada.

Y esa llamada se produce, como siempre, cuando menos me lo espero. Después de casi un mes sin saber de ella, un viernes por la tarde suena mi móvil y vuelvo escuchar su voz. Antes de que pueda poner cualquier excusa, me dice que Lucas pasará el fin de semana con su padre y que me invita a cenar al día siguiente. Podremos pasar toda la noche juntas, sin prisas y sin que nadie tenga que salir corriendo apenas empieza a despuntar la mañana.

¿A quién quiero engañar? Me es imposible decir que no.

He elegido mi vestuario con más cuidado del que podría parecer a simple vista. Zapato alto porque quiero estar claramente por encima de ella esta noche, (y aunque no hablo solo desde un punto de vista físico siempre he creído que la primera impresión marca el rumbo futuro de cualquier encuentro), pantalón negro y camisa blanca. Con respecto a esta, diré que he probado una y otra vez ante el espejo cuántos botones debo dejar desabrochados según desee causar un efecto u otro (por supuesto, nada de sostén). El minucioso análisis ha dejado claro el resultado: un botón suelto, elegancia y estilo; dos botones, promesa de algo inolvidable; tres botones... un verdadero escándalo.

No me consideréis rendida a Susana por poner tanto esmero, sabéis de sobra que siempre he sido coqueta. No es desde luego una novedad que cuide mi imagen personal.

Lo que sí es nuevo en mí es sentirme nerviosa antes de acudir a una cita.

—Estás fantástica.

—Tú también.

Susana me ofrece los labios y yo deposito en ellos un fugaz beso antes de aceptar su invitación a entrar. Es curioso, pero solo ahora me doy cuenta de que pocas veces nos hemos besado en la boca, y por algún motivo pensar en ello me produce una leve incomodidad.

Pero no estoy dispuesta a que nada me arruine la noche. Mi anfitriona me ha recibido con un vestido de flores muy cerrado por delante pero escotadísimo por detrás, de modo que, cuando me deja un instante para ir a vigilar la cena, puedo admirar su deliciosa espalda desnuda y sus espléndidas pantorrillas. Narizotas o no, es una preciosidad de mujer y esta noche va a ser toda para mí, ¿no es como para considerarse afortunada?

—He preparado salmón —dice cuando regresa—, espero que te guste.

Habitualmente, en circunstancias similares poco o nada me importa la cena. De hecho, no suelo perder el tiempo en esas bobadas, si lo que dos personas adultas desean es follar como locas, ¿para qué fingir otra cosa? Si después de dos o tres polvos hace falta descansar y reponer fuerzas, una simple pizza basta. Sin embargo, esta noche no tengo prisa. Esta noche me apetece cenar con calma, e incluso, no sé, es como si me gustase comprobar el esfuerzo que Susana ha hecho por mi causa.

Y es que enseguida compruebo que la mesa está primorosamente presentada, con un centro de flores y la cubertería buena, y el olor que viene desde la cocina hace que, por un instante, el apetito sexual quede mitigado.

—No sabía que te gustase la cocina.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

Ha contestado con su habitual tono burlón, por lo que no estoy segura de si todo esto tiene como objetivo que las dos nos conozcamos más, o si simplemente quiere crear ambiente y compensarme por su precipitada huida después de nuestro último escarceo. ¿A qué estamos jugando? ¿Seguimos siendo simplemente dos mujeres que lo pasan bien juntas, o por el contrario empieza a surgir algo más profundo?

La incertidumbre me hace estar alerta, y no me gusta demasiado esta nueva Humanes que le da vueltas a todo. Sin duda, era más sencilla mi habitual filosofía de vida, aunque también debo reconocer una cosa: nunca había vivido con tanta intensidad una cita, nunca había puesto tanta... ilusión. Joder sí, ilusión, por primera vez en mi vida tengo miedo de estropear las cosas, y no me refiero al simple hecho de no terminar la noche con un buen orgasmo.

Sorprendida de mi propia actitud, dejo que Susana me enseñe su casa, pequeña pero agradable. La acogedora sala de estar donde vamos a cenar, la cocina (diminuta), la habitación de Lucas, el dormitorio donde probablemente fue concebido... No me atrevo a preguntar cómo van las cosas con Óscar, no quiero arruinar lo que promete ser una velada excepcional y, además, supongo que el hecho de que yo esté aquí es la mejor prueba de que no ha habido cambios significativos con respecto a él.

—No se puede comparar con la tuya —se encoge de hombros—, ¡tú tienes tanto espacio!

—Pero tú la tienes mejor decorada, es todo más cálido.

No he mentado. Ya comenté que yo siempre he puesto poco empeño en la decoración. ¿De verdad acabo de fantasear con la posibilidad de que un día Susana le dé el toque femenino a mi casa? Por dios Humanes, céntrate, te estás atontando. Además, donde fuera Susana iría también Lucas, y por ahí sí que no puedo pasar, los niños y yo somos completamente incompatibles.

Atontada o no, justo es reconocer que lo estoy pasando bien, y eso sin necesidad de que haya sexo (todavía). Tampoco Susana parece tener prisa, hemos tomado un delicioso vino blanco y después ha servido el pescado, y las dos hemos cenado con calma, charlando animadamente y mirándonos a los ojos con frecuencia. Supongo que esto es el inicio de un romance, aunque la verdad es que me falta experiencia para juzgarlo. Es divertido, no tanto como follar pero me gusta, debo admitirlo.

De postre, Susana ha puesto helado de vainilla con chocolate caliente, mi favorito. ¿Va a resultar entonces que es perfecta? Si además de volverme loca en la cama me llena el estómago ya no puedo pedir más. Pero no quiero parecer frívola, empiezo a darme cuenta de que esta chica me gusta de verdad: adoro su forma de hablar, me encantan sus manos, disfruto del simple hecho de estar sentada frente a ella, las dos solas esta noche de sábado que desearía que no terminara nunca.

Joder, acabo de recordar que al principio de estas páginas prometí que esta no sería otra ñoña historia de amor, y veo que corro el riesgo de extraviarme. ¿Qué demonios me está pasando? De cualquier modo, sigo siendo Humanes, y por muy enamoriscada que me tenga empiezo a notar la punzada del sexo. Yo creo que ya está bien de charla tonta, está tan bonita que hace rato que pienso en las ganas que tengo de arrancarle ese vestido de flores y comérmela entera (sí, sé que me debe un cunnilingus, tranquilas, no pienso romper mi regla por segunda vez).

Estoy a punto de poner mi mano sobre la suya cuando Susana, rellenando nuestras copas, me hace una pregunta que siempre me ha resultado incómoda:

—Háblame un poco de tu pasado. ¿Alguien importante?

Antes de seguir, quizá deba aclarar por qué me molesta esa pregunta. En primer lugar, implica tener que reconocer que nunca he tenido una relación que durara más de un mes. En segundo lugar, y es lo más grave, me obliga a soportar las caras de incredulidad y el ser considerada como un bicho raro. Por todo ello, últimamente había creado a Sonia, una chica con la que supuestamente compartí tres años de mi vida y que me rompió el corazón. Creedme: el rollo llorica funciona para llevar a la cama a las chicas, no me preguntéis por qué.

Lo que ocurre es que, esta noche, no me apetece mentir (y tampoco me preguntéis el motivo).

—No hay mucho que contar.

—Vamos, tú sabes lo mío con Óscar.

Sí, vagamente me ha contado que estuvieron tres años casados, que le descubrió en alguna que otra infidelidad y que, ahora, se llevan mejor que cuando convivían. De la posibilidad de una reconciliación no se ha dicho nada, ni yo he preguntado ni ella ha hecho aclaración alguna.

—Venga, quiero saber cosas de ti. ¿Cómo te gustan las mujeres?

—Esa pregunta es fácil: guapas, sexys y divertidas... como tú.

Puedo ver cómo se estremece ante mi mirada. Si Susana no es lesbiana de los pies a la cabeza después de pasar por mis manos, me retiro a un convento.

—¿Qué tal si te quitas el vestido? Hace calor aquí.

Lo he dicho mirándola fijamente y con mi sonrisa irresistible, no me cabe duda de que esta noche voy a ser yo la que...

—Hay tiempo para eso, tenemos toda la noche. Antes quiero saber si es cierto lo que dicen de ti.

Todos mis sentidos se han puesto alerta, y no solo por el gesto burlón que vuelve a tener Susana y que tanto me desarma, ¿podría desearla más? Me parece que no.

—¿Quién te ha hablado de mí?

Mi anfitriona ríe feliz, y al hacerlo me parece menos nariguda y más bonita que nunca.

—¿Olvidas que te conocí en una fiesta con amigas comunes? Hace dos semanas me encontré por casualidad con Fátima y tomamos un café juntas. Ya sabes, se empieza hablando del tiempo y... no lo negaré: sabía que te conocía y aproveché la ocasión para cotillear un poco.

En realidad, que Susana tenga curiosidad por mí es una buena señal, pero desde luego el azar es increíblemente caprichoso, lo mismo junta en el Zoo a las personas apropiadas que provoca

encuentros inconvenientes como el que acaba de confesar mi anfitriona.

En fin, supongo que, una vez más, debo hacer una pequeña aclaración antes de seguir adelante, lo siento. El caso es que Fátima es todo lo opuesto a lo que considero una mujer atractiva: bajita, gorda (la llamo La Elefanta), sin el menor atractivo físico... pero muy divertida. Siempre nos hemos llevado bien, y es una de las pocas chicas con las que me gusta hablar cuando nos encontramos en alguna fiesta (siempre que no tenga cosas mejores que hacer, por supuesto). El caso es que en una de esas fiestas (en la que ninguna de las presentes merecía el menor esfuerzo por mi parte), terminé sentada con La Ele... con Fátima y, mano a mano las dos, dejamos en las últimas una botella de ron. No recuerdo exactamente de qué hablamos, pero sí que nos reímos mucho y que, tal vez, le conté algunas cosas que quizá no me gustaría que Susana escuchara. Sí, lo sé, error de principiante, pero ya digo que aquella noche no había posibilidad alguna de sexo, y entre que Fátima me tiraba de la lengua y que a mí a veces me gusta recalcar que mi estilo de vida es el mejor...

—De modo que Fátima —pienso en voz alta— ¿Y qué te contó?

—Que eres tan fría como hermosa, que no te preocupas por nadie, que te follas todo lo que se mueve...

Hace un par de meses casi me habría sentido orgullosa de tener esa reputación, pero esta noche todo lo veo desde un prisma distinto.

—No hagas caso de esas habladurías, soy una chica normal. Y no me tiro todo lo que se mueve, de hecho, cada día tengo el listón más alto.

—Gracias por lo que me toca.

No me siento cómoda hablando de esto. He tenido antes conversaciones parecidas, y simplemente me han aburrido y provocado que pusiera punto final y saliera huyendo precipitadamente. Lo malo es que, a pesar de sus preguntas, no acabo de ver a Susana en el papel de amante celosa. Más bien, parece divertida, y de nuevo tengo la desagradable sensación de que sigo siendo yo la que va un par de pasos por detrás.

—También me contó que pones motes a tus conquistas: Señorita Tetis, Labios Carnosos...

—Fátima habla demasiado.

Y yo también, por lo visto. ¿De verdad conté todo eso? Debe ser así, porque de otro modo Susana jamás habría llegado a saber lo que ahora me cuenta, tengo que tener más cuidado con el alcohol (y con quién hablo) en lo sucesivo.

—¿Qué mote me has puesto a mí?

Esta conversación me disgusta cada vez más, entre otras cosas porque, lejos de sentirse ofendida por mi forma de ser, Susana parece tomárselo todo a guasa... justo como haría cualquier persona que no esperara nada serio ni duradero de una relación.

—A ti no te he puesto ninguno.

—No te creo. Venga, confiesa, ¿soy Culo Redondo, Pocas Tetas... La Narizona? ¡Eso es, me llamas La Narizotas!, ¿a qué sí?

—Nada de eso.

¿Cómo explicar que su caso es distinto a todo? Sí, es cierto que me he fijado en que su nariz no es perfecta, pero el hecho de que incluso eso me parezca atractivo en ella solo puede significar una cosa: que Susana juega en otra categoría distinta a la del resto de mis amantes.

—Venga, no voy a enfadarme. Dime cómo...

—Oye me muero de ganas de quitarte el vestido, ¿por qué no dejamos esta charla para más tarde?

Susana calla y sonríe.  C mo me gusta ese gesto suyo entre pícaro y burlón! Nunca s  qué va a venir después, y tampoco ahora estoy segura de si vamos a ir al grano ya o todavía tendr  que esperar.

—Entonces es cierta otra cosa que también me dijo Fátima.

Por lo visto, seguimos hablando. Resignada, intento tener paciencia:

— Qu  más te dijo?

—Que no eres capaz de tener una conversación adulta con una mujer atractiva. Que eres una especie de adicta al sexo incapaz de controlarse.

Susana empieza a hacerme daño, aunque creo que ni siquiera se da cuenta. Luchando por no perder los nervios, respondo de ese modo tan español que consiste no en defender tu postura, sino en acusar a tu oponente de cometer los mismos errores:

—No creo que en eso t  y yo seamos muy distintas.

— Ah no?

—Déjame hacer memoria: propusiste desnudarnos en una reunión entre amigas, viniste a mi casa a jugar a la masajista y la cliente cachonda...  de verdad vas a acusarme t  de algo?

Creo que he sonado demasiado agresiva, y por un instante temo haber echado a perder la noche. Antes de que Susana se reponga de su evidente sorpresa, intento suavizar mis palabras:

—No quería ser ofensiva, me encanta que seas así. Solo digo que las dos somos muy parecidas, por eso congeniamos tan bien. Y desde luego soy tan capaz de controlarme como puedas serlo t .

Mi anfitriona se queda pensativa, cabecea levemente y, luego, vuelve a sonríe, su lunar llamándome desde su privilegiada posición:

—Tengo una idea.

 Ya estamos con sus alocadas proposiciones? Por dios,  es mucho pedir tener una novia normal con la que poder hacer el amor sin tener que dar tantas vueltas? Un momento, “novia normal”, “hacer el amor”...  qu  me pasa, me estoy transformando en otra persona?

Menos mal que Susana vuelve a la carga y me impide seguir sorprendiéndome a mí misma:

—Te propongo pasar la noche charlando como buenas amigas.

— Qu ?

—Lo que oyes. T  te mueres por quitarme este vestido y yo porque me lo quites, pero se trata de ver quién de las dos es más madura y sabe controlarse mejor.

Joder, no dig is que a veces no dan ganas de estrangularla. Sonríe con el maldito lunar, habla casi cantando, confiesa que tiene ganas de terminar en la cama conmigo... pero me reta a demostrar que soy capaz de controlarme tanto como ella.

Por un segundo, estoy decidida a perder de inmediato sin darle más vueltas, pero yo también tengo mi corazoncito y me duele la imagen que Fátima ha proyectado de mí, de modo que aprieto los dientes y trato de estar a la altura de lo que se supone que hacen los adultos:

—De acuerdo... esta noche solo charlaremos.

—Perfecto. Será genial.

—Por supuesto.

A veces me dan unas ganas terribles de borrar esa sonrisa irresistible de su rostro. El problema es que no s  cómo hacerlo.

Así que aquí estamos, las doce de la noche y sentadas una frente a la otra en los no demasiado

cómodos butacones de su sala de estar, con una aburrida infusión entre las manos y simplemente charlando.

Desde luego, está sirviendo para conocernos mejor: ahora sé que a Susana le encanta el cine, viajar y montar en bicicleta, que nunca pensó tener hijos pero que cuando llegó Lucas se sintió la mujer más feliz del mundo, que estudió Filología pero trabaja en un banco, que aprendió a cocinar porque tuvo un novio que...

Me gusta enterarme de todo esto y me gusta notar que ella me escucha con atención cuando soy yo la que cuenta cosas de su pasado, pero debo admitirlo: no puedo más, necesito tener sexo esta misma noche o me va a dar algo.

¡Llamadme inmadura si queréis! En mi descargo recordaré que hacía casi un mes que no veía a Susana (un mes en el que además no tuve ni una sola aventura con desconocidas) y que, la última vez que estuvimos juntas, le proporcioné un orgasmo memorable a cambio de quedarme literalmente con la miel en los labios. ¿No se suponía que esta noche iba a compensarme por su travesura? ¿Cómo es posible que sigamos aquí, las dos sentadas frente a frente y separadas por la mesita donde tenemos la infusión?

Y lo peor es que ella no da el menor síntoma de flaqueza. Yo miro angustiada el reloj con disimulo sufriendo cada minuto malgastado mientras Susana, todo sonrisas, habla relajada y feliz. Para colmo, cuando al cambiar de postura cruza las piernas veo una generosa porción de sus espléndidos muslos, y entonces tengo que contar hasta cien para no saltar sobre ella y ser la primera en claudicar.

Un momento, tengo mi escote, ¿en qué estaba pensando? Ya he dicho antes que esta mujer es mi kriptonita, cuando estoy a su lado incluso pienso peor. Tratando de parecer tan calmada como ella, me excuso un segundo y voy al cuarto de baño. Allí, me echo agua fría en la cara, me retoco el maquillaje y, calculadamente, abro un botón. No, mejor dos.

Una vez más, hago la prueba ante el espejo: bastará con que me incline hacia la bebida para que mis senos se vean casi por completo, pezón incluido. ¿Quieres jugar? Pues vas a ver a Humanes en plena acción.

Vamos a descubrir quién sabe controlarse mejor.

—Oye me está encantando charlar contigo. ¿Podría tomar otra infusión?

—Por supuesto, enseguida la preparo.

Susana se levanta con una sonrisa deliciosa y me hace una seña para que la espere. Debo reconocer que jamás había conocido a nadie como ella. Es irónica, inteligente, divertida, agresiva en la cama... ¡y encima cocina bien! Con una nariz algo más pequeña y sin niño sería simplemente perfecta, pero creo que incluso eso puedo perdonárselo. ¿De verdad podría tomar cariño a Lucas? Bueno, con Pilar me he divertido a ratos (y prometo recuperar su amistad en cuanto tenga ocasión), no veo por qué no puede suceder lo mismo con el hijo de mi... pareja, si es que algún día llegamos a poder llamarnos así.

—Aquí tienes, ¿un poco de azúcar?

—Yo misma me la sirvo, gracias. Sigue contándome cómo empezaste a trabajar en un banco.

Ahora se va a enterar. Mientras ella se sienta frene a mí, yo me inclino hacia el azucarero, me demoro con la cuchara, remuevo bien la taza...

—Cosas que pasan, necesitaba dinero y...

Ya está, se ha dado cuenta. Las tetas que ella misma calificó de perfectas están ahí, las ha

visto, pueden ser tuyas de nuevo cuando lo desee, ¿va a ser capaz de resistirse?

—... y tuve que coger un trabajo que no me gustaba.

—Comprendo —contesto echándome hacia atrás y esbozando la mejor de mis sonrisas mientras la miro fijamente.

He hecho esto tantas veces, y siempre con éxito, que no tengo la menor duda de salirme con la mía. Ahora sí puedo leer en sus ojos, veo su deseo, sus ganas de terminar de una vez con el ridículo reto que nos tiene a las dos al borde de un ataque de nervios.

—Y a ti... ¿te gusta tu trabajo?

—Bueno, soy jefa, gano mucho dinero... no puedo quejarme. ¿Te pongo un poco más de té?

Sin esperar su respuesta, me inclino hacia la mesa, cojo la tetera y tardó todo lo que me es posible en rellenar su taza. Cuando recupero mi sitio en el sillón, trato de componer un gesto de inocencia y sigo preguntando:

—¿Has pensado en volver a algo relacionado con tus estudios?

—Sí, muchas veces, pero no es sencillo... ¿oye nunca llevas sujetador?

Tengo que reprimir un grito de triunfo. Estoy segura de vencer, la tengo rendida, solo falta “el toque Humanes” para derrumbar sus últimos restos de resistencia:

—Prácticamente nunca. Pero eso sí, tengo mucho cuidado de elegir ropa que no permita intuir el pezón, ¿ves?

Mientras hablo, estiro mi camisa y le demuestro lo que digo. Es una de mis máximas, pero no se debe al pudor: voy sin sostén porque me considero una mujer libre, es una elección personal que tomé cuando, siendo niña, decidí que esa prenda me oprimía y me quitaba personalidad. En cuanto al cuidado que pongo en no mostrar los pezones a través de la ropa, se debe simplemente a que no me parece erótico, sino más bien chabacano y vulgar. Una cosa es provocar ahora a Susana (y estoy dispuesta a enseñarle lo que me pida), y otra que el padre de Pilar por ejemplo se dé un atracón de vista a mi costa sin que yo lo desee.

—Ajá, ya veo...

Malditos “ajás”, deberían estar prohibidos. Debo concentrarme, estoy ganando, un poquito más y tendré a Susana suplicando para dejar la charla y pasar a la acción.

—Uy, se me ha desabrochado un botón —digo entonces, fingiendo que solo ahora he reparado en ello— espero que no pienses que ha sido intencionado... las dos sabemos controlarnos, ¿verdad? Estoy segura de que, aunque me quitase la camisa, seguirías siendo capaz de tomar el té tranquilamente.

Ya es mía, veo en su rostro la derrota, está a punto de claudicar. Con calma, me llevo las manos a uno de los dos únicos botones que permanecen abrochados. Estoy segura de que, apenas me quite la prenda...

—Por supuesto que sí —dice mientras me mira con una sonrisa de medio lado que me pone alerta de inmediato—. Igual que tú podrás controlarte si te digo que no llevo absolutamente nada debajo del vestido.

¿Qué? Es un farol, seguro. Que no lleva sostén está claro, ya he dicho cómo es su vestido, cerrado por delante y abierto por detrás pero, ¿tampoco lleva bragas?

—Estás bromeando.

—¿Tú crees?

Entonces, con aire juguetón se pone en pie frente a mí, coge delicadamente la falda de su vestido con sus diminutos deditos, y la levanta durante un fugaz segundo. Aunque enseguida vuelve a dejarla caer, ha sido suficiente para que pueda comprobar que, en efecto, no lleva ropa interior.

—Vaya, ya veo... ¿Y desde cuándo...?

Creo que, incluso más que haber vuelto a ver su vagina, me excita su sonrisa y su manera de provocarme, entre inocente y traviesa, como si no le diera importancia a nada pero al mismo tiempo fuera consciente de que, en realidad, la pasión que nos consume es lo único que de verdad mueve el mundo.

—Desde que llegaste, te he recibido así.

Joder, la hostia... ¡joder! No puede ser, ha vuelto a lograrlo: de nuevo es la que manda. Ni siquiera me han quedado fuerzas para despojarme de la camisa como pretendía. En lo único que puedo pensar es en que he llegado hace más de dos horas y ella lleva todo ese tiempo sin ropa interior.

Y lo peor es que ha vuelto a sentarse, ha cruzado pudorosamente las piernas y, luego, ha dado un sorbito a su taza de té. ¿Es que no va a terminar esto nunca? Algo me dice que, si no soy yo la que se rinde, Susana sería capaz de seguir así toda la velada, charlando hasta que el cansancio nos rindiera y sin perder el aplomo. Incapaz de aguantar más, ahora soy yo la que se pone en pie:

—De acuerdo, tú ganas. O te quito ese vestido de una vez o me da un ataque.

Antes de que pueda dar un paso en su dirección, Susana bate palmas, rompe a reír con ese modo indescriptible que tiene de hacerlo y me detiene con un gesto:

—Un segundo, te dejaré quitarme el vestido enseguida, pero antes quiero decirte algo más.

¿Se ha propuesto matarme de ansiedad? Si ese es su objetivo, os aseguro que va por buen camino. Agotada, sabiendo dolorosamente que no soy capaz de seguir su ritmo, hago lo que me pide y la escucho impaciente, porque su manera de decir “te dejaré quitarme el vestido enseguida” me parece lo más erótico que he vivido en mi vida.

—Fátima me contó una última cosa de la que no te he hablado.

¿Hay más todavía? Decididamente, debo hacer dos cosas: no beber ron nunca más, y tachar a Fátima de mi reducida lista de amigas, porque jamás pensé que pudiera ser tan charlatana.

—No culpes a Fátima —dice de pronto mi interlocutora, como si adivinara por mi expresión lo que estoy pensando—. Somos buenas amigas y admito que insistí mucho para hacerla hablar.

De nuevo me doy cuenta de que es una buena señal que Susana sienta curiosidad por mí, pero también siento miedo al pensar qué más pude confesar en aquella aciaga noche.

—Está bien, dispara, ¿de qué crimen se me acusa?

—No es ningún crimen —ríe encantada, y al hacerlo muestra unos dientes que redoblan mi deseo de poner punto y final a esta charla eterna—. Es más bien algo... no sé cómo llamarlo, ¿peculiar? Pero no pongas esa cara, creo que si me gustaste fue precisamente por lo original que resultas.

Nada más terminar de decir esto, ha cambiado la posición de sus piernas. La izquierda ha hecho una graciosa voltereta y es ahora la que queda arriba, ¡tiene unas rodillas perfectas!

—El caso es que, según Fátima... la verdad es que no sé si creerla, pero ella me aseguró que tú se lo contaste.

—Por dios, dime de qué se trata y te diré si es cierto o no.

—Me dijo que tienes una regla: no ser nunca la primera en dar placer oral. Primero recibes, y luego, y solo si la chica lo merece...

Me he quedado de piedra, ¿también le conté eso a Fátima aquella noche? Creo que, por primera vez, tengo miedo de lo que puedan pensar de mí o, siendo honesta, me doy cuenta de que

me preocupa lo que Susana pueda pensar. ¿Me considerará superficial? O lo que es peor, ¿le gustará saber eso de mí porque, simplemente, lo que busca conmigo es solo pasar un buen rato?

—Tranquila, no pongas esa cara —vuelve a intuir mis pensamientos—, no voy a pensar mal de ti. En realidad, tengo que confesarte un pequeño secreto: no hablé con Fátima por encontrarme con ella casualmente. Al día siguiente de conocerte en casa de Montse la llamé por teléfono, sé todo esto desde el principio.

¿Qué está pasando? ¿También es capaz de mentir? Y, por lo que veo, lo hace a la perfección, porque siempre me creo todo lo que me dice. ¿Sabe cómo soy desde el primer momento? Joder Humanes, te estás metiendo en un buen lío, y encima esta vez no puedes salir corriendo porque... porque cada segundo que pasa me siento más atraída por esta odiosa e inclasificable mujer.

—Bueno, de acuerdo, soy inmadura, superficial y manipuladora, lo admito. ¿Puedo quitarte ya el vestido?

—Todavía no, un poquito de paciencia —dice con un gesto travieso que me vuelve loca—. Antes quiero discutir un poco sobre esto.

—¿Discutir?

—Si lo que me ha dicho Fátima es cierto, no entiendo muy bien... que la primera vez que estuvimos juntas, me bastara insinuar lo que quería para que tú te arrodillaras entre mis piernas sin dificultad alguna.

¿También en ese momento me estaba manipulando? ¿Qué tipo de bruja malvada tengo frente a mí? Todavía recuerdo sus palabras exactas “he oído que las chicas son especialmente buenas en el sexo oral, ¿es eso cierto, enfermera?”, y yo como una idiota hice todo lo posible para demostrarle lo apropiadas que eran sus palabras.

Supongo que debo decir algo para defenderme, pero me he quedado muda, de modo que es ella la que vuelve al ataque:

—¿Tan especial soy para ti?

—Las reglas están para romperse... simplemente me apeteció hacerlo. No tiene nada de malo empezar perdiendo de vez en cuando. Confío en remontar el resultado al final del partido.

He quedado bastante satisfecha con mi respuesta. En lugar de reconocer que con ella no me comporto como con las demás, me he refugiado en la ironía y he fingido que no tiene mayor importancia.

—Ajá, lo entiendo. Si hablamos en términos futbolísticos, pierdes 0-1. Lo que no entiendo es que nunca me hayas pedido... el empate.

Buena pregunta, porque con otras no solo he pedido, sino que casi he exigido. ¿Por qué ni siquiera lo he insinuado con Susana? ¿Quería que saliera de ella? ¿Temía una negativa?

—Supongo que no ha surgido —carraspeo intentando parecer indiferente—, apenas nos hemos visto dos o tres veces.

Nuevo cabeceo. Siempre hace eso cuando parece considerar algo que he dicho. Luego, emite su veredicto:

—Supongo que será eso. ¿Quieres quitarme ya el vestido?

¿Que si quiero? Solo conozco una forma de superar la frustración que siento ahora mismo pero, antes de que pueda reaccionar, Susana separa las piernas y, muy lentamente, las coloca sobre los brazos del butacón que ocupa frente a mí. Luego, vuelve a alzar con gesto coqueto su vestido. Su media sonrisa, con la puntita de la lengua asomando entre la comisura de sus labios, se me clava en el alma sin que pueda evitarlo.

—¿Te apetece volver a probarlo?

Estoy confusa, me da miedo decepcionaros. Sé que prometí ser la que llevase la iniciativa esta noche, pero no puedo evitarlo. Susana me ha derrotado en mi terreno, es mucho más fuerte de lo que imaginé y, además... tendríais que verla como la estoy viendo yo ahora.

Sus preciosas piernas completamente abiertas, sus sandalias colgando del empeine de los pies, su sexo ofrecido con una impudicia deliciosa, más desnudo incluso al aparecer totalmente desprovisto de vello. ¿Queréis que mienta y diga que seré capaz de resistir?

Sin decir una palabra, bajo de mi propia butaca y, a cuatro patas, avanzo despacio hacia ella. Cuando llego a su altura, beso sus rodillas y sus muslos, al tiempo que noto sus manos en mi nuca, acariciando sedosas mis cabellos.

Ni siquiera me siento avergonzada por mi fracaso, empiezo a asumir que hay cosas contra las que no se puede luchar. Tampoco soy capaz de ir poco a poco: me lanzo contra sus labios sedienta, me enredo en ellos como una principiante, como una persona que, después de un ayuno prolongado, de pronto puede degustar a sus anchas su manjar preferido.

¡Qué delicia es poder enterrar la lengua entre sus pliegues! ¡Qué consuelo aspirar sus jugos, notarlos en mi barbilla y en mi boca! A ratos juego con su sexo como si fuera algo delicado que temiera romper, pero también me gusta entrar con ímpetu, devorarla entera, absorberla como si ya nunca más fuera a liberarla.

Y, mientras esto sucede, sus manos siempre entre mi pelo, acariciando, guiando, pidiéndome más en silencio. Oh dios, si esto no es amor entonces no sé cómo describirlo, porque me excita hasta la locura sentir las yemas de sus dedos clavándose en mí, porque soy capaz de leer en ellas el ritmo de su creciente excitación, y porque juro que, cuando llega su estallido final, soy consciente de su intensidad simplemente al notar cómo las caricias se convierten en una garra que me sujeta con maravilloso ímpetu.

Susana se proyecta hacia mí, sus muslos se cierran como un cepo alrededor de mi rostro, su cuerpo se estremece en una agonía lenta y eterna, y mientras tanto yo redoblo mi desinteresada entrega, recorriendo con mi boca una y otra vez hasta el último milímetro de su exquisita entrepierna.

Ya está, después de tantos preliminares, todo ha discurrido demasiado deprisa. Hubiera deseado estar aquí durante horas, pero es evidente que mi amante ha relajado los músculos y ahora reposa satisfecha. ¿Habrás disfrutado tanto como yo haciéndolo? Es increíble que, por primera vez en mi vida, lo único que me preocupe esta vez es saber si todo ha salido bien.

—Por dios... eres buena dando masajes, pero en esto... Cariño, podrías ganar la Champions League.

Sus palabras me llenan de felicidad y calman mi incertidumbre. ¡Además, me ha llamado cariño!

Ni siquiera me importa darme cuenta de que estoy perdiendo 0-2.

Puedo decir sin mentir que ha sido la mejor noche de mi vida. La hemos pasado enredadas entre las sábanas, unas veces ella sobre mí, al minuto invirtiendo las posiciones. Ha sido maravilloso, sublime, fabuloso... y agotador. No sé a qué hora nos hemos quedado dormidas, pero cuando despierto la luz que se filtra a través de la ventana entreabierta me avisa de que el día está ya muy avanzado.

Susana no está a mi lado, oigo el ruido de la ducha al otro lado del pasillo. Todavía somnolienta, salto de la cama y me acerco despacio. Sin que ella se dé cuenta, me apoyo en el

quicio de la puerta y la observo a través de la mampara de la ducha, parcialmente velada por el vapor del agua.

Desnuda, Susana ofrece una imagen que me parece lo más hermoso que he visto nunca. Tiene una espalda esbelta, suave y elegante que da paso a unas nalgas por las que sería capaz de vender mi alma. En estos momentos, daría cualquier cosa por ser esa gotita de agua que ha caído sobre su hombro izquierdo para, desde allí, ir bajando despacio hasta los riñones, coger velocidad al alcanzar los glúteos y, finalmente, desaparecer extasiada en el fin del mundo que significa su entrepierna.

Entonces... ¿de verdad estoy enamorada? Nunca pensé que esto pudiera pasarme a mí, pero no encuentro otra explicación para la fragilidad física y mental que siento desde que esta enigmática mujer entró en mi vida.

—No sabía que estabas ahí... debería cobrarte entrada.

Susana se ha girado y me ha descubierto espiándola, aunque desde luego no da muestra alguna de que eso la moleste. Con calma, sigue enjabonando su cuerpo mientras yo, extasiada, me deleito en la contemplación de sus pechos, casi de niña pero infinitamente provocativos, ¡son tan hermosos! Tanto como su ombligo, donde ahora mismo veo una pompa de jabón que explota como si fuera la metáfora de un orgasmo. ¡Y qué decir de su pubis! A pesar de que me siento exhausta, tengo que reprimir el deseo de entrar en la ducha, arrodillarme y...

¿Qué decís? Vaya, veo que no soy la única morbosa que hay por aquí. ¿Queréis saber si...? Está bien, lo confieso: seguimos 0-2, pero de verdad que no tiene ninguna importancia. Simplemente, hemos estado tan acopladas la una sobre la otra que no ha surgido, sin duda llegará más adelante. ¿Qué? ¿Que no me reconocéis? Empieza a irritarme esa imagen frívola que todo el mundo tiene de mí, soy una persona mucho más entregada y cariñosa de lo que pensáis.

—¿Me alcanzas el albornoz?

—¿Me haces un hueco en la ducha?

—Me encantaría, pero tengo que ir a recoger a Lucas, lo siento.

Otra vez, la vuelta a la realidad. El odioso Lucas, por mucho que me fastidie, sigue existiendo. En menos de diez minutos estamos vestidas las dos, por increíble que me parezca llevo más de veinticuatro horas en esta casa y, aunque llegué a soñar que esto nunca terminaría, de pronto ha llegado a su fin.

Un malhumor creciente brota dentro de mi pecho, ¿cuándo volveremos a vernos? Susana ha dado un par de retoques a su pelo, ha cogido su bolso y, como siempre, parece completamente despreocupada con respecto a esa cuestión. Me duele su indiferencia, porque yo no hago más que pensar en cuántos días faltarán para que pueda volver a verla.

Ya estamos en el ascensor, no puedo creerlo, ¿de verdad no va a decir nada? Después de la noche que hemos pasado... ¡estoy segura de que nunca ha disfrutado con Óscar como conmigo!

Hemos salido a la calle y afortunadamente las dos vamos en la misma dirección, ¡si no trata de fijar la próxima cita será el fin! Me olvidaré de ella y jamás volveremos a vernos, llamaré a Jackie, a Paloma o a la culibaja, o mejor, a las tres a la vez. Organizaré una orgía que será recordada eternamente, pero desde luego no pienso ser yo la que suplique un próximo encuentro.

—Este es mi coche. Voy hacia el centro, ¿quieres que te deje en algún sitio?

—¿Por qué no me besas nunca?

Os juro que no he sido yo la que ha hablado. O, para ser más precisa, no ha sido mi cerebro. Ha salido de dentro sin que pudiera evitarlo. Joder, quería marcharme con dignidad, sin dar síntoma alguno de debilidad y, de pronto, suelto esto sin venir a cuento. No sé cómo voy a

arreglarlo sin parecer despechada, porque Susana se ha quedado mirándome en silencio, quizá no ha entendido...

—Me refiero a... ya sabes...

—Te he entendido perfectamente.

Creo que jamás me había sentido tan nerviosa e insegura. ¿Y si resulta que ella... no me considera lo suficientemente atractiva? Dios, seguro que es eso, le gusta que yo se lo haga a ella, pero considera humillante devolverme la atención, ¡no le atraigo hasta ese punto! No tenía que haber preguntado (es culpa vuestra, que estáis ahí presionando como una especie de Pepito Grillo), ahora me va a destrozar, justo cuando empezaba a pensar que entre ella y yo...

—Fátima me dijo que te cansabas enseguida de todo el mundo. Quizá quiero dejar eso pendiente... para que no te aburras tan pronto de verme.

Me tiemblan las piernas, ¿de verdad ha dicho lo que creo que ha dicho? Es lo más parecido que he oído a una confesión de que, por su parte, está encantada con que esta relación se alargue en el tiempo.

Creo que, de no ser por su estúpido móvil que ha vibrado en el momento más inoportuno, la habría abrazado y besado (en la boca) en plena calle.

—Vaya, como siempre —dice tras leer el mensaje recibido.

—¿Algún problema?

—Nada nuevo. El sábado teníamos que llevar a Lucas a un partido fuera de Madrid. Es aburridísimo, ya sabes: madrugón, horas esperando el partido de tu hijo y luego que lo dejen en el banquillo, y para colmo Óscar se borra. Me tocará ir sola una vez más.

—Yo podría acompañarte.

—¿Qué?

Lo he dicho de forma impulsiva, sin pensar, pero ahora me doy cuenta de que me apetecería mucho ir con Susana a ver a su hijo a jugar al fútbol, ¿de verdad eres tú la que habla, Humanes?

—Que puedo ir contigo, si quieres.

Susana, cabecea, esboza una sonrisa y, finalmente, responde sin perder la calma:

—Qué cosas se te ocurren. Te dejo, ya llevo tarde.

Me ha dejado helada, más por su gesto que por sus palabras. Ha sido como... como dejar bien claro que ni en un millón de años habría pensado que yo podía hacer con ella otra cosa que no fuera follar y pasar un buen rato en la cama.

Por otra parte, estoy segura de que mi rostro ha reflejado a la perfección el mazazo que he sentido porque, ya desde dentro del coche, Susana ha tratado de suavizarlo:

—Te llamo pronto, ¿de acuerdo? Lo he pasado genial esta noche.

Y eso ha sido todo. Me ha dejado plantada en medio de la calle, mirando como una tonta cómo se alejaba su coche gris plateado.

¿Qué soy para ella? En menos de treinta segundos me ha hecho pasar del cielo al infierno. Ha pasado de insinuar que trata de mantener mi interés por ella a considerar ridícula mi idea de hacer algo las dos juntas con su hijo. Voy a volverme loca, no la veo venir nunca, no sé si solo soy un buen polvo para ella o si empieza a considerarme alguien importante, a ratos me parece una cosa y, un segundo después, justo lo contrario.

¿Qué es esto? ¿De verdad es una lágrima lo que resbala por mi mejilla mientras camino despacio hacia mi casa?

Debe ser el viento. Sin duda algo me ha entrado en el ojo izquierdo, lo que faltaba.

Óscar

Llevo dos días en los que no soy capaz de hacer absolutamente nada. Pienso en Susana a todas horas y revivo en mi memoria una y otra vez nuestras conversaciones tratando de dilucidar lo que significa para ella pero, por más que lo intento, no consigo llegar a ninguna conclusión.

Es desesperante. Ni siquiera me apetece salir por ahí a conocer a alguien, ¿es posible que deje de gustarme el sexo con desconocidos? Maldita Susana, ojalá no la hubiera conocido nunca, mi vida era mucho más sencilla sin ella.

Más sencilla, sí... pero también mucho menos intensa. Tengo que reconocerlo, jamás había experimentado esta incertidumbre, pero tampoco esos picos de felicidad completa, esos momentos en los que parece que todo es perfecto y, aunque te dieran la posibilidad, no cambiarías absolutamente nada del orden del universo.

Martes, todavía quedan cuatro días para llegar al fin de semana. Y lo peor es que sé que el sábado ella estará con Lucas, ¡no tengo ni idea de cuándo volveremos a vernos! Esa incertidumbre me consume, es como sentir un vacío enorme dentro de mi pecho, un vacío que no puede llenar nadie: ni Montse, ni Jackie, ¡ni siquiera Scarlett Johanson! Solo Susana podría, ¿no es horrible? Bien pensado, el amor da mucho miedo.

En fin, al menos hoy espero tener un día tranquilo en el trabajo. Al llegar, Julia me dice que no tengo llamadas, de modo que puedo refugiarme en mi despacho, cerrar a cal y canto y fingir que estoy concentradísima en revisar informes atrasados.

Pero, como siempre, apenas llevo media hora derrumbada tras mi escritorio cuando el teléfono interno suena y la voz de mi secretaria me saca de mis ensoñaciones:

—Perdona que te moleste Humanes, tienes una visita.

—¿Una visita? No esperaba a nadie.

—De hecho, no tiene cita, pero dice que es importante.

—Dile que estoy muy ocupada y dale hora para otro día.

—Me pide que te diga su nombre: Susana Herrera.

Joder, el corazón me ha dado un vuelco, ¿Susana aquí? No sé su apellido, quizá se trate de otra Susana, pero algo me dice que no, lo siento en la piel, en los huesos, ¡ella está aquí!

—¿Humanes? ¿La hago pasar o...?

—Sí... bueno, que pase. Pero que espere un minuto.

Dios, ¿qué tal estoy? Nerviosa como una chiquilla, entro en el cuarto de baño privado que tengo dentro del despacho (sí, soy jefa, y de las gordas) y me observo atentamente en el espejo. No estoy tan radiante como en mí es habitual (otro de los efectos colaterales del estúpido enamoramiento que estoy sufriendo), pero tampoco estoy mal del todo. Retoco levemente mi maquillaje, me atuso un poco el pelo... suerte que me he puesto este conjunto de chaqueta y pantalón, estoy muy elegante y me hace un culo estupendo.

Tras volver al despacho, me siento de forma estudiada detrás del escritorio de caoba, adopto una postura “natural” pero irresistible, y pulso el botón del teléfono que me conecta con mi secretaria:

—¿Julia? Puedes hacer pasar a la visita.

—Vaya... chica, se ve que eres importante de verdad, ¡menudo despacho!

Saliendo de detrás del escritorio, voy hacia ella y beso fugazmente los labios que me ofrece. Luego, recupero mi sitio “de jefa” y la invito a sentarse al otro lado de la mesa de caoba.

—¿No trabajas hoy?

—Sí —dice mientras toma asiento—. En realidad, se supone que estoy haciendo una gestión importante para el banco, pero he pasado cerca y he decidido subir a hacerte una visita.

¿Os preguntáis cómo sabía Susana dónde trabajo si yo nunca se lo he dicho? Yo también, pero esto no es una novela de detectives (tampoco romántica, lo juro), de modo que no voy a responder a eso... aunque no negaré que me siento muy halagada al darme cuenta de que ella ha hecho más averiguaciones sobre mí de las que sugiere su aparente indiferencia.

—¿Te apetece tomar algo?

—Un café estaría bien.

—Julia por favor —digo pulsando el botón de nuevo—, ¿puedes traernos dos cafés?

Sinceramente, no sé si lo he hecho por cortesía o para demostrar mi estatus, ¿también vais a juzgarme mal por eso? A todos nos gusta quedar bien delante de las personas que nos resultan importantes, y sería absurdo a estas alturas intentar negar hasta qué punto Susana me lo parece a mí.

Mientras esperamos, nos quedamos mirándonos unos segundos en silencio. También ella va arregladísima, con una blusa preciosa, chaqueta y una minifalda que le sienta como un guante. ¿No podría volver a ofrecerme para acompañarla el sábado? Tal vez esté aquí por eso, quizá haya cambiado de opinión.

—Escucha Marga, yo... creo que fui un poco brusca el otro día.

Dios mío, esta mujer me lee el pensamiento, y no puedo evitar sentir una increíble oleada de júbilo al darme cuenta de que, esta vez, ha venido a verme solo dos días después de nuestro último encuentro y con el evidente deseo de reparar su falta de tacto.

—No tiene importancia, comprendo que tu hijo...

—Sé que lo entiendes, y reconozco que estás siendo muy paciente. Aguardas mis llamadas, nunca me presionas... eres la amante ideal, no me pides nada pero siempre estás ahí.

En realidad, y a pesar del calor que me producen sus palabras, no estoy muy segura de si debo tomarlas como un cumplido. ¿Soy solo eso, una amante muy complaciente a la que le encanta tener cerca siempre que la necesita?

—Por eso estoy aquí —sigue ella, ajena a mis tribulaciones—. Creo que estoy siendo un poco egoísta contigo, y esta mañana, al pasar por aquí, me he dicho: “Susana, quizá deberías demostrarle a Marga que tú también sabes ser generosa”.

¿Entendéis vosotras algo? Porque yo no comprendo una palabra de lo que está diciendo.

—¿Generosa?

—Ajá —dice consultando su reloj y mirándome con una sonrisa que debería estar prohibida—. Solo tengo diez minutos, me esperan en el trabajo.

—¿Diez minutos?

—Cariño, he venido a hacerte una paja. Y esta vez no te pediré nada a cambio, es un regalo que te hago.

Joder, no me he caído de mi “butacón de jefa” porque es enorme y resulta prácticamente imposible. ¿Se ha vuelto loca? Sin duda está bromeando, aunque ahora se levanta, coge su “silla de visitante”, rodea el enorme escritorio... y se sienta muy cerquita de mí. En cuanto a la expresión “hacerte una paja”, no podéis saber lo que implica si no la oís pronunciada por la

cadencia musical de los dulces labios (con lunar incluido) de Susana, que parecen susurrar siempre con ese tono burlón que podría resucitar a un muerto.

—Tu oferta es muy... estimulante, pero...

—Vamos, ¿vas a decirme que estás tan ocupada que no puedes perder diez minutos?

Ay señor, mientras dice esto ha puesto su mano sobre mi elegante pantalón y, con una habilidad endiablada, ha bajado la cremallera de un solo tirón.

—Joder Susi, estamos en el trabajo.

—¿Ahora me llamas Susi? Me encanta.

—En serio, ¡joder!

Ha colado la mano dentro, y ahora forcejea con el elástico de mis braguitas. Lo admito, no me estoy resistiendo todo lo posible, pero esto tiene que parar, ¡Julia puede entrar en cualquier momento!

—Venga, sé buena, será un momento. Luego me iré y dejaré de molestarte.

¿Molestarme? Por favor, ahora tengo su mano dentro de las bragas, ¡y me abrasa de calor! Estoy sobrepasada, no consigo pensar con claridad, quiero que se detenga pero, al mismo tiempo, soy consciente de que toda la oscuridad que envolvía mi vida ha desaparecido en un instante: Susana está a mi lado, tocándome, ¿qué importancia tendría que nos descubrieran y perdiera mi empleo? Hay miles de trabajos en el mundo, pero solo una Susana Herrera.

—Aquí están los cafés.

Julia ha entrado con la bandeja sin sospechar nada. Con una calma sorprendente, Susana se ha inclinado sobre el escritorio y, con la mano libre pero sin soltar su presa, ha cogido al azar una hoja llena de tablas y cifras.

—¿Crees que podemos fiarnos de estos datos?

Afortunadamente, mi escritorio es, aparte de grande, de esos que no permiten ver al otro lado. Ajena por completo a lo que está sucediendo, Julia nos sirve los cafés y, luego, me mira interrogativamente.

Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, trago saliva, trato de sonar indiferente y me aprovecho de mis prerrogativas de jefa:

—Gracias Julia. ¿Puedes...? Por favor, que nadie nos interrumpa en quince minutos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

De acuerdo, Susana ha dicho que solo dispone de diez minutos, pero he preferido añadir cinco y asegurarme un poquito más de felicidad.

—¿Habías hecho esto alguna vez antes?

—No... claro que no.

—¿De verdad?

—¿Por quién me tomas? Soy... muy profesional.

Desde luego más que Susana, que mientras me toca no deja de parlotear suavemente en mi oído.

—Pero eres la jefa, ¿eliges tú a tus secretarias? Julia es bastante mona, seguro que si se lo pides...

—Por dios Susi... ¿podrías...? ¿Podrías callar un momento?

—¿Lo estoy haciendo mal? ¿Es que no te gusta?

Joder, lo hace a las mil maravillas, y ella es perfectamente consciente de ello. El problema es, precisamente, que me da miedo lo mucho que me está gustando, porque lo cierto es que su verborrea constante añade un extra de excitación que me convierte en una marioneta a su merced. ¿Y si dejo escapar un grito que ponga a Julia en alerta? Incluso yo tengo mis límites, aunque no estoy muy segura de que pueda decirse lo mismo de Susana.

Hace ya un rato que me folla metódica y concienzudamente con sus deliciosos deditos, y el hecho de tener su mano metida dentro de mi pantalón y saber que la puerta del despacho podría abrirse en cualquier momento, sumado al esfuerzo de tratar de seguir su conversación, me tiene en un estado de frenesí que no sé si llegáis a imaginar.

—¿Te gusta que te toque aquí... prefieres que lo haga un poco más suavemente?

Aquí, allá, suave, con ímpetu... ¿Qué me importa? No consigo articular palabra, mis manos se aferran al escritorio con tal fuerza que tengo los nudillos blancos, mis piernas se abren sin que yo se lo ordene, facilitando el acceso de la traviesa joven, que sigue murmurando en mi oído sin clemencia:

—Vamos cariño, casi estás, ¿verdad?

Ya lo creo, esto es el cielo, el paraíso, el otro mundo, como queráis llamarlo. ¡Sexo en el trabajo! Pero eso es lo de menos. Confusamente, recuerdo la charla con Montse, cuando pregunté a mi amiga cómo supo que estaba enamorada de Lucía. Ahora, me doy cuenta de que lo de menos es el dónde, el cómo y el cuándo. Lo único que importa es que es Susana la que está conmigo, a mi lado, *dentro* de mí, que es ella la que me regala esta breve pausa de perfección y ausencia total de preocupaciones.

Ya ha llegado, me hubiera gustado que durara más pero me ha sido imposible resistir ni un segundo más. El orgasmo ha irrumpido brutal, poderoso, autoritario, y mi cuerpo se ha entregado para que Susana clavara en él a su antojo no solo sus dedos, sino también su bandera, que ondea diciendo a gritos que soy suya, que la pertenezco y que nadie podrá entrar ya del mismo modo que ella lo ha hecho.

Y todo este terremoto sin necesidad de hacer nada. Simplemente apareciendo en mi despacho, bajando mi cremallera y...

—¿Estás bien?

—Jo... joder, sí... estoy genial.

—Me alegro, ¿te cuento un pequeño secreto? Me ha encantado hacerlo, estoy muy cachonda.

Lo siento pero tengo que insistir una vez más. Hay mil maneras de decir “estoy muy cachonda” y todas son soeces y vulgares menos una: la que tiene Susana de hacerlo, con esa voz suave y aterciopelada, provocativa pero a la vez inocente.

—Espera, tenemos tiempo.

Nada me gustaría más que ocuparme de ella en este mismo instante, pero Susana ha salido de mí, se ha puesto en pie y, sin vacilar, se ha dirigido a mi cuarto de baño.

Buscando la energía que me falta, cuando logro que mis piernas respondan la sigo y la encuentro frente al espejo, lavando sus manos, especialmente esa que lleva todavía mi olor más íntimo. Entonces es verdad, se sintió culpable y ha venido solo para compensarme, ni siquiera espera recibir nada a cambio.

Creo que nunca la había amado como ahora, ¡Susana se preocupa por mí, no solo soy un buen polvo! Ebria de felicidad, doy un paso hacia ella y trato de buscar la cremallera de su falda.

—Quieta, no tenemos tiempo.

—Claro que sí, será un minuto y...

—¿Vas a despacharme en un minuto? Me debes un masaje en topless, ¿recuerdas?

Dios, estoy lanzada. Si quiere, aquí mismo puedo desnudarme y hacer lo que me pida, no me importa nada si me cuesta el puesto o no. De nuevo, trato de acercarme a ella, pero de nuevo se separa con una sonrisa.

—En serio Marga, ahora no. Además... quiero contarte algo.

Ha sido como sentir un puñal clavándose poco a poco en mi pecho hasta desaparecer. Porque empiezo a conocerla, y sé que lo va a contarme no me va a gustar.

—Es sobre Óscar... volvemos a estar juntos.

Directa y al grano, a eso lo llamo yo hablar sin rodeos. Sin embargo, y a pesar de lo escueto de su frase, me cuesta asimilar lo que acabo de escuchar. Si vuelven a estar juntos...

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

—¿No está claro? —pregunta con su eterno gesto burlón—, yo diría que he cumplido a la perfección lo que me proponía.

—¿No puedes hablar en serio por una vez en tu vida?

Es increíble, hace un segundo me sentía completamente feliz y de pronto me falta el aire. Imagino que debería estar acostumbrada al tiovivo emocional que supone estar cerca de Susana, pero sigue costándome adaptarme a ello. Al menos, ahora me mira seria.

—Te dije que esto podría pasar. Se lo debemos a Lucas, y la verdad es que Óscar y yo siempre nos hemos llevado bien. Le pillé en un par de infidelidades y nos distanciamos un tiempo, pero no soy una persona celosa y, por mi parte... tampoco puedo decir que sea una santa, ¿verdad?

Mientras la escucho hablar, me doy cuenta de que estoy descubriendo otra faceta del amor de la que Montse no me había hablado porque, por primera vez en mi vida, siento que tengo miedo. Sí, eso es, más que enojada o celosa, lo que estoy es asustada, porque soy consciente de que si Susana y Óscar retoman su vida en común yo me voy a convertir en historia.

No puedo creerlo, pero al pensarlo me doy cuenta del verdadero motivo de su visita: ha venido a despedirse de mí. Si no recuerdo mal, sus palabras exactas han sido “esta vez no te pediré nada a cambio, es un regalo que te hago”. ¿Cómo no he sospechado nada?, esa no es su manera habitual de conducirse.

—Entonces... supongo que esto es un adiós.

Dios, me tiemblan las piernas y siento un vacío enorme dentro de mí, ¿cómo puede doler tanto? Se suponía que yo era una persona práctica, alérgica al compromiso, ¿por qué entonces esta mujer de nariz enorme puede hacerme sufrir tanto? Odio que tenga ese poder sobre mí, pero no soy capaz de evitarlo.

—Nada de eso.

¿Cómo? ¿He oído bien? Seguimos las dos de pie, frente a frente en el pequeño cuarto de baño de mi despacho. Susana me mira fijamente, con una ligera sonrisa apenas insinuada y sin hacer ademán alguno de acercarse a mí.

—No quiero que esto termine.

No entiendo nada. Sus palabras me dan oxígeno pero, al mismo tiempo, me dejan completamente descolocada.

—Acabas de decir que has vuelto con Óscar.

—Pero ya te he dicho también que no somos lo que se dice una pareja convencional. Él ha tenido varias aventuras... y yo también.

Su manera de mirarme al decir esto ha sido elocuente, ¿de verdad voy a sentir celos por su vida pasada? Es absurdo pero, por más que me sorprenda, no puedo evitar indagar en ese sentido:

—¿Quieres decir que ya antes... antes de mí?

—Ajá... pero tú eres mi primera chica.

Dichoso “ajá”. Incluso diría más: ¡maldito y odioso “ajá”! Y lo peor es que me doy cuenta de lo ridículo de mi postura: toda la vida sintiéndome superior a la gente estúpida que valora la monogamia por encima de todo, y cuando por fin me encuentro con alguien tan libre como yo, lo que me gustaría escuchar por su parte es una promesa de amor eterno y exclusivo.

—Bien, ¿qué me dices?

—¿Qué?

Susana sonrío ahora abiertamente, consciente de mi desconcierto.

—Te he estoy proponiendo que sigamos viéndonos... no quiero que salgas de mi vida.

Tengo que sentarme, necesito pensar con calma. Dando media vuelta, regreso a mi escritorio y, más que sentarme, me derrumbo sobre él, pongo los codos en la mesa y sujeto mi cabeza con las manos. Con calma, Susana me sigue pero, en lugar de sentarse a mi lado, se queda de pie, en silencio.

Durante al menos cinco minutos, ninguna de las dos dice nada. En cualquier momento puede interrumpirnos Julia, que debe estar extrañada por el tiempo que estoy concediendo a esta inesperada visita, pero no soy capaz de tomar ninguna decisión.

Me mata que vuelva con su marido, pero me da la vida saber que no quiere que lo nuestro termine. Es el sueño de mi vida, sexo sin complicaciones con una mujer fantástica... pero también significa que soy el segundo plato, que siempre tendré que estar esperando el momento oportuno, que nunca podré considerar a Susana como mi pareja, que lo nuestro jamás podrá compararse con lo que tienen Montse y Lucía.

Como si me comprendiera a mí mucho mejor de lo que yo la comprendo a ella, es Susana la que rompe una vez más el silencio:

—Escucha Marga, entiendo que necesites pensarlo. Tengo que irme, solo quiero que sepas... joder esto es extraño también para mí.

¿Está vacilando? ¿La enigmática, burlona y siempre segura de sí mujer fatal duda sobre qué decir o cómo decirlo? No deja de ser una novedad agradable, de modo que, lejos de interrumpirla, me quedo esperando sus palabras sin hacer movimiento alguno.

—Cuando te conocí solo buscaba una aventura, algo distinto. Nunca había estado con una chica, y desde luego no podía ni imaginar que... que fuese a gustarme tanto.

Como principio no está mal, me gusta lo que oigo. Pero he sufrido demasiado con esta historia, quiero oír más, *necesito* que me digan lo maravilloso que es estar conmigo, y afortunadamente Susana parece ser consciente de ello:

—Lo que trato de decirte es que te has convertido en alguien importante para mí. No quiero que salgas de mi vida.

Vaya. Desde luego, es mucho más de lo que esperaba... pero menos de lo que quiero.

—No vuelvas con Óscar.

—Eso no puede ser, Lucas...

—Yo te ayudaré con él, nos tendrá a los tres, aprenderé a ser una buena madre y...

—¿Tú una buena madre?

Su interrupción podría haberme ofendido, pero su sonrisa ha sido tan cálida como su manera de coger mis manos entre las suyas antes de seguir hablando:

—El problema es que quiero a Óscar. He compartido cinco años de mi vida con él y tenemos un hijo en común. No somos perfectos pero lo pasamos bien juntos... quiero volver con él, no es solo por Lucas.

Ahora sí, el cuchillo ha entrado en mi pecho, se ha clavado con fuerza y, según parece, incluso asoma por detrás. Me falta el aire, me siento al borde del derrumbe definitivo, ¡Susana sigue enamorada de su marido! Si Montse estuviera aquí, me reprocharía no haberla hecho caso cuando me advirtió, ¡incluso Pilar pareció darse cuenta de lo que iba a suceder antes que yo!

No soy capaz de decir palabra. Toda mi energía está concentrada en conseguir no echarme a llorar delante de Susana, que apretando con fuerza mis manos añade:

—No sé si estás entendiendo lo que intento decirte. Quiero a mi marido y voy a volver con él, pero eso no tiene por qué alejarte. A ti también te quiero.

Es demasiada información para asimilarla en un instante. ¡Susana me está diciendo que me quiere! Nunca pensé que llegara a escuchar eso de sus labios, y mucho menos sin ser yo la que tomara la iniciativa. El milagro se ha producido, es ella la que lo ha dicho primero y, sin embargo... nunca me había sentido tan desgraciada.

—¿Me estás proponiendo... tenerme como amante mientras vives con tu familia?

—Supongo que sí.

—Tú estarás con tu marido y, de cuando en cuando, me llamarás y echaremos un buen polvo.

Susana ha soltado mis manos y se ha puesto repentinamente seria antes de contestar.

—Así dicho suena fatal.

—¿Se puede decir de otro modo?

—No lo sé... pero pensé que precisamente tú podrías entenderlo.

—¿Precisamente yo? ¿Qué quieres de decir con eso? ¿Tan frívola te parezco? Estoy harta de que todo el mundo piense que no tengo sentimientos, que solo busco un orgasmo detrás de otro, que...

No he podido seguir, la voz me ha fallado y se ha convertido en un sollozo que he sofocado a duras penas. Sin decir nada, Susana ha cogido su bolso, y al verla hacerlo he sentido como si mi cuerpo entero se desgajara en dos. ¡Va a ser la última vez que la vea! No volveré a preguntarme si su nariz es larga o no, no volveré a disfrutar de su lunar, no volveré a escuchar sus “ajá” sabiamente distribuidos... ¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Por qué no la conocí antes que Óscar? Entonces habría sabido retenerla a mi lado, hacerla feliz sin necesidad de ridículas aventuras en las que siempre sale alguien herido.

Susana ha llegado a la puerta de mi despacho, un segundo más y desaparecerá de mi vida para siempre. Volviéndose hacia mí, relaja el gesto y me mira con intensidad.

—Nunca he pretendido hacerte daño. Pensé que precisamente tú podías entender que el amor es extraño, que a veces dos y dos no suman cuatro y que no importa lo que piensen los demás. Quizá me equivoqué y no somos tan parecidas como creía. De cualquier modo, estaré esperando tu llamada.

Solo cuando cierra la puerta al marcharse dejo que las lágrimas empiecen a rodar por mis mejillas.

Esta vez, no puedo echarle la culpa al viento.

Ñoñerías las justas

—Hola, ¿está Pilar? Tengo una pequeña sorpresa para ella.

—¿Una sorpresa?

—Tranquila, enseguida te la devuelvo.

—De hecho... tengo que ir a hacer unas compras, ¿podrías quedarte con ella un par de horas?

Sé lo que estáis pensando, que me molesta tener que cargar toda la tarde con mi vecina de siete años. Pues no, eso es lo que hubiera pensado la vieja Humanes, pero debéis saber que estáis ante una persona completamente nueva.

Lejos de sentir fastidio alguno, cojo a la niña de la mano y la llevo a mi casa, donde en el cuarto de invitados...

—¡La Play! ¡Me has comprado la Play Station!

El sincero abrazo que me ha dado Pilar al ver el regalo no habla demasiado bien del género humano (capaz de olvidar cualquier enfado a cambio de un simple objeto material), pero en estos días no demasiado alegres me ha llenado de felicidad. Lo que no sabe la cría es que es una Play de segunda mano (con varios juegos incluidos) y mucho más barata, pero eso será un secreto que espero que nunca llegue a sus oídos.

—Coge el mando, echaremos una partida —me dice llena de emoción.

—De acuerdo, ¿el de Lego de Harry Potter?

Pilar me mira como si fuera un ser extraño venido de otro mundo.

—Mejor el Fortnite.

—Pero ese... ¿no es de pegar tiros?

Pues sí, lo es, y no sé si su madre se quedaría muy tranquila si supiese lo bien que se le da a Pilar, que me acribilla una y otra vez sin que acierte a pulsar una sola tecla (tal vez convendría que consultara la clasificación por edades del dichoso juego).

La tarde ha pasado volando. Lo necesitaba, llevo quince días sin saber nada de Susana y no está siendo sencillo para mí superarlo. La pobre Montse debe estar harta de soportar mis lamentos, pero para eso están las amigas, ¿no?

Cuando llega la hora de volver a casa, Pilar vuelve a abrazarme y, antes de irse, me mira con gesto compungido:

—Tengo que contarte algo, pero prométeme que no te vas a enfadar conmigo.

—Claro que no —intento tranquilizarla, porque su cara es de verdadera preocupación—, ¿qué sucede?

—Verás, es que... me gusta un niño de mi clase, creo que no voy a conseguir hacerme lesbiana.

No puedo evitar soltar la primera carcajada sincera en mucho tiempo. Luego, soy yo la que la abraza con fuerza.

—Tranquila cielo, no voy a enfadarme por eso.

Hemos quedado para jugar otro rato mañana mismo.

He dicho hace un instante que me he convertido en una persona nueva. Ahora sé lo que es el amor, he aprendido que puede ser maravilloso pero que también puede causar un dolor infinito. De igual modo, creo que puedo decir que soy una persona mejor que la que era hace unos meses.

Hoy me siento más capacitada para entender cómo se sienten los demás, puedo empatizar con ellos, darme cuenta de que son personas reales que a veces sufren las consecuencias de mis actos.

No puedo cambiar lo que hice en el pasado, pero sí comportarme de forma distinta en el futuro. Además, hay otra cosa que también está en mi mano, ¿os acordáis de Labios Carnosos? De acuerdo, dejaré de llamarla así, me refiero a Paloma, la del cuarto de baño en la fiesta de Montse.

Mientras marco su número de teléfono, ensayo mentalmente lo que voy a decirle:

—¿Paloma? Hola, soy Humanes... quería pedirte perdón por cómo me comporté contigo.

Tengo que intentar ser breve con mis excusas. Hay una lista considerable de mujeres a las que debo llamar.

Estamos llegando al final de esta historia. Dije que no iba a ser una ñoña aventura romántica y, ahora, no estoy muy segura de si he cumplido mi promesa o no.

De acuerdo, admito que he terminado enamorándome, pero también vosotras debéis reconocer que ni siquiera he llegado a pronunciar esa palabra con la otra persona. Es una pequeña victoria (0-2 en cunnilingus, pero ella fue la que dijo que me quería) que me sirve un poco de consuelo en estos días aciagos.

Estoy decidida a no volver a llamar a Susana. No soporto ser el segundo plato de nadie, no podría ser feliz sin saber nunca qué puede estar haciendo mientras pienso en ella. No me había considerado celosa por la sencilla razón de que nadie me había importado jamás, pero con la chica de la nariz grande todo es distinto.

Lo que más me duele es pensar que estábamos hechas la una para la otra. Por primera vez, había conocido a alguien que se adaptaba a mí como un guante: traviesa, juguetona, desenfadada... Joder todo el mundo se enamora de mí, ¿por qué tenía que ser ella precisamente la que tuviera una mochila emocional tan pesada?

Por otra parte, Susana quería seguir la relación. ¿Sois capaces de imaginar el esfuerzo de voluntad que supone no marcar su número sabiendo que, si lo hago, podría estar con ella al menos una vez más? Y eso día tras día, hora tras hora, minuto a minuto. Porque no hay un instante en que no piense en su lunar, en sus “ajá”, en el gesto burlón con el que siempre me habla. ¿Podré resistirlo? Ha pasado un mes y supongo que poco a poco iré mejorando pero... ¡es tan difícil!

En fin, soy Humanes, la gran Humanes, estoy segura de poder con todo. De hecho, ahora estoy en una fiesta, y veo al otro lado de la barra una chica monísima (dije que he cambiado, no que haya hecho voto de castidad). Tiene el pelo muy corto, los ojos enormes y una boca de labios perfectamente dibujados.

Sin dudarle, me acerco a ella con una sonrisa.

—Hola, soy Humanes.

Su rostro se ilumina. No es para menos, recibir mi atención alegra el día a cualquiera.

¿Qué? ¿Decepcionadas? Ya os lo avisé: ñoñerías las justas.

¿Fin...?

Tres meses después

Todas las navidades me sucede lo mismo, voy dejándolo correr y, dos días antes de Reyes, me toca ir deprisa y corriendo a comprar los regalos. Además, este año tengo que buscar algo más, y no sé muy bien qué escoger.

No suelo quebrarme demasiado la cabeza, colonia para mi madre y una corbata para mi padre (el pobre tiene ya tantas para un solo cuello que me siento hasta culpable), libros para Montse y Lucía. A Pilar, una extensión del Fortnite, (estoy aprendiendo lo inimaginable sobre los juegos de la Play) y pare usted de contar, pues no hay nadie más en mi vida que...

Está bien, lo admito: estas navidades tengo que hacer un regalo más. No quiero hablar demasiado de ello (ñoñerías las justas). Además, es la primera vez que me veo en esta tesitura y no tengo demasiado claro qué elegir (he oído hablar de un succionador de clítoris que hace milagros, pero no acabo de verlo como regalo romántico), porque me da miedo hacer una birria de regalo y quedar como una cutre, pero también excederme y hacer un poco el ridículo si ella no esperaba nada por mi parte.

¿Os sorprende esta nueva faceta mía? No debería, ya os dije que había cambiado, la gente evoluciona y creo que eso es bueno. Quien lo desee, puede considerar el capítulo anterior el final de esta historia, porque bien podría serlo. De hecho, supongo que a mucha gente le va a decepcionar este final, porque sé que no soy perfecta y hago cosas que no a todo el mundo le gustan. Sin embargo, lo que sí soy es honesta, y por eso quiero añadir esta última parte a mi historia.

Así que aquí estoy, en unos grandes almacenes cuyo nombre no quiero pronunciar para no hacer publicidad gratuita, buscando desesperada un regalo que diga “eres tan importante para mí como yo lo soy para ti” y empezando a ponerme nerviosa porque no acierto a decidirme (el succionador empieza a ganar puntos como opción).

Lo mejor será comprar unos pendientes. Sé que le gustan, cada día lleva unos distintos y, al fin y al cabo, lo que importa es el detalle. Lo que no termino de decidir es si prefiero los de plata (un sol y una luna que hacen pareja) o los rojos en forma de corazón. Quizá si pregunto a...

—Vaya... hola.

—Hola.

Otra vez esa voz cantarina, otra vez el lunar... otra vez incluso su nariz. Delante de mí está Susana, y solo con esfuerzo consigo que mis manos no tiemblen al sujetar los pendientes.

—Qué sorpresa encontrarte aquí...

—Desde luego, solo miraba... ya sabes.

—Claro... Mira, este es mi marido, Óscar. Óscar, esta es Marga... una compañera de aquel curso que hice de informática.

Óscar me saluda sonriente. Es un tipo algo, de anchos hombros, supongo que más atractivo de lo que me gustaría admitir.

Desde luego, es curioso lo caprichoso que es el destino. Casi abrió esta historia al reunarnos a Susana y a mí en el Zoológico y, por lo visto, ahora ha decidido cerrarla. Por otra parte, no deja de sorprenderme comprobar que también Susana es capaz de sentirse ofuscada, aunque enseguida se rehace y recupera su habitual aire sereno:

—¿Elijiendo pendientes?

—Sí... no termino de decidirme.

Es un momento tenso, aunque estoy más tranquila de lo que cabría esperar. Una parte de mí desearía que Óscar adivinara, otra solo quiere que esto pase cuanto antes. ¿Sospechará algo? Imposible, casi me gustaría poder ser un hombre durante unos minutos para provocar sus celos.

—Bueno, me alegro de haberte visto, pero tenemos muchas compras que hacer.

—Por supuesto... tenías un niño, ¿verdad?

—Sí... ha pedido toda la carta a los Reyes.

Dos besos, otros dos a Óscar. ¿Ya está? ¿Eso es todo? Notando el corazón a mil por hora, observo por el rabillo del ojo cómo se alejan. Cuando ya no puedo verlos, siento una desazón que hacía mucho que creía tener controlada. ¿Qué demonios hago aquí buscando estúpidos pendientes? ¿Qué sentido tiene, a quién quiero engañar?

Estoy a punto de dar media vuelta y regresar a casa sin nada, cuando noto su presencia antes incluso de verla:

—Prefiero el sol y la luna.

Me giro despacio hasta quedar frente a ella. Susana se ha recuperado ya de la sorpresa, y vuelve a mostrar ese aire seguro y burlón con el que siempre la recuerdo. En cuanto a su marido, ha desaparecido.

—¿Tú crees?

—Sin duda, con esos aciertas seguro.

Nunca me había sentido tan extraña. No sé si sonreír, si sentirme alegre, si dar media vuelta y salir corriendo... Creo que ella tampoco tiene muy claro cómo tratarme. Quizá piense que me ha ofendido ser presentada como una simple conocida.

—Bueno —digo finalmente—, tienes que hacer muchos regalos, no te quedes ahí...

—¿Estás bien?

—Por supuesto.

—¿Te veo el viernes?

—Claro, como dijimos.

—He reservado mesa para dos en ese restaurante tan bonito.

—De acuerdo.

—¿De verdad estás bien? No sé, no esperaba encontrarte aquí y...

—No seas tonta, vete tranquila.

Con una sonrisa deliciosa, Susana besa su propio índice y, después, lo coloca suavemente un segundo sobre mis labios. Luego, gira sobre sí misma y vuelve a desaparecer con pasos ágiles entre la gente.

Durante unos segundos, me encuentro débil y cansada. Una parte de mí se ha desgajado, es como si me faltase la mitad de mi cuerpo. Sin embargo, poco a poco me rehago y recupero el optimismo, porque la otra mitad se siente plena, querida y deseada.

Además, ahora estoy segura de acertar con los pendientes.

¿Indignadas por mi falta de palabra? Prometí ser fuerte y no ceder, juré que nunca me conformaría con ser el segundo plato de nadie y, sin embargo...

No puedo evitar encogerme de hombros mientras escribo estas líneas. Admito que mi relación con Susana no es perfecta, pero es infinitamente mejor tenerla a ratos que no tenerla nunca.

Sinceramente, creo que solo aquellas personas que saben lo que es llevar dentro a alguien

marcado a fuego podrán entenderme. Si lo primero en lo que piensas al levantarte es en su risa y lo último que recuerdas al acostarte es su voz, si cada cosa que te ocurre te hace mirar el teléfono con deseos de contárselo a ella, si no puedes ver una película sin poner su rostro en el lugar de la protagonista, si cada historia te habla de ella y solo de ella... entonces supongo que me entiendes. Y si me entiendes no me juzgarás, y los que lo hagan, allá ellos, porque en realidad poco me importa.

Después de todo, a ratos soy Marga, pero otros sigo siendo Humanes, y no voy a dejar de ponerme el mundo por montera: seguiré teniendo aventuras siempre que me apetezca (sin culibajas, eso sí, porque el tema de los orgasmos lo tengo parcialmente solucionado y recordad que me he vuelto selectiva), pero lo mejor será saber que, al final del camino, de un modo u otro siempre tendré a Susana.

Y un minuto a su lado bajo el aguacero me da más felicidad que una eternidad en el paraíso con cualquier otra.

Postdata: en cuanto al resultado de nuestro partido particular, era de 9-8 cuando dejé de llevar la cuenta.

Humanes siempre vence.

FIN (Ahora sí)